

CRIMEN & CIA.

David Goodis
DESCENSO
A LOS
INFIERNOS



James Bevan se encuentra sumido en una profunda depresión. Es un hombre de honor, casi un caballero andante, pero el mundo que le rodea lo empuja hacia el desastre, y su único refugio es el alcohol. En un último intento de salir de esa ciénaga, Bevan viaja con su esposa a Jamaica para salvar un matrimonio que se ha convertido en un auténtico calvario. Sin embargo, en ese descenso a los infiernos encontrará de pronto un objetivo para el honor, un motivo para volver a empezar. Pero antes, deberá matar a un hombre...



David Goodis

Descenso a los infiernos

Crimen & Cia. - 27

ePub r1.7

Titivillus 05.08.15

Título original: *The Wounded and the Slain*

David Goodis, 1955

Traducción: Celia Filipetto

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

EL OTRO EXTREMO de la barra se encontraba atestado; en este extremo, él estaba solo, bebiéndose un gintónic. En el Laurel Rock preparaban un gintónic excelente, pero no lo estaba saboreando. En realidad —pensó—, no estás disfrutando de nada. Entonces, como algunos de nosotros hacemos en uno u otro momento, jugó con la idea de quitarse de en medio.

Podrías hacerlo esta noche —se dijo—. Es una noche apropiada, como cualquier otra. No muy lejos de aquí tienes aguas profundas: las aguas tibias del Caribe. Lo único que te hace falta es atarte algo pesado al tobillo. Pero dicen que es una forma desagradable de palmarla, tanto boquear, ahogarse y llenarse de agua por dentro; la verdad es que es una forma desordenada de morir. Tal vez sea mejor una cuchilla de afeitar. Te sientas en la bañera, cierras los ojos para no ver cómo mana la sangre de las muñecas, y al cabo de un rato te quedas dormido. Sería estupendo —se dijo—. Te hace falta dormir. Dios sabe cuánto tiempo llevas sin descansar como es debido.

Se bebió el gintónic y pidió otro. Al otro extremo de la barra, la gente se lo estaba pasando en grande; conversaban animadamente y, de vez en cuando, se oían enérgicas carcajadas. Intentó odiarlos porque se divertían. Reunió un poco de odio, lo apuntó, y lo lanzó hacia ellos; supo de inmediato que su odio actuaría como un bumerang. Solo podía odiarse a sí mismo.

Y tal vez a ella —reflexionó—. Por supuesto, incluyámosla también. Pero no sería cortés, y siempre has intentado serlo con

todas tus fuerzas. Es uno de tus problemas, tío. Cuando hay que intentar alguna cosa, no te sale. Eso que llaman cortesía tendría que ser algo natural. Pero supongo que no entro en esa categoría —pensó—. Supongo que hemos sido diseñados estrictamente para realizar operaciones fuera de órbita como no poder dormir, no poder comer, no poder hacer nada más que pensar en lo miserable que es la vida y cómo deseas quitarte de en medio.

De acuerdo —se dijo con firmeza—, hagámoslo de una vez y acabemos.

Dio un paso y se alejó de la barra, luego dio otro más, se detuvo y cerró los ojos con fuerza. Un escalofrío le cruzó los omoplatos y le bajó por los brazos. Abrió los ojos y vio que el camarero lo miraba con aire inquisitivo.

—¿Se encuentra bien, señor? —inquirió cortésmente, en voz baja.

Observó al moreno antillano que llevaba un cuello Piccadilly, corbata blanca y una chaqueta de camarero inmaculada.

—Claro que me encuentro bien —repuso con descaro y la voz apagada—. ¿Qué le hace pensar que no me encuentro bien?

—Creí que se sentía mal, señor. Por un momento me dio la impresión de que...

—Verá usted, no estoy borracho —le dijo al camarero inclinándose hacia adelante y sujetándose con las manos al borde de la barra—, si es eso lo que quiere darme a entender.

—No quise decir eso, señor. Solo quería...

—Me importa muy poco lo que usted quisiera. Está aquí para despachar bebidas, ¿no?

—Bueno, sí, señor, pero...

—Entonces sírvalas, atienda a sus clientes y déjeme en paz.

—Sí, señor —asintió el camarero—. Muy bien, señor.

—Otra cosa —le dijo al camarero—. No me venga con el rollo de «señor». ¿Dónde estamos? ¿En la maldita Marina británica?

El camarero no le contestó. Permaneció detrás de la barra, erguido y con aire digno; el blanco del cuello Piccadilly que destacaba contra la oscuridad de su piel acentuaba su aspecto afrobritánico, estaba orgulloso de su lealtad a la corona, de su condición de ciudadano de Jamaica, de su trabajo en el Hotel Laurel Rock de Kingston. Su rostro se mostró impassible mientras

esperaba que el turista norteamericano hiciera otro comentario sobre la Marina británica.

—No me gusta que me llamen «señor» —dijo el norteamericano—. Me exaspera que me llamen así.

La cara del antillano mantuvo la impassibilidad cuando preguntó:

—¿Cómo preferiría que le llamara?

El norteamericano reflexionó un instante y repuso:

—Pelmazo.

—No entiendo esa palabra —comentó en voz baja el antillano.

—La entendería si me conociera. —Miró intensamente más allá del camarero de piel oscura; con aire ausente tendió la mano hacia el vaso alto, se lo llevó a los labios y apuró el resto del gintónic. Le tendió el vaso vacío al camarero y masculló—: Llénemelo.

—¿Está seguro de que quiere otro?

—¡Maldición, no! —repuso el turista norteamericano sin dejar de mirar intensamente hacia la nada—. Es lo último que quiero en este mundo. Pero la cuestión es que se trata de la primera cosa que exijo.

El camarero se alejó. El turista norteamericano se apoyó pesadamente contra la barra. Inclínó la cabeza sobre los brazos cruzados y se dijo a sí mismo: Eres un pelmazo. Un pobre pelmazo.

Se llamaba James Bevan; tenía treinta y siete años. Era de constitución mediana; medía un metro setenta y tres y pesaba unos setenta y cinco kilos; su aspecto era típico de un norteamericano; su pelo color pajizo estaba bien peinado; tenía los ojos grises, una nariz mediana y su tez estaba a medio camino entre el bronceado campestre y el amarillo oficinesco. Vestía un traje de mohair marrón oscuro, hecho a medida por un sastre de Manhattan, cuyo precio no superaba nunca los noventa y cinco dólares; la camisa y la corbata eran de una camisería de la Quinta Avenida especializada en artículos de buena calidad a precios bastante razonables; los zapatos eran de ante marrón oscuro, de buena calidad, aunque no excepcionales. La ropa dejaba entrever más o menos sus ingresos semanales y el tipo de trabajo que hacía. Trabajaba para una agencia de inversiones de Wall Street y ganaba unos 275 dólares a la semana. Normalmente lograba ahorrar una parte de ese salario, pero en los últimos siete meses había estado bebiendo mucho e invitando a extraños, con lo que sus gastos aumentaron en exceso.

Además, en los últimos siete meses había visitado a un neurólogo para buscar solución al insomnio, a la falta de apetito y a sus problemas con la bebida. En Manhattan hay muchos neurólogos; y algunos bastante caros. El especialista de los nervios que trataba a Bevan era verdaderamente caro, y acudir a su consulta varias noches a la semana había representado un serio revés para su cuenta bancaria. Finalmente, el neurólogo admitió que no iban a ninguna parte y le sugirió a Bevan que probara con otra terapia, como por ejemplo, un viaje o un cambio de ambiente. Bevan había vuelto a su casa y se lo había contado a su mujer, y días más tarde habló con su jefe y pidió un mes de permiso. Su jefe se lo cedió gustosamente; Bevan le caía bien y estaba preocupado por su estado. Le dio una palmada en el hombro y le deseó que jugara mucho al golf y volviera con un bonito bronceado.

Bevan consultó en una agencia de viajes y le recomendaron las Antillas, concretamente la isla de Jamaica. Pensó que sería un buen lugar; y los de la agencia le consiguieron pasajes en un DC-6

de la Pan-American para él y su mujer. También se encargaron de las reservas del hotel en el Laurel Rock en la ciudad de Kingston.

El Laurel Rock es un hotel tradicional, de una elegancia nada estridente, y tiene una excelente fama por la comida y el servicio. Es un hotel bastante amplio y los terrenos que rodean el edificio marrón y amarillo están bien cuidados e incluyen un hermoso jardín y una piscina. En su conjunto, el Laurel Rock es un sitio refinado, con un distinguido encanto, muy popular entre los turistas norteamericanos y británicos. Está ubicado en la calle Harbour y uno de sus lados da a las aguas del Caribe. Los otros tres lados del Laurel Rock están rodeados de un cerco que lo separan de las viviendas vecinas, ya que estas son más bien humildes. Desde el Hotel Laurel Rock a los suburbios de Kingston solo hay un paso, y los suburbios se encuentran entre los más sucios y peligrosos del hemisferio occidental. Normalmente, se aconseja a los huéspedes del Laurel Rock que no se aventuren más allá del hotel al oscurecer.

Desde su llegada, tres días atrás, Bevan y su mujer poco habían visitado de Kingston. Él se pasaba la mayor parte del tiempo en el bar y ella permanecía en la habitación leyendo o escuchando la radio. Al segundo día, Bevan le preguntó a su mujer si quería ir de

excursión y ella le contestó que no. Esa misma tarde le había vuelto a preguntar y obtuvo la misma respuesta. Él le comentó que no tenía sentido que se quedara en la habitación y que deberían ir a la piscina, a tomar el sol. Ella volvió a contestar que no le apetecía, ante lo que él insistió, y finalmente la mujer se llevó las manos a la cara y gimió:

—Déjame en paz. Sal de aquí y déjame en paz.

Él salió de la habitación, bajó y se fue al bar.

Su mujer no había bajado para la cena y Bevan estuvo cavilando si subía o no a la habitación para hablar con ella. Pero hablar con ella se había convertido en una ordalía, y aunque deseaba desesperadamente que lograsen encarrilarse por la misma senda y llegar a un cierto acuerdo, presentía que era imposible, que no estaba en condiciones de hacerlo. Durante la cena se sentó solo a la mesa y apenas probó el jugoso rosbif que suplicaba ser comido con verdadero apetito. Cuando se levantó y se dirigió al bar, dejó casi toda la carne en el plato.

Y era medianoche y no tenía ni idea de cuántos gintónicos se había tomado. Fuera cual fuese la cantidad, no bastaba. Levantó la cabeza que tenía apoyada sobre los brazos cruzados y vio que el camarero se le acercaba con un gran vaso lleno en sus tres cuartas partes; las burbujas efervescentes bailoteaban alrededor de los cubitos de hielo.

Tendió la mano para cogerlo e iba a llevárselo a los labios cuando la vio entrar en el salón de cócteles. Avanzó hacia él cual una fina hoja de acero blanco azulado como si fuera a cortarlo en dos. Aquí viene —pensó, mirando desconsolado la silueta de su mujer; y cerró los ojos y deseó mantenerlos así durante mucho, mucho tiempo y se dijo—: Punto uno, no puedes soportar verla. Punto dos, no puedes soportar la idea de perderla. Punto tres, en nombre de Dios, ¿qué diablos te pasa?

Entonces abrió los ojos y mientras ella se acercaba a la barra y se detenía a su lado, le preguntó:

—¿Quieres una copa?

—No, gracias.

—¿Tienes hambre? Puedo pedirte un bocadillo.

—No —repuso ella—. Pero me gustaría fumar un cigarrillo.

Bevan sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo e insistió:

—Anda, deja que te invite a una copa.

Ella no contestó. Bevan le encendió el cigarrillo y se encendió otro para él. Esperó que le dijera algo. Rogaba en silencio que le dijera algo, cualquier cosa que estableciera una línea de comunicación. Pero ella se limitó a permanecer allí de pie, enseñándole el perfil, mientras le daba unas caladas lentas y tranquilas al cigarrillo.

Pues vale —se dijo—. Se encogió de hombros, pero el gesto no le sirvió de nada y, frenético, alzó el vaso del gintonic. Bebió varios sorbos; el alcohol arremetió contra su cerebro con una serie de estocadas estimulantes que le dibujaron en el rostro una apagada sonrisa de satisfacción. La sonrisa se hizo más marcada y se tornó un tanto sardónica cuando dio un paso atrás para lanzarle a su mujer una mirada apreciativa.

Así está mejor —se dijo—. Así está mucho mejor que intentar hablarle. Continuó mirándola de arriba a abajo, como si no fuera su esposa, sino una mujer cualquiera de aspecto interesante, a la que viera por primera vez.

Realmente interesante —juzgó—. Se le nota la educación, de entrada se reconoce que primero tuvo una institutriz y luego asistió a una escuela privada para señoritas de Nueva Inglaterra, seguida de Bryn Mawr o Vassar, o cualquier otro lugar por el estilo. No la dejaron ir a una escuela mixta; se puede apostar a que en eso fueron muy firmes.

La reflexión había tomado impulso en su cerebro y así continuó:

Tiene su lógica, proviene de una familia con unos elevados ingresos. No son una de las grandes fortunas del país pero ganan lo suficiente como para tener una casa con un gran terreno, un garaje para dos o tres coches, tal vez algunos caballos, una torre de veraneo en Long Island. Claro que tienen dinero. Pero fíjate en la justa inclinación de su barbilla, por ese gesto se nota que con ella no lo derrocharon. No tiene cara de malcriada o consentida. Tiene todo el aspecto de haber sido guiada y vigilada con cuidado. Seguramente la institutriz era sueca; en general, son las más severas. Y más tarde, cuando empezó a salir con chicos, siempre iba con dama de compañía.

Claro que sí, tenía que haber una dama de compañía. Para ponerles las cosas difíciles a los chicos. Es decir, si iban tras un tipo

de mujer frágil, delicada, una dama suave con cabellos color dorado pálido y ojos azul claro y cutis amarfilado muy claro. ¿Buscas eso? Sí, supongo que uno busca eso. Como buscan las polillas la llama blanco-azulada que después resulta ser un carámbano que las congela y las reduce a la nada.

Se quedó mirando fijamente a su mujer con ojos helados y observó su pelo dorado pálido, peinado con raya al medio, que cubría sus orejas delicadas. Y los ojos azul claro, y el cutis amarfilado que armonizaba con su frágil delgadez. Solo un ligero esbozo de pechos y casi nada de caderas. Pero no era exactamente delgada como una vaina de judías; se le apreciaba un busto y muslos sutilmente moldeados que la hacían interesante.

Dejemos eso —pensó—. Considerémoslo más en términos de estadística. Mide un metro cincuenta y nueve; pesa exactamente cuarenta y nueve kilos. Tiene veintinueve años. Cuántos nueves. Tal vez sea tu número de la suerte. O mejor dicho, tu número de la mala suerte. Porque por ejemplo, nueve son los meses de un embarazo, y ha sido incapaz de darte un hijo. Será mejor que te olvides del número nueve. Probemos con un número que todos saben que trae buena suerte; el siete, por ejemplo. Ese es un buen número. Claro que sí, es un muy buen número. Hace siete meses que no lo haces con ella. Es increíble. Pero es un hecho, tío, un hecho irrefutable.

Y por favor, hagas lo que hagas, no le echas la culpa al tipo que inventó las camas gemelas. Las camas gemelas no tienen nada que ver con este problema. Este problema se basa en la premisa de que ella no quiere y, aunque quisiera, tú serías incapaz. Ya que estamos, hablemos claro y digamos que ella es frígida y que, por consiguiente, tú te has vuelto impotente.

Pues muy bien, chico, eso equilibra la ecuación, y el resultado queda cero a cero. ¿Qué te parece si brindamos?

Pero su copa estaba vacía. Llamó al camarero y pidió otra. Oyó a Cora cuando le dijo:

—Quisiera que no bebieras más.

Bevan se recostó aún más contra la barra y lanzó una sonrisa a la nada.

—Es solo una forma de pasar el tiempo.

—Por favor, no bebas más esta noche.

—Esto no es beber. Es tomar una medicina.

—James, no digas tonterías. Toda esa ginebra que llevas dentro no te hace bien.

Bevan seguía sonriendo tontamente, con los ojos vueltos hacia la nada.

—Me gustaría encontrar algún sustituto.

—No sé a qué te refieres.

—¿No? Y un cuerno que no lo sabes.

El camarero llegó con la tónica con ginebra y colocó la copa delante de Bevan. Este tendió la mano para recogerla, pero luego decidió dejarla donde estaba durante un momento. Le sonrió al vaso, a los brillantes cubitos de hielo que flotaban en el líquido burbujeante e incoloro. Oyó a Cora que le decía:

—James, te vas a emborrachar. Siempre adivino cuándo te vas a emborrachar.

—Hola —saludó James al vaso—. Hola, amigote.

—Escúchame —le dijo Cora poniéndole la mano sobre el brazo.

—¿Eres mi amigo de verdad? —le preguntó Bevan al vaso—. Si quieres ser mi amigo, deberás aguantarme, ¿vale?

—James...

—Tendrás que ser leal de principio a fin —le dijo al vaso—. Nada de ser amigo mío cuando las cosas van sobre ruedas. Lo que necesito es un compañero de verdad, alguien con quien pueda hablar. Ese ha sido mi problema, no tengo con quién hablar. De modo que lleguemos a un acuerdo, amigo. No hay nada en este mundo como llegar a un acuerdo.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? —le pidió ella tirándole de la manga.

—¿No ves que estoy ocupado? Estoy ocupado hablando con mi amigo.

—No soporto que estés bebido.

—Y yo no soporto no estar bebido.

Se encontraba prácticamente recostado sobre la barra. Cora lo sujetó por la cintura e intentó enderezarlo. Bevan se apartó tambaleando. Entonces, ella le dijo:

—James, hay otras personas en esta sala. Te están mirando.

—¿A mí? —inquirió agarrándose del borde de la barra para no caer al suelo—. ¿Por qué quieren mirarme? No soy nadie.

—Me gustaría que dejases de demostrarlo.

—No tengo que demostrarlo. Aquí mismo tienes la prueba viviente —dijo señalándose a sí mismo—. Envuelta, sellada y lista para enviar por paquete postal. Muchachos, manejadla con cuidado, que podría hacerse pedazos.

Acto seguido tendió la mano para levantar la copa, perdió asidero y resbaló por la barra; cayó con la cabeza de manera que fue a golpear con la barbilla sobre la lustrosa superficie de madera dura. No se levantó y oyó a su mujer que le decía:

—Levántate, James. Ponte de pie.

—Hace años que lo intento. Pero no me sale. No doy la talla.

—Anda, deja que te eche una mano —sugirió ella aferrándolo por los hombros.

—No necesito ayuda —dijo él, apartándola—. Lo que necesito es otra copa.

Desde el extremo opuesto de la barra llegaron unas risitas apagadas e incómodas. Cora realizó otro intento por enderezarlo y él volvió a apartarla. Cerró los ojos durante un momento y luego dijo en voz muy queda:

—Al menos podrías pensar en mí.

—Mi adorable y querida niña, siempre pienso en ti —y riéndose, casi comiéndose las palabras y lloriqueando, añadió—: No puedo dejar de pensar en ti.

Trató de incorporarse, pero al levantar la cabeza le fallaron las rodillas. Cora le agarró y James cayó contra ella haciéndole perder el equilibrio. Tambaleando, los dos se separaron de la barra, al tiempo que un hombre abandonaba el grupo ubicado al otro extremo del bar y se dirigió hacia ellos a toda prisa. Cogió a Bevan por debajo de las axilas, lo enderezó, lo condujo hasta las mesas que había junto a la barra y lo sentó en una silla. Bevan dejó caer la cabeza sobre los brazos cruzados. Oyó un monótono murmullo dentro de sí y luego Cora que le daba las gracias al hombre. Este dijo:

—No hay de qué.

—Estoy terriblemente avergonzada —se disculpó Cora.

El murmullo se hizo más fuerte, pero a través de él James oyó al hombre comentar:

—Supongo que ha bebido demasiado.

Bevan levantó la cabeza, y miró al hombre y le preguntó:

—¿Cómo diablos lo ha adivinado?

El hombre le lanzó una sonrisa entre tolerante y divertida. Bevan decidió que se trataba más bien de una sonrisa socarrona, aunque no podía estar seguro, porque el hombre se había convertido primero en mellizos y después en trillizos vistos a través de una pared de celuloide manchado de pegamento. La pared se le acercó, se inclinó abruptamente y James se vio encima de ella y resbalando hacia abajo. Se dijo que aún no estaba en condiciones de perder el sentido. En su fuero interno, la emprendió a puñetazos con la ginebra que pugnaba por vencer a su cerebro, también a puñetazos. Eso le ayudó; logró sentarse más o menos derecho. Volvió a centrar la atención en el hombre. Vio que era de estatura media pero más bien pesado; tenía tez rojiza y cabello rizado color zanahoria. Sus ojos eran verde grisáceos y tenía la nariz ligeramente achatada. Vestía un traje beige de pesada seda italiana y calzaba zapatos de ante color mantequilla. Daba toda la impresión de ser un tipo bastante próspero y, tal vez, un importante exuniversitario, probablemente de alguna Facultad de la Ivy League.

—¿Y a mí que? —masculló Bevan—. Yo estudié en Yale.

—Será mejor que lo lleve a su habitación —dijo el hombre mirando a Cora.

—Lamento causarle tantas molestias —dijo ella.

—No es ninguna molestia.

—En tu lugar, no apostaría nada... —le dijo Bevan, sonriéndole amistosamente. El hombre le devolvió la sonrisa.

—Estamos en la tres, cero, siete —le informó Cora.

El pelo color zanahoria y la nariz achatada se acercaron lentamente hacia Bevan; este sonrió más ampliamente y le preguntó:

—¿Cree usted que podrá llegar?

—Los dos llegaremos —repuso el hombre. Le sonó como un jefe de tropa de niños exploradores—. Llegaremos juntos, hijo.

—Hijo —repitió Bevan—. No me venga con ese rollo.

—Vamos —murmuró el hombre gentilmente, acercándose a Bevan y haciendo ademán de cogerlo—. Intentémoslo al viejo estilo universitario. Marquemos un tanto por Old Eli.

—Oh, vamos, apártese de mí —suplicó Bevan, fatigado—.

Apártese de mí de una puñetera vez.

—Tranquilo, hombre —le dijo, sujetándolo por los brazos y levantándolo de la silla—. Procuremos que esto nos salga lo mejor posible.

Bevan se dejó enderezar y cuando tuvo la certeza de pisar suelo firme, se dio media vuelta y se liberó del hombre. Tendió la derecha y disparó un gancho largo que resultó demasiado largo, el impulso lo llevó más allá del hombre y terminó aterrizando sobre una mesa que quedó patas arriba. Cayó de cara y la cabeza fue a descansar sobre el borde de la mesa volcada; esta salió rodando y él se quedó dormido.

Se están riendo —se dijo Cora—. ¿Los oyes cómo se ríen? No son unas risas roncacas y burlonas, sino apagadas, llenas de tacto; intentan refrenarlas. Pero no lo logran, es que es un espectáculo tan cómico. Sí, es tan cómico. Es como una comedia bufa. ¿Pero te das cuenta? Ojalá pudieras.

Se quedo allí de pie, escuchando las risas amortiguadas provenientes del otro extremo de la barra. Miraban al borracho que dormía con la cabeza apoyada contra la mesa volcada. El hombre corpulento se acercó al borracho, lo levantó del suelo y cargó con él como si fuera una manta enrollada: un brazo debajo de los hombros y el otro debajo de las rodillas. Le resultaba fácil aguantar su peso y, sonriendo plácidamente a Cora, le preguntó:

—¿Y la llave de la habitación?

—La lleva en el bolsillo del pantalón.

—Bien —dijo el hombre sonriendo un poco más—. No se muestre usted tan preocupada. Su marido se encuentra bien.

Cora no contestó.

—Se encuentra muy bien —insistió el hombre—. De maravilla.

Bevan masculló algo en sueños, y se revolvió en brazos del hombre: este siguió sonriéndole a Cora y le dijo:

—Lo único que le hace falta es apoyar la cabeza en una almohada.

—¿Y por qué no lo lleva arriba? ¿A qué espera?

El hombre enarcó las cejas ligeramente pero no dejó de sonreír.

—Lo siento —murmuró Cora—. No debería haberlo dicho de ese modo.

—No se preocupe —comentó el hombre amablemente—. Es

comprensible.

Entonces se volvió, sacó del bar al borracho dormido, atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia la fila de ascensores. Cora se quedó mirándolo desde la puerta que separaba el bar del vestíbulo y observó cómo esperaba con la carga en brazos a que llegara el ascensor. Entretanto pensaba: Quienquiera que sea, es un bruto. Muy amable y considerado, pero un bruto. Fíjate que grandote es. Mira qué hombros. Qué hombros más anchos. Es muchísimo más corpulento que el hombre que lleva en brazos. Justamente es lo que quiere que vea. Por eso se quedó ahí sonriéndome, dándome a entender que es más grande, más grande y mejor. Solo le falta enseñarme el pelo del pecho. ¿Tendrá el pecho peludo? ¿Por qué lo preguntas? No lo sé. Y deja de preguntar. ¿Pero tendrá de veras el pecho peludo? ¿Quieres dejar de temblar? No estoy temblando. Sí, estás temblando: tienes frío, mucho frío. Pero es como si en alguna parte hubiera un horno que se acercara; está muy caliente, al rojo vivo, y se acerca más y más, pero no es un horno, es una mano, la mano de un hombre. La mano de...

¿De quién? ¿De qué?

Es una pregunta sin respuesta —pensó—. No es nada, en realidad, no es nada. Un lapsus momentáneo. Sabes que puedes deshacerte de él si lo intentas, porque ya te ha pasado otras veces y siempre has logrado deshacerte de estos lapsus. ¿Pero qué serán? ¿Por qué me ocurren?

Permaneció inmóvil, observando al hombre mientras entraba en el ascensor con la carga dormida entre los brazos. La puerta se cerró; Cora miró el indicador de pisos y vio que la aguja se movía lentamente hacia el dos, pasaba el dos y se dirigía al tres. Se detuvo en el tres. Sus ojos se clavaron en el número tres grabado en el bronce del indicador. Tres —pensó—. ¿Qué significaba el número tres? Me recuerda aquel dicho: tres pequeñas palabras. Y ese otro que dice que tres es una multitud. Y también está lo que nos enseñan en aritmética en primer grado, tres y tres son seis, seis y tres son nueve ¿Nueve? ¿Qué significa el nueve?

Ya te lo diré. Estás pensando igual que los niños. Igual que un niño de nueve años. Por favor, intenta recordar que eres adulta, que tienes veintinueve años y no nueve... nueve años...

Volvió a temblar. Era un temblor convulsivo y mientras duró

sintió frío y luego ese horrendo calor que se transformaba en la mano de un hombre. Dio un paso atrás para apartarse de aquella mano, y otro más, y se tapó los ojos y con las palmas hizo presión sobre ellos y no vio más que oscuridad. Era una negrura espesa, grasienta, terriblemente sucia; era como la negrura de una cloaca que bajaba y bajaba, y ya sentía la humedad y sabía exactamente dónde estaba. Procuró creer que no estaba allí, pero sí estaba. Estaba allí, esa humedad quemante que la hacía gemir y boquear mudamente.

De modo que ha ocurrido —reflexionó—. Ha vuelto a ocurrir. Hacía tiempo que no te pasaba, pero esta noche algo lo ha provocado, aunque estamos de acuerdo en que las circunstancias son bien distintas de la última vez, hace ya más de un año, aquella tarde lluviosa cuando no conseguías taxi y tuviste que ir en metro. Fue a la hora punta, el vagón iba repleto y estabas de pie junto a aquel hombretón con casco de estibador. Era tan grande y tan feo, y llevaba la camisa desabrochada y le viste el pelo del pecho. ¡Qué bestia tan horrible!; se dio cuenta de que lo mirabas y fue como si adivinara lo que estabas pensando. O mejor dicho, lo que no te dabas cuenta que estabas pensando. Porque te sonrió como si quisiera decirte: «A mi no me engañas, nena. Por fuera das toda la impresión de estar aterrorizada, helada de miedo. Pero por dentro te estás quemando». ¿Era cierto? Claro que era cierto. Lo primero que hice cuando volví a casa fue tomar un baño caliente. Pero no necesitas un baño, te bañaste hace una hora. Te sientes como si hiciese una semana que no te bañas. Esto es un lío terrible. Ojalá hubiera un jabón especial para lavar mentes.

Atravesó el vestíbulo y se sentó en un sillón, de espaldas a las puertas del ascensor. Pasaron unos minutos y oyó abrirse las puertas del ascensor. Se acurrucó en el sillón y abrigó la esperanza de que no la viese, y luego de que la viese, y luego de que no la viese.

No la vio. Cora oyó los pesados pasos de aquellos zapatos de gruesa suela bajo la corpulencia de aquel hombre que atravesaba el vestíbulo en dirección contraria, hacia el bar. Se volvió y lo vio de reojo cuando entraba en el bar. Observó su perfil, su cabello rizado color zanahoria, su nariz ligeramente achatada, sus amplios hombros, su pecho protuberante. Y lo perdió de vista, pero en su

imaginación sintió moverse hacia ella la fuerza bruta de la presencia de aquel hombre. Y volvió a temblar.

La puerta del ascensor quedó abierta; Cora se puso de pie y fue hacia él. En la habitación 307 se desvistió rápidamente, con prisas por meterse en la bañera. Pero cuando se disponía a dirigirse al lavabo, echó un vistazo a la cama gemela donde el borracho dormía echado de espaldas. Tenía la pierna doblada, al costado de la cama, en un ángulo más bien incómodo. Le levantó la pierna y se la colocó sobre la cama y, al hacerlo, su semblante adquirió un aire tierno de esposa devota. Se quedó inmóvil, mirándolo fijamente; suspiró y pensó: No tiene la culpa de beber tanto. La culpa es tuya. Sabes que la culpa es tuya. En momentos como estos comprendes claramente que eres culpable. Eres su carga y su pena, eres el rompecabezas andante que no puede resolver. ¿Por qué no le das la respuesta?

No puedes darle la respuesta. Porque no la hay. Desearías tenerla. Cómo te gustaría vislumbrarla o, al menos, que se te acercara para que pudieras tender la mano y sujetarla. Pero la respuesta está muy, muy lejos. Es un bufón danzarín que te explicaría los porqués, las razones de todos estos años angustiantes, estrangulados, retorcidos.

¿Cuántos años han pasado?

¿Cuándo ocurrió?

¿Cuándo ocurrió qué? ¿Qué fue? No tienes ni idea. Fuera lo que fuese, seguro que fue algo desagradable. Debe de haber sido tan desagradable que no pudiste contárselo a nadie. Seguramente te prometiste no contárselo a nadie. De modo que ahora lo llevas sepultado dentro, muy hondo, cada vez más hondo hasta que navega y se aleja en las profundidades conocidas de la memoria. Supongo que es lo que querías. Querías que se fuera, deseabas olvidarte de ello. Te concedieron el deseo, aquí estás, como una niña a la que se le escapa el globo y mientras se aleja flotando, desea que vuelva, pero claro, el globo no va a volver.

El globo. Una niña pequeña. ¿Será una pista?

La verdad es que no. Pero quedémonos con la niña pequeña. ¿De qué están hechas las niñas pequeñas?

De azúcar, especias y cosas bonitas. Es lo que mamá solía decirme. Te decía que no lo olvidaras nunca, que fueras siempre delicada y limpia, y lo más importante de todo, que no te

ensuciaras. Es como si la oyera repetirle: «De acuerdo, sal a jugar al jardín, pero no te ensucies».

No te ensucies. Eso me recuerda que tendría que abrir el grifo de la bañera. Pero no necesitas un baño. Claro que sí. Te hace falta mucha agua y jabón, pequeña. Debes...

Un momento. El jardín. ¿Qué pasa con el jardín? Ahora me acuerdo; vivíamos en esa enorme casa de Long Island, y había un jardín muy grande, y yo tenía siete, u ocho o nueve años, o quizá cinco o seis u once. Si lograra acordarme... Sí, si lograras acordarte. Pero claro, lo único que recuerdas es cuando mamá te decía: «No te ensucies».

Pero el jardín, creo que había algo en el jardín...

¿Las flores? ¿Qué flores? No, no eran las flores. ¿Sería aquello de mármol? ¿El estanque para los pájaros? No, no era el estanque para los pájaros. ¿Qué más había allí? Una especie de lago, creo. Un lago. Era muy pequeño, y había peces. Sí, ya me acuerdo, era un lago para peces de colores.

Un lago para peces de colores. Un lago para peces de colores. Repítelo. Por favor, sigue repitiéndolo. Creo que significa algo. Estoy segura. Tiene que significar algo. ¿En relación con qué? ¿Con quién? ¿Con la cara de quién? ¿Con la voz de quién?

No me acuerdo. La única voz que recuerdo es la de mamá cuando me decía: «No te ensucies».

Entró en el lavabo y abrió el grifo del agua caliente de la bañera.

2

BEVAN SE QUEDÓ en la cama hasta bien pasado el mediodía. Tenía el estómago revuelto y le quemaba la garganta. Una muchacha de color le subió una bandeja, intentó comer algo, pero sintió náuseas y dijo que lo que de veras le hacía falta era tomarse otra copa. La muchacha salió y, minutos después, regresó con un *whisky* doble y una jarrita de agua helada. El *whisky* le infundió ánimos; le pidió a la chica que le trajera una botella y una jarra grande. Cuando la muchacha se disponía a salir, James cambió de idea y le comentó:

—Veamos si puedo aguantar hasta esta noche.

La muchacha se fue y él se quedó solo en la habitación. Se preguntó dónde estaría Cora. Y acto seguido se dijo que no importaba dónde estaba o qué hacía. Se quedó un rato más sentado en la cama, fumando y mirando la ventana abierta deseando que entrara la brisa. Hacía un calor terrible. Estaba a mediados de febrero y pensó en la gente que se congelaba en Nueva York mientras ahí, en Jamaica, hacía más de treinta y dos grados. Un haz de sol caribeño, amarillo y enceguedor cortó el percal amarillo pálido que le cubría las rodillas levantadas. Y por la ventana entró algo más; era un mosaico de sonidos suaves y agradables provenientes de la piscina. Saltó de la cama y se asomó por la ventana.

Los vio allá abajo; eran turistas norteamericanos y británicos con gafas de sol y atuendos playeros cuidadosamente seleccionados. Incluso desde esa distancia se adivinaba que eran gente adinerada y de buena educación. Se divertían y su diversión era limpia y

tranquila; no había fanfarrones en el trampolín, ni acróbatas aficionados en la arena, ni tampoco taparrabos. La conversación y las risas eran moderadas y se fundían con el diseño sereno de la piscina y sus alrededores. En su conjunto, se trataba de una escena plácida de gente plácida que se lo pasaba bien. Sintió ganas de ponerse el bañador, para bajar y unirse a ellos.

Y mientras miraba desde la ventana abierta, supo que en la escena aquella había algo que no funcionaba. Lo que quieres decir —pensó—, es que hay algo que no funciona en el observador. Que tú no perteneces a ese grupo. Que ese ambiente es estrictamente para individuos sobrios que saben comportarse. Y que este tipo al que le fallan las rodillas y que tiene el cerebro reblandecido por la ginebra es un perfecto ejemplo de autodestrucción, un perfecto fracaso...

—A la mierda con el ruido —murmuró en voz alta. Pero el sonido de su propia voz, quemada por la ginebra y retorcida por la angustia, contrastó tristemente con los sonidos alegres y despreocupados provenientes de la piscina, la arena y el jardín. Se alejó de la ventana y vio la radio que había sobre la mesilla, entre las camas gemelas. La encendió y oyó un cantante de calipso que suplicaba a sus vecinos que dejaran de robarle cosas de la cocina porque su mujer estaba adelgazando mucho. No era un calipso de buena calidad.

El calipso continuó durante unos diez minutos más, se produjo una interrupción en el programa y acto seguido le llegó la transmisión de un partido de críquet entre un equipo jamaicano y otro inglés. El comentarista era muy técnico, y Bevan sabía muy poco de críquet y no tenía ni idea de lo que el tipo decía. Pero continuó escuchando e intentó seguir la retransmisión concentrándose en los jugadores para no pensar en sí mismo.

—Una puntuación espléndida —dijo el comentarista—. Para Baxter significa...

Bravo por Baxter —dijo para sí mientras el comentarista indicaba la puntuación—. Aunque no pueda decir bravo por Bevan. Fumemos otro cigarrillo. No, eso no mejorará las cosas. Probemos una ducha fría.

Se duchó, se afeitó y se vistió. Luego se desvistió y se puso el bañador. Luego se quitó el bañador y volvió a vestirse. Se ató los

zapatos primero lentamente, manipulando con maña los cordones, y luego muy deprisa e instintivamente porque su cerebro se había concentrado en otra cosa que debía hacer.

Debía asomarse otra vez a la ventana. Así lo hizo, y dirigió la mirada a lo que había visto antes pero no había querido notar. Reacción retardada, pensó, concentrándose en el bañador naranja pálido que llevaba ella y en su cabello rubio que brillaba hasta parecer blanco bajo el sol de justicia. Estaba sentada en una hamaca, cerca del borde de la piscina y mentalmente le dijo: Hola Cora. La vio volver la cabeza para hacerle un comentario al hombre que estaba sentado en la hamaca contigua. Mentalmente, Bevan le dijo: Hola, Nariz Achatada. Pero supo que el apodo era una exageración, que la nariz de aquel hombre no era tan achatada. Probó a llamarlo Pelo de Zanahoria, pero tampoco le pareció adecuado. El color zanahoria era más bien oscuro, o era ese tono naranja rojizo estridente que automáticamente le hubiera hecho acreedor del mote Pelo de Zanahoria. De todos modos —se dijo—, el nombre no tiene importancia. Lo importante es que están ahí, sentados el uno junto a la otra. Mírala, fíjate cómo le sonrío. Él le habla y ella le presta mucha atención.

Tío, será mejor que bajes y acabes con el asunto antes de que empiece. O tal vez ya haya empezado. Sí, más te vale que lo reconozcas; ha empezado ya. Empezó anoche cuando él intervino para echar una mano, y asistir caballeramente a la dama llorosa que no podía con el borracho de su marido. En fin, así es como suele ocurrir. En este caso era de esperar que tarde o temprano se produjera. Era lógico que algún día ella se encontrara con Algún Otro. Mejor dicho, con el señor Alguien que pasa a ocupar el lugar del señor Cero. Tiene su lógica; además es funcional. Pues bien, pongámosle fin ahora mismo.

Pero míralos; la cosa sigue su curso. Fíjate qué interesada se muestra ella. No puede quitarle los ojos de encima. Si hasta podrías medir las vibraciones que hay entre los dos. ¿O será tu imaginación? No, no lo creo. Se trata de una vibración con todas las de la ley; es como un dolor que late y late y empeora por momentos. Si no acabamos con esto...

Si no acabo con esto —pensó Cora—, temo que pase algo. Sé que a va pasar algo. Pero si está pasando ya y no puedo romper con

ello, a menos que me levante de la hamaca y me aleje de él. No puedo hacer una cosa así. ¿Por qué no? Porque no estaría bien. Sería de muy mala educación. Pero esa no es la respuesta. La respuesta es que estás encadenada a esta hamaca y que no te puedes mover.

Estaba allí sentada, en la hamaca, junto al hombre corpulento de nariz ligeramente achatada y cabello color zanahoria, que estaba sentado con las piernas cruzadas de modo tal que resaltaban al máximo sus muslos musculosos. Llevaba un bañador color azul marino y sandalias de cuero del mismo tono. Su pecho desnudo estaba poblado de pelo así como sus brazos y el dorso de sus grandes manos que al hablar utilizaba con una expresividad moderada.

Hablaba de teatro. Le comentaba a Cora acerca de una estupenda representación de Ibsen que había visto hacía poco en Nueva York. Le decía que la Bankhead hacía una maravillosa interpretación y, por supuesto, Le Gallienne era siempre superlativa, e incluyó también a Cornell y a Nazimova. Pero el mejor Ibsen que había visto jamás —dijo— era la interpretación de Bankhead en *Hedda Gabbler*.

—Lo vi por televisión —comentó Cora.

—¿Y surtió efecto en los telespectadores?

—No estuvo mal.

—No me gustaría verlo por televisión. Si quiero ver la obra ha de ser en el teatro. Y por lo menos en la cuarta fila.

—¿Y si no consigue entradas para la cuarta fila?

—Siempre las consigo si me lo propongo.

Permanecieron en silencio durante unos instantes, y luego, él continuó hablando de Ibsen. Lo comparó con algunos de los modernos y dijo que algunos dramaturgos modernos eran bastante buenos, pero que no alcanzaban el nivel de Ibsen. Para expresarlo, dijo que estos autores modernos utilizaban mucho los golpes cortos de izquierda y que de vez en cuando lograban voltearte con un derechazo a la mandíbula. Pero el único que podía darte bien fuerte y dejarte noqueado en el suelo era Ibsen. Le comentó que era la misma sensación producida al oír un disco de John McCormack. Le dijo que tenía muchos discos de John McCormack y que otro de sus favoritos era Chaliapin. Aseveró enfáticamente que ninguno de los

cantantes modernos alcanzaban el nivel de esos dos.

Durante un rato habló de cantantes y después volvió a Ibsen, pero ella no lograba seguir lo que le decía. Se quedó allí sentada, mirándolo directamente, sin oír las palabras que salían de su boca, escuchando solo el sonido de su voz gruesa y retumbante que parecía cernirse sobre ella como un trueno proveniente de todas las direcciones. Y de repente se le olvidó quién era aquel hombre.

Se olvidó de que le había dicho que se llamaba Atkinson y que vivía en Nueva York, así como todo lo demás que le había contado. Era como si careciese de identidad; no era más que un hombre grande, de cara ruda, pecho peludo y manos enormes. Le miró las manos inmaculadamente limpias con las uñas cortas y pulidas. Intentó dejar de mirárselas, pero no pudo; su cerebro era como una pantalla que le mostraba las manos acercándose a ella con los dedos agarrotados y sucios y las uñas ennegrecidas. Oyó el eco lejano de una voz que le decía: «No podrás huir. Es tan grande... tan rudo...».

¿Cuándo oíste eso? —se preguntó Cora—. ¿Quién lo dijo? Y entonces volvió a oír aquella voz. «Por favor no. No, por favor». Era una vocecita, como el pjar suplicante de un pajarillo asustado. O de un niño —pensó—, más bien de una niña pequeña. Sí, una niña muy pequeña de unos siete, ocho o nueve años. ¿Podrías ser más específica? No, es inútil que lo intente. Y déjame en paz —se dijo a sí misma.

Entonces oyó a Atkinson que le decía:

—... ese es el problema del teatro en estos días. ¿No le parece?
Asintió mecánicamente.

—Lo siento, señora Bevan —se disculpó con una sonrisa—. No era mi intención interrumpirla.

—¿Interrumpir qué?

—Pues lo que estaba pensando.

—No era nada importante —repuso ella, devolviéndole la sonrisa. Y a modo de disculpa agregó—: Pensará usted que soy terriblemente descortés.

—En absoluto —repuso riendo despreocupadamente—. Se ha marchado usted durante unos instantes para luego regresar.

Cora rio con él. Ahora todo está bien —pensó—. Estás aquí sentada conversando. Eso es todo, no es nada más que una agradable conversación.

Bevan se quedó asomado a la ventana, mirándolos. Gradualmente y por motivos inexplicables, algo le llamó la atención y observó la piedra de un amarillo parduzco que había en el extremo más alejado de la piscina. Era un muro alto que marcaba la línea de separación entre el Hotel Laurel Rock y las moradas de los nativos. Y miró más allá del muro y el panorama le llegó con toda claridad. Vio las calles estrechas atestadas de gentes de piel oscura, sentadas sin moverse en el umbral de las puertas o moviéndose apáticas, sin nada especial que hacer ni ningún sitio especial al que acudir. Estaban muy lejos como para ver sus atuendos, pero tuvo la impresión de que la mayoría vestía harapos y muchos iban descalzos. Algunas mujeres llevaban cestas sobre las cabezas; sus manos no las tocaban, sus piernas y sus torsos se movían a un ritmo continuado para mantenerlas en equilibrio; era todo un arte. Se acordó del folleto de la agencia de viajes con su estridente descripción: «Vea a las pintorescas nativas que cargan cestas sobre sus cabezas». La única diferencia radicaba en que en el folleto, las cestas iban repletas de flores y las mujeres llevaban muchas joyas, dijes y vestidos de vivos colores, y sonreían alegremente desde las páginas satinadas. Se dijo que había poco o ningún parecido entre el folleto de la agencia de viajes y lo que ahora contemplaba. Aquellas mujeres no llevaban joyas, sus vestidos parecían hechos con tela de saco de harina. Las cestas que cargaban sobre las cabezas no contenían flores, sino comida, y a pesar de la distancia, notó que la cáscara de los plátanos se había ennegrecido. Hizo una reflexión de tipo técnico: Será mejor que se den prisa y vendan la fruta o se les pudrirá bajo el sol.

Observó a un grupo de niños desnudos que corrían por un patio trasero lleno de basura que daba al puerto. Llegaron a un muelle destartado y desierto y se lanzaron al agua espumosa. Los vio nadar hacia aguas más limpias y más azules, donde estaba anclado un yate con camarote. Esperaban llamar la atención de los tripulantes y zambullirse en busca de los peniques que les lanzaran desde la embarcación. Sin darse cuenta de lo que hacía, Bevan se llevó la mano al bolsillo y buscó unas monedas. Al sentir la plata entre los dedos se dijo: No es más que un gesto falso.

Eso se te da muy bien. Eres un actor de primera en lo que a gestos falsos se refiere. Si quieres echar una mirada atrás y analizar

los antecedentes, verás cuán falsos son. Pero será mejor que no lo hagas, será mejor que no mires atrás. Si lo haces, te hará falta otro trago, muchos tragos. Así que por favor, no lo hagas, no te pongas a recordar.

Sus ojos siguieron fijos en el suburbio que se extendía al otro lado del muro del hotel. Pero la escena reflejada en la pantalla de su mente no tenía nada que ver con la ciudad de Kingston de la isla de Jamaica. Se trataba de otro suburbio, en Manhattan. Cerca de la Calle Cincuenta y la Décima Avenida.

Ya habían pasado dos años. ¿O serían tres?

—Basta ya —suplicó.

Pero su cerebro le decía: No, no puedes dejar de pensar. Lo has intentado muchas veces, pero no existen frenos para este tipo de movimiento. Una vez que empieza, no hay quien lo pare y sigue adelante en marcha atrás, cuesta abajo, y las hojas de los viejos calendarios van pasando velozmente.

Bajó la cabeza. Se dejó caer en una silla, junto a la ventana. Tenía el semblante aturdido y apenado cuando se rindió a la marca del recuerdo.

Todo empezó —se dijo—, con una noche de insomnio.

Pero no, en realidad no fue así. Sabía que todo había comenzado al casarse con Cora. Parecía el matrimonio adecuado, adecuadamente romántico, con los factores adecuados de respeto mutuo, ternura y afecto. Durante los siete meses de compromiso, el único contacto físico había sido cuando bailaban y cuando se besaban. Por supuesto que hubiera querido ir más lejos, pero se había hecho el firme propósito de no intentarlo. Sabía que iba a casarse con una muchacha nada mundana, con una educación superior a la corriente, y su castidad era una verdad preciosa que no necesitaba palabras, porque se le veía en los ojos. Por ello se propuso aguardar hasta la noche de bodas, esperando que fuese maravillosa y dulcemente mágica.

La noche de bodas resultó un desastre. Entre sollozos ella le había dicho: «Es horrible. No puedo... es que me resulta imposible». Y siguió así durante toda la luna de miel; después todo se transformó en una deprimente rutina: para ella era un esfuerzo espantoso y él no encontraba en la relación placer alguno. Claro que ella lo intentó, lo intentó de veras, pero aquello no hizo más que

empeorar las cosas. Bevan se sentía culpable por forzarla a hacer algo que no quería hacer y que odiaba. Y lo que dificultaba más las cosas era que Cora nunca quería hablar del tema. Una noche lloró mucho y le suplicó que tuviera paciencia, mientras él se mordía con fuerza la comisura de los labios para no lanzar imprecaciones. Cora dijo que seguiría intentándolo, pero no tardó mucho en sugerirle que comprasen camas gemelas.

—¿Pero por qué?

—Sé que para ti es muy difícil. Quiero decir...

—Sí, ya sé lo que quieres decir.

—Lo siento, James. Lo siento muchísimo.

—Está bien —dijo él, esforzándose por sonreír—. No dejes que esto te preocupe, querida. No tienes por qué preocuparte.

Pero durante los tres primeros años, él se preocupó mucho. Luego, poco a poco, se fue acostumbrando a la rutina de dos veces al mes; y más tarde, a la rutina de una vez al mes. Trabajaba mucho en Wall Street; durante los fines de semana se concentraba en el golf, de modo que por las noches se sentía bastante cansado con más ganas de dormir que de otra cosa. Al quinto año de casados, Cora quedó embarazada, y durante un tiempo, Bevan creyó que aquello lo cambiaría todo; el médico le había dicho que después de tener el primer hijo las mujeres suelen cambiar y convertirse en hembras hambrientas, conscientes de su sexo.

Pero no fue así, porque al séptimo mes perdió el niño. Dos años más tarde perdió el segundo niño y pasó varios meses muy enferma. El médico dijo que era muy estrecha de caderas y le recomendó que engordase antes de buscar otro embarazo. Durante la convalecencia aumentó unos cuantos kilos, que perdió en cuanto volvió a retomar la vida normal. Una noche, se metió en la cama de James, lo abrazó y le preguntó:

—¿Me quieres?

—Claro, siempre te he querido —repuso él.

Pero al abrazarla y al acariciarle los frágiles hombros, James notó cómo temblaba, notó el esfuerzo que hacía, cómo se obligaba a darle lo que él necesitaba. Y él se dijo que era una buena mujer, dulce y generosa y era afortunado de tenerla por esposa. Después, la punzada de la culpa le indicó que ya la había mortificado bastante con sus necesidades animales y que no debía herirla más. Pero por

el amor de Dios —pensó—, soy de carne y hueso, y lo necesito, tengo que conseguirlo, ¿qué voy a hacer? Ya sé que es un matrimonio hermoso y me preocupa por ella. La adoro. No sabría qué hacer sin ella, es tan buena, tan dulce. Es mi vida, es la música suave de violines que hace que merezca la pena vivir, la delicada criatura color pastel que quita toda importancia a las demás criaturas. Es la poesía murmurada en voz baja que excluye los sonidos vocingleros de una ciudad demasiado ruidosa, de un mundo demasiado ocupado. Lo que ella me ofrece es el mundo plácido en el que veo su adorable rostro y escucho su adorable voz. Eso es lo que aprecio y debería bastarme.

Pero la cuestión es que no te basta, tío.

Oyó a Cora murmurar:

—Ahora... por favor, cariño, ahora.

Pero lo que en realidad le decía era: Date prisa y acabemos de una vez.

Era como cuando estaba en Yale y algunas veces iba a algún fonducho de New Haven, pagaba cinco dólares y la chica le decía: «A ver si te das prisa, estudiante, que me esperan otros clientes». El comentario podía provocarte una carcajada, y tal vez, si uno era lo bastante filósofo, también podía reírse de esta situación. Pero tengo la impresión de que no es cosa de risa. No, definitivamente no es cosa de risa. Hace siete años que estás casado con una chica muy dulce y excepcionalmente guapa; ese es un aspecto del asunto. El otro es el hecho de que por algún maldito motivo, ella no responde a tu virilidad. Más vale que lo reconozcas, sabes que todas las veces que lo has hecho, nunca ha tenido un orgasmo. Es como si fuese de cera. O de hielo.

—¿James? —En su voz había un ligero asomo de impaciencia.

—Escucha, cariño, preferiría...

—¿Qué es lo que preferirías?

—Verás, estoy muerto de cansancio.

Se produjo un largo silencio y luego ella le preguntó:

—¿No estás enfadado?

—¿Enfadado? —Logró lanzar una risita incrédula—. ¿Pero qué dices? ¿Por qué tendría que enfadarme?

—Porque yo... —y no pudo acabar la frase. Suspiró pesadamente y agregó—: Gracias por tenerme tanta paciencia. Eres

tan bueno conmigo, James.

—Los dos somos muy buenos —repuso él—. Supongo que es porque nos queremos.

—Sí, nos queremos mucho. Es tan bonito saberlo. Nos admiramos, y creo que eso es sumamente importante, ¿no te parece?

—Ajá —repuso, fingiendo un bostezo.

—Pobrecito mío —susurró ella—. Estás agotado. Te dejaré dormir.

Volvió a su cama. Él se quedó echado de espaldas, con los ojos abiertos, mirando la negrura del techo. Al cabo de un rato oyó la respiración acompasada de su mujer y supo que se había dormido.

No se dio cuenta de que entrecerraba los ojos. No notó que el reptil invisible se acercaba reptando a su mente. Ese reptil era una idea que lo rozaba suavemente y le susurraba: «Lo necesitas, lo necesitas con toda el alma y aquí no te lo dan... pero tal vez puedas encontrarlo en otra parte».

—No —le dijo al baboso animal—. Apártate de mí.

—Estúpido —le dijo el reptil.

—Vete. Sal de aquí. Eres asqueroso. Hueles mal.

—Es posible —contestó el reptil—. Pero aparte de eso, soy tu amigo. Y te doy buenos consejos.

—Vete con tus consejos a otra parte. No me interesan.

—Claro que te interesan. Eres todo oídos, hermano. Hace siete años que aguantas este desastre que es vivir con una mujer que se excita poco o nada, que no responde como debiera hacerlo. Siete años de frustración. Ya va siendo hora de que le busques una solución.

—¿Como cuál?

—Ven conmigo —le dijo el reptil.

Estaba en su interior, enroscado firmemente en sus nervios. Lo sacó a rastras de la cama, diciéndole que se moviera muy despacio para no despertarla. Por la ventana entró la luz de la luna, y en el resplandor azul plateado se vistió, deteniéndose un instante para echar un vistazo a la esfera luminosa del despertador que había sobre la cómoda. Las agujas marcaban las doce y veinte de la noche.

James se dijo que su mujer tenía el sueño profundo y que no abriría los ojos hasta que sonara el despertador, a las siete de la

mañana. A esa hora ya habría regresado. Lo sabía con certeza. Sus labios esbozaron una ligera sonrisa cuando salió del apartamento y atravesó el pasillo hacia el ascensor.

El ascensor bajó los once pisos y lo dejó en la planta baja. Había un corto trecho hasta la avenida Lexington, y en menos de un minuto estuvo sentado en un taxi.

—¿Adónde lo llevo? —inquirió el taxista.

No le contestó.

El hombre se dio la vuelta y le miró la cara. El coche se había detenido ante el semáforo en rojo y, bajo el resplandor rosado Bevan notó la mirada inquisitiva dibujada en el rostro del conductor.

—No estoy seguro —repuso—. No sé bien adónde ir.

—Ah —repuso el conductor. La pausa se prolongó un momento y se convirtió en un silencio lleno de significado. Entonces, el taxista murmuró—: ¿Solo quiere dar un paseíto? ¿Es eso?

—No exactamente.

—¿O sea que quiere ir a alguna parte, pero no sabe dónde? ¿Es eso lo que quiere decirme?

—Más o menos.

El taxista miró detenidamente al hombre que ocupaba el asiento trasero y le preguntó:

—¿Hacemos un trato?

—De acuerdo.

—¿Cuánto cree que cuesta la carrera hasta ese sitio?

—No sabría decírselo.

—La vida es dura en esta ciudad —comentó el taxista—. Pero hay que seguir adelante. Para mí es como una apuesta, supongo que se hará usted cargo de eso.

—¿Le parecen suficientes diez dólares?

—Sí, me parecen suficientes —repuso el taxista.

Era una tabernucha sucia de la Décima Avenida, cerca de la calle Cincuenta. El taxista le pidió que esperara en el coche y entró. Poco después, volvió a salir y le indicó que la mujer estaba sentada sola en un reservado y que llevaba un vestido verde.

Le entregó al taxista un billete de diez y dos de un dólar como propina y entró en la taberna. En la barra habían unos hombres barbudos que tenían todo el aspecto de camioneros o estibadores.

Había una mujer gorda, sin formas, de cabellos gris, que bebía cerveza en compañía de un hombre que parecía hispano y cuyas ropas necesitaban un planchado. En uno de los reservados había un par de marineros muy jóvenes acompañados de unas chicas. En otro reservado había unas mujeres de mediana edad; dos de ellas llevaban cortes de pelo varoniles, vestían camisas de cuadros y monos de tela gruesa. Dejó atrás ese y otros reservados vacíos y llegó al que ella ocupaba en solitario; su vestido verde brillante resaltaba contra el marrón grisáceo del reservado sin barnizar.

Era más bien delgada, pero no tenía cuerpo de palo de escoba. No era una delgadez frágil ni chupada y, sin duda, tampoco era la flacura de la puta barata. Las líneas de su cuerpo eran como una etiqueta en la que estaba marcado el precio e indicaba que costaba más que el promedio. También se le notaba en la cara. Tenía una cara bonita, nada ornamental, pero sin duda podía posar para los pintores serios que preferían destacar la profundidad. Tenía el pelo negro, los ojos castaño oscuro y una boca seria que indicaba una mayor tendencia a pensar que a conversar.

Bebieron unas cuantas copas. Mientras bebían, fumaron de los cigarrillos de Bevan y se dijeron muy poco. Hablaron del precio; ella le informó que tenía una habitación en la calle Cincuenta, justo a la vuelta de la esquina, y que si quería pasar allí un rato, le costaría quince dólares. Por la forma en que lo dijo, Bevan supo que era la tarifa fija, que no habría regateos. Y sin embargo, el tono fue más amistoso que profesional. En cierta forma no parecía una profesional. Le dijo que era mitad francesa y mitad portuguesa, que se llamaba Lita, y que tenía tres hijos que vivían con una hermana suya en Baltimore. Se mostró dispuesta a contarle más cosas sobre el particular, pero a él se le notaba tanto la ansiedad que ella le dijo:

—Vamos, te enseñaré mi cuarto.

Se lo hizo pasar muy bien. Hubo algo que le hizo olvidar que se trataba de un arreglo comercial. Le había pagado por adelantado y una vez zanjado ese asunto, lo que siguió fue una actividad puramente física, y muy placentera porque no había nada forzado ni mecánico en lo que ella hacía. Daba la impresión de que cada uno de sus movimientos estaba dirigido a provocarle el máximo placer, como si él representara una especie de oportunidad que no

se conseguía con demasiada frecuencia, y ella quisiera sacarle el máximo provecho.

Cuando terminaron, Bevan no quiso marcharse. Echó un vistazo en la cartera y vio que solo le quedaban nueve dólares. Ella le dijo que por el momento bastaba esa cantidad, que le podía pagar los seis restantes cuando volviera. Y se quedó con ella cuarenta minutos más.

Mientras él se vestía, la mujer le preguntó:

—¿Te queda dinero para el taxi?

Bevan sonrió tímidamente y negó con la cabeza.

—Toma, llévate esto —le dijo la mujer, colocándole un billete de cinco dólares en la mano.

—Eres muy amable —murmuró Bevan.

La mujer se encogió de hombros sin decir palabra. Salieron juntos de la habitación; ella regresó a la taberna, a esperar a otro cliente. En la esquina de la Décima Avenida y la calle Cincuenta, Bevan paró un taxi y se fue a casa.

Unas cuantas noches después, volvió a estar con ella. Ya tomó como norma ir dos veces por semana y así siguió durante un par de meses. Después, empezó a verla tres veces por semana. Una noche, le sugirió en broma que le hiciera una tarifa especial. Ella lo miró y le dijo muy seria:

—He estado pensándomelo. Tal vez convendría que llegásemos a un arreglo.

—Tranquila, mujer, que era broma.

—No, creo que lo decías en serio —repuso ella en voz baja y mucho más seria—. Al fin y al cabo te está saliendo muy caro. Nunca menos de treinta dólares la noche, y hay noches en que me das cuarenta y cinco. Eso sin contar las copas que nos tomamos en Hallihan's

. Claro que si puedes permitírtelo...

—Por supuesto que puedo permitírmelo. —En ese momento se le ocurrió pensar que no podía permitírselo. Frunció ligeramente el ceño y ella siguió mirándolo fijamente.

Se produjo un silencio y al cabo de un rato ella le dijo:

—¿Qué me dices entonces? ¿Quieres retirarme?

Bevan no sabía a qué se refería. Y con una sonrisa se lo dio a entender. La sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

—Sabes que no puedes seguir pagándome tal como están las cosas ahora. Tampoco ganas tanta pasta. Calculo que unos diez de los grandes al año, a lo mejor un poco más.

—Es un cálculo bastante aproximado —admitió, sin dejar de sonreír y fruncir el ceño a la vez. Dejó de mirarla.

—Me parece que te tengo calado, George. Sé que no te llamas George. Pero a mí me da igual, si quieres llamarte George, por mí vale. Tienes unos treinta y cinco, estás casado y vives en un bonito apartamento con criada, y cuando tu mujer va a la peluquería nunca se gasta menos de diez pavos. ¿Me equivoco?

—No. Es más o menos así —murmuró con aire ausente—. Creo que al peluquero le paga siete cincuenta.

—No te importa lo que gasta. Todo lo que ella hace te va bien.

El ceño se le arrugó aún más. Se preguntó por qué le diría una cosa así. Se preguntó por qué no podía mirarla a la cara.

—¿Qué haces, Lita? ¿Intentas sacarme información?

—No exactamente. Tal y como están ahora las cosas, no es asunto mío. Pero incluso así, tengo ojos y me doy cuenta de muchos detalles aunque tú no me lo cuentes. No es que me haya puesto a investigar. A mí no me van esas mierdas. Lo que pasa es que algunas putas llegamos a conocer a los hombres con solo irnos a la cama con ellos. Por ejemplo, nunca me dijiste nada pero sé que te molesta que tenga otros clientes.

Bevan no le contestó.

—Te diré que me gusta el detalle —prosiguió Lita—. Me refiero a que te lo guardaras y no dijese nada porque sentías que no tenías derecho a hablar del tema. La verdad, George, es que hay muchos detalles de ti que te convierten en un tipo especial. A lo mejor no hace falta ni que te lo diga, porque supongo que ya lo sabes.

Bevan la miró. Ya no fruncía el ceño. Tampoco sonreía.

—Eres una persona estupenda, Lita.

—No siempre —repuso ella—. A veces puedo llegar a ser muy mala y tener mal genio. Pero trato de ser amable cuando la gente lo es conmigo. Como tú. La semana pasada por ejemplo, me regalaste unos pendientes; y hace un par de semanas una caja de caramelos. Y de las caras. Mira, George, te voy a decir una cosa. Estoy dispuesta a dejarlo todo, es decir, si tú quieres. Estoy dispuesta a dejar a los demás clientes. Serán los únicos pantalones que entren

en esta habitación. ¿Qué te parece?

—Me parece bien... —Pero lo dijo sin entusiasmo.

Lita lo miró de reojo y frunció ligeramente el ceño.

—Quiero decir que para mí está bien —insistió Bevan—, pero y ¿tú que? Perderás dinero.

—No te preocupes por eso. Me las arreglaré con lo que tú me des a la semana. ¿Qué te parecen sesenta? ¿Cincuenta?

—Dejémoslo en setenta.

—No podrás pagarme setenta dólares por semana.

—Creo que podré arreglármelas.

—Te diré una cosa —lo interrumpió rápidamente—. Déjalo en sesenta y ya veremos qué tal me va.

—De acuerdo.

Acto seguido, Bevan hizo ademán de sacar la cartera para pagarle esa noche por adelantado. Cuando sacó el billete de diez y el de cinco, ella negó con la cabeza y le dijo:

—Ya no eres un cliente... Eres mi...

—¿Tu novio? —Sonrió.

—¡Ostras! —exclamó con una sonrisa—. Mi novio. Suena genial. —Empezó a quitarse la ropa. Mientras se bajaba la cremallera de la falda le dijo—: Esta noche, yo invito a las copas. Voy a celebrarlo. Me he conseguido un novio guapo.

La cosa funcionó muy bien. Todos los lunes por la noche Bevan le daba sesenta dólares. Se reunía siempre con ella en el Hallihan's

, de la Décima Avenida, tomaban unas copas y luego se iban a la habitación. Nunca eran menos de tres noches por semana, y en ocasiones, lograba sacar una hora por la tarde entre las citas de negocios. No tenía más que telefonear a

Hallihan's

y ellos avisaban a Lita. En

Hallihan's

se mostraban muy colaboradores; y los camareros y los parroquianos eran muy discretos. Aparte de ofrecerle una sonrisa amistosa o un espontáneo «Hola, George, ¿qué tal van las cosas?», nunca se metían con él y se cuidaban mucho de guardar las distancias cuando estaba en el bar en compañía de Lita. Era como si Bevan contara con su tácita aprobación, como si todos ellos

estuvieran contentos de que Lita hubiera abandonado la profesión para ser su novia fija.

Otro aspecto que lo hacía bonito era que no tenía problemas con Cora; por extraordinario que pareciera, el motivo era bien simple: Cora no se había enterado. A veces le costaba trabajo creérselo, pero la cuestión era que lograba ocultarle esa nueva relación. Evidentemente para ello tenía que faltar a la verdad en más de una ocasión; decirle que tenía citas de trabajo por las noches, o debía ver clientes de otras ciudades. Ella jamás cuestionó esas explicaciones. Se limitaba a comentarle:

—Trabajas mucho, sobre todo por las noches.

A Bevan no le costaba nada responder con una sonrisa:

—No me importa, cariño. Me sienta bien trabajar tanto.

—Está bien, señor Hombre de Negocios —replicaba ella con una sonrisa fácil y agradable—. Tú eres el jefe. Lo único que me preocupa es que no duermes lo suficiente.

Se trataba, en suma, de un arreglo conveniente y así siguió durante cinco meses. La ruina se produjo un domingo por la mañana temprano; había pasado con Lita gran parte de la noche del sábado y había regresado al apartamento para encontrarse con Cora sentada en la cama, leyendo una revista. Bevan se fijó en las tapas de la revista. Era *Bazaar*

Harper's

. Y le preguntó:

—¿Qué te pasa?, ¿por qué no estás durmiendo?

—Me he enterado, James —le dijo sin apartar la vista de las páginas—. Anoche te seguí.

Bevan siguió mirando fijamente la cubierta de *Bazaar*

Harper's

. Se veía a una joven con un abrigo de chinchilla, reclinada contra uno de los leones de piedra que hay delante de la biblioteca de la Quinta Avenida.

—Lo siento, James, supongo que la culpa es mía.

—No digas eso —repuso él rápidamente.

—Sí, sé que yo tengo la culpa —prosiguió ella—. No puedo darte lo que necesitas. La verdad es que no puedo culparte por ir a buscarlo a otra parte.

Desde la cubierta de la revista, el león de piedra lo miró y le dijo

sin palabras: «Maldito hijo de perra, mira que la sacarás barata». Y vio a Cora que lo miraba y le decía:

—¿Qué quieres que haga, James? ¿Quieres que me vaya?

—No, por favor, ni se te ocurra.

Lo miró con una sonrisa patética; la pena iba por los dos.

—¿Por qué no? —inquirió en voz baja—. Tienes otra mujer. A mí ya no me necesitas.

Bevan cerró los ojos con fuerza y los mantuvo cerrados durante un largo instante. Después, mirándola de frente procurando que no le temblara la voz le dijo:

—Te necesito. Y no hay otra mujer. Es algo que ocurrió. Fue un error y lo lamento. No permitiré que vuelva a repetirse.

Al día siguiente, rompió con Lita. Fue por la tarde. Telefonó a Hallihan's

y ellos le pidieron que se pusiera. Antes de que él hablara, Lita le preguntó si ocurría algo. Bevan quiso contestarle que no ocurría nada malo y que la vería esa noche.

Pero en realidad le dijo:

—Mi mujer se ha enterado. Supongo que ya sabes lo que significa.

Lita se quedó callada.

—Significa que no podremos vernos más.

Al otro lado de la línea continuó el silencio.

—Escúchame —continuó él tragando saliva—. Escúchame, Lita, lo lamento mucho. No sabes cuánto lo siento.

Hizo la pausa para que ella dijera algo, pero el silencio continuó.

—Espero que trates de entenderlo.

Hizo otra pausa. Al cabo de un rato ella le dijo:

—Vale, George. No te deprimas por esto.

Vaya por dónde —pensó—. Es mucho más difícil de lo que creía. Y en voz alta agregó:

—Te enviaré un giro por... —Pero se interrumpió porque le pareció fuera de tono, un detalle barato.

—Ni se te ocurra. Por el amor de Dios no me mandes dinero. Y ya que estamos, te lo voy a decir George. No era por el dinero. Era porque... Mira, mejor olvídalo. Dejémoslo correr. Pero... —Vaciló, lo intentó otra vez y por fin logró decir—: Te echaré de menos.

Bevan cerró los ojos. Deseó tener una botella a mano para echar

un trago rápido. Era la primera vez en su vida que sentía unas ganas locas de tomarse una copa. Pero entonces no se dio cuenta. Entonces, lo único que sabía era que necesitaba un estimulante.

Estaba concentrado en la necesidad que tenía de tomarse una copa y no se dio cuenta de que ella lo dejaría en paz, le decía adiós brevemente y colgaba. Bevan colgó el receptor, salió de la cabina, abandonó rápidamente la farmacia y cruzó la calle para dirigirse a un bar, donde pidió un *bourbon* doble de cuatro años.

En las semanas siguientes, se fue olvidando gradualmente de Lita. Mejor dicho, gradualmente fue borrando las imágenes en las que Lita aparecía desnudándose, o sentada en el borde de la cama con las manos posadas sobre los muslos desnudos. La imagen que permaneció durante más tiempo en su mente fue la de Lita sin ropas, apoyando el codo contra la pared, cerca de la cama, de pie con la mano sepultada en el pelo negro que le caía sobre los hombros delgados. La pared era de color gris oscuro y su cuerpo tenía un tono amarillo cremoso que resaltaba contra la oscuridad. Era terriblemente delgada pero de cuerpo flexible, suave, y despedía una electricidad salvaje; el voltaje le llegaba hasta donde se encontraba reclinado en la cama, mirándola, y lo golpeaba con una llamarada que nunca dejaba de encenderse, llena de emoción, cuando ella se plantaba desnuda delante suyo.

Al desaparecer aquella imagen, Bevan intentó centrar sus intereses físicos en Cora. Pero obviamente la cosa no podía funcionar: no había nada que le permitiera funcionar. Era como siempre: Cora intentaba hacerlo lo mejor posible; jadeaba y gemía; producía los sonidos forzados y dolorosos del placer encefalizador. Aquellos sonidos eran absolutamente patéticos, y más de una vez, Bevan sintió tal lástima que no pudo continuar con la función, y tuvo que abandonar. En el instante en que sus brazos la soltaban, y ella sabía que la cosa quedaba suspendida por esa noche y que él volvería a pedírselo otro día, la oía jadear otra vez. Aunque más que un jadeo era un suspiro. Un suspiro de alivio.

Y así estaba la cuestión cama con Cora. Bevan lo soportó durante nueve, diez semanas; promediada la undécima, ya no pudo aguantar más. Recordó que había ocurrido un jueves por la noche; el despertador marcaba la una y cuarto de la madrugada y Cora dormía profundamente en la otra cama mientras él estaba despierto,

mirando fijamente los números verdes del despertador. El verde cobró vida, su fosforescencia circular se enroscó y salió del despertador como un reptil que emerge de un agujero. Reptó hacia él, se le metió en el cuerpo y lo obligó a levantarse de la cama y a vestirse.

Media hora después, un taxi lo dejaba en la esquina de la calle Cincuenta y la Décima Avenida.

Entró en
Hallihan's

y se acercó a la barra. No había muchos clientes. Vio un pequeño número de los parroquianos habituales; al hombrequito con aspecto hispano cuyas ropas necesitaban un planchado, a la gorda sin formas de cabello gris que bebía cerveza, a unos cuantos tipos de mediana edad, pertenecientes al Sindicato de Camioneros que llevaban unos distintivos del sindicato, y en uno de los reservados había dos hombres con aire preocupado que vestían trajes de líneas angulosas y tela barata que daban la impresión de haber salido de una partida de dados itinerante con los bolsillos vacíos. En otro reservado había una sola persona, una rubia entrada en carnes, de nariz respingona, con la cara muy pintada; daba la impresión de ser una profesional en busca de un cliente. El tabernero se quedó esperando el pedido y Bevan pidió un *bourbon* de cuatro años. El hombre se lo sirvió, registró la venta en la caja, le dio el cambio y se alejó. Bevan le dijo:

—Espera, Mike.

El tabernero se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué tienes, Mike? ¿Qué te pasa? —inquirió Bevan.

El tabernero se encogió de hombros sin decir palabra.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó Bevan con una sonrisa.

—Claro, te tengo fichado —repuso el tabernero.

A Bevan se le borró la sonrisa. Sabía que ya no le servía de nada, que su efecto no era nada positivo. Y en el silencio que pareció espesarse y cernirse sobre él como la niebla, notó que los demás parroquianos le estaban mirando.

—¿Tienes algún problema? —preguntó el tabernero.

—Busco a Lita.

—No está por aquí —repuso el tabernero.

—¿Puedes decirme dónde está?

—Seguro —respondió el tabernero—. En el cementerio.

El silencio se hizo muy denso y presionó sobre él. Tuvo la sensación de que lo aplastaría si no lo rompía con alguna frase.

—Cuéntamelo, Mike —pidió al tabernero.

—Claro que te lo contaré —replicó el tabernero, en voz más alta, con un tono más bien de oratoria, como si quisiera que los demás lo oyesen—. Quedó destrozada, eso fue lo que le pasó. Se dio a la bebida como nunca he visto en mi vida. La sacamos de aquí a patadas tantas veces que perdí la cuenta. Pero no sirvió de nada. Si no conseguía bebida aquí, iba a buscarla a otra parte. Una noche, hace de esto un par de semanas, cuando estaba como una cuba, intentó cruzar la Décima Avenida justo en el momento en que pasaba un camión enorme. El camionero dijo que se había abalanzado directamente hacia las luces.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que estaba borracha, eso es todo. Estaba tan borracha que no sabía adónde iba.

Se produjo otro silencio. Pero esa vez fue un silencio tenue, exento de presión, vacío.

—¿Qué, te sabe mal? —preguntó el tabernero.

Bevan no le contestó.

—Tendría que saberte mal —dijo el tabernero y se alejó.

Bevan se llevó la copa a los labios, la bajó y lentamente, se giró para ver al tabernero que, en ese momento, llenaba una jarra con cerveza de barril. Esperó a que acabara de llenar tres jarras para los organizadores del Sindicato de Camioneros. Y luego le preguntó:

—¿Qué has dicho?

El tabernero no lo miró. Uno de los hombres de mediana edad estaba pagando las cervezas. El tabernero registró la venta en la caja y luego se acercó a Bevan por detrás de la barra, sin mirarlo. Cuando vio que iba a seguir de largo, Bevan alargó la mano por encima de la barra y le tocó el brazo tapado por la camisa blanca. El hombre se detuvo, y sin mirarlo, le dijo:

—Será mejor que te vayas a casa, tío.

—Quiero otra copa.

—Ni hablar —le dijo el tabernero mirándolo a la cara.

—Escúchame, Mike...

—Otra cosa más, tío. No me llamo Mike. A mí se me llama por

mi nombre cuando se me conoce. Y tú a mí no me conoces. Aquí no conoces a nadie.

—La conocía a ella —dijo Bevan para sí.

—No la conocías —dijo el tabernero—. No la conocías nada. Era como esa bebida que tienes en la copa, algo que se saborea de vez en cuando.

Bevan miró al tabernero. Era un tipo medio pelado, más bien rechoncho, con cara de boxeador profesional: tenía la nariz maltrecha, los labios gruesos y una oreja hinchada y torcida. Se quedó ahí, esperando a que Bevan dijese algo, pero a este le resultó imposible articular palabra. Inspiró profundamente y continuó mirando al tabernero.

—Lamento haber dicho eso. —El tabernero habló sin levantar la cabeza—. No ha estado bien. —De repente, espasmódicamente, volvió la cabeza y le gritó a los demás clientes—: ¿Qué miráis puñeteros? ¿Por qué no os ocupáis de vuestros putos asuntos?

—A nosotros también nos sabe mal —dijo lloroso el hombrecito con aspecto hispano—. A todos nos sabe muy mal lo de Lita.

—Pobre chica —dijo la gorda, de pelo gris—. Pobrecita niña.

—Callaros la boca —gritó el tabernero—. ¿Qué os creéis que es esto, una funeraria? —Se mordía los labios. Movi6 la mano convulsivamente y la metió debajo del delantal blanco buscando el bolsillo del pantalón. Sacó cambio y a ciegas, lanzó las monedas de plata sobre la barra; estas fueron rodando hacia los parroquianos que ocupaban el extremo opuesto—. Por el amor de Dios, que alguien ponga una polka o algo por el estilo. A ver si ponéis una moneda en la maldita máquina tragaperras.

El hombrecito de aspecto hispano sacó una moneda de cinco centavos de entre las que había sobre la barra y se dirigió a la máquina tragaperras. Durante unos instantes, la habitación permaneció en silencio mientras la máquina recogía el disco de su ranura y lo colocaba en su sitio. Después, la atmósfera de la taberna se vio invadida por la música caliente y movida de *jazz*; las trompetas chillaban y los platillos ensordecían. Uno de los hombres de mediana edad del Sindicato de Camioneros gritó:

—Eso no es una polka.

—Es Stanley Kenton, y toca buena música —gritó el hombrecito de aspecto hispano.

El representante de los camioneros golpeó estruendosamente la barra con la palma de la mano y dijo:

—Desafío a cualquier crítico musical a que me diga que eso es música. —Y así siguió protestando, pero Kenton sonó con más fuerza y ahogó sus gritos.

El tabernero le sirvió un *bourbon* doble a Bevan y se sirvió otro para sí. Hizo un ademán para indicar que invitaba la casa. Chocaron las copas y bebieron; luego, el tabernero se inclinó sobre la barra, acercó la cara a la de Bevan y le dijo en tono confidencial:

—Tenemos una nueva, George. ¿Quieres verla?

—¿Te refieres a la del reservado? ¿A la rubia?

—Sí —respondió el tabernero—. No está mal. La he probado un par de veces y la verdad es que no está nada mal.

—A lo mejor voy y le hablo.

—Como quieras —replicó el tabernero—. Anda, vete a hablar con ella.

¿Y qué le voy a decir? —se preguntó Bevan—. Has venido aquí para hablar con Lita. Y Lita no está aquí. Lita no está en ninguna parte. Es un hecho y no hay nada que tú puedas hacer. Vale, digamos que es una pena y dejémoslo así. Pero eso nos lleva a otro hecho. No podrás salir de esta fácilmente. De modo que lo que aquí hace falta es otra copa. Aunque claro, nuestra primera necesidad es que Mike te meta un buen derechazo en plena cara. Eso nos haría sentir mucho mejor, y sin duda, disminuiría la culpa. Bevan, basura, hipócrita, hijo de perra, ella yace en una caja de madera y todo es obra de tu ingeniería. Porque la trataste como si fuera mercancía. Nunca se te ocurrió pensar que era un ser vivo, con mente, alma y sentimientos. ¿Quieres empezar a recordar? Pues anda, adelante, recuerda la noche en que te dijo que de acuerdo con sus normas, en su libro ocupabas un primer puesto. Y según tus normas, para ti ella no era más que una fulana de la Décima Avenida, pura y exclusivamente material de suburbio al que no se podía llevar a cenar a Longchamps, porque no combinaba con el decorado. De modo que lo que hiciste, tú, el perfecto caballero, el ciudadano respetable, el asqueroso hipócrita, fue salir de tu barrio de alquileres caros y venir a este coto de caza de alquileres baratos, donde te resultó tan fácil y conveniente...

—Mike —dijo, ahogándose casi—, sírreme otra copa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el tabernero mirándolo a los ojos.

—Fantásticamente —repuso asintiendo rápida y convulsivamente—. Date prisa y ponme otra copa.

El tabernero se encogió de hombros y obedeció; y siguió obedeciendo durante una hora en la que Bevan se bebió unos catorce *bourbons* dobles, sin moverse ni un ápice de su porción de barra. Aunque realizaba un extraordinario esfuerzo por emborracharse, la nube ligera del alcohol se negaba a llegar. Se parecía más a un yugo de hierro que le pesaba sobre los hombros y que se hacía más pesado con cada trago, sepultándolo en el pasillo mal ventilado y sin luces, en el que la única cosa que se oía era la voz de una mujer que venía de muy lejos y decía:

—No me dejes. Por favor, no me dejes.

Era la voz de Lita que le decía ahora lo que ansió decirle entonces, cuando se despidieron por teléfono. Entonces, él le contestaba sin palabras con esta pregunta: «¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Qué más puedo hacer?». Y ella no lograba responderle. Y lo más natural, lo único que le quedaba por hacer, era pedir otra copa doble e invitar a los parroquianos a una ronda.

Veinte minutos después, su torrente sanguíneo no aguantó más y se quedó dormido. El tabernero lo arrastró hasta un reservado vacío y dejó que durmiera hasta la hora de cerrar. Cuando lo despertó, Bevan fue al lavabo y vomitó. Salió del lavabo sonriente y le preguntó al tabernero:

—¿Adónde ha ido la rubia? Quiero ver a la rubia.

—¿Crees que puedes llegar a tu casa?

—Quiero a la rubia, eso es lo que quiero.

El tabernero lo acompañó hasta la puerta de la calle.

—Vamos, hombre, ya está bien. Te meteré en un taxi.

—¿No hay rubia? ¿Por qué no puedo tener a la rubia?

El tabernero lo miró detenidamente y vio que no estaba borracho. Era otra cosa, algo que no tenía nada que ver con una borrachera.

—Exijo que me traigas a la rubia. Lo necesito. Lo necesito de mala manera. No te puedes hacer una idea de cuánto lo necesito. — Se apoyó pesadamente sobre el hombro del tabernero—. ¿Por qué voy a irme a casa? ¿Qué sentido tiene que me vaya a casa? Ahí no

hay nada, nada que pueda usar. ¿Entiendes lo que quiero decir? No, no entiendes lo que quiero decir. Vale, intentaré explicártelo claramente. Busco a la rubia y no me refiero a la rubia que tengo en casa. La rubia que tengo en casa es una chica muy guapa, de calidad excepcional. El único problema que tiene es que no es mujer. Es decir, no es mujer en el pleno sentido de la palabra. O en el sentido fundamental de la palabra, si prefieres que te lo diga así. De modo que a esta situación le hace falta la rubia con la que querías que hablase.

—Ha salido con un cliente —le explicó el tabernero.

—¿De veras? —Parpadeó varias veces—. ¿Por qué haría una cosa así? ¿Por qué no me esperó?

—Te verá otro día. —El tabernero le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro—. Te diré una cosa, vuelve esta noche y...

Bevan negó con la cabeza, muy lentamente al principio y con más rapidez luego.

—No —dijo—. Esta noche no voy a volver. Ni esta noche ni nunca. —Miró hacia el techo; frunció el ceño, pensativo, y con aire técnico. Y luego, como si se dirigiera a una audiencia de caras solemnes, agregó—: Caballeros, tengo toda la impresión de que nos encontramos ante una causa perdida.

Se encontraban ante la puerta de la calle y el tabernero la abrió. Se sonrieron, se dieron la mano y Bevan se marchó.

Cumplió con su palabra: nunca más regresó a Hallihan's

. A partir de aquel día bebía en establecimientos conservadores, tranquilos, donde no se permitía la entrada de mujeres solas. Su costumbre de beber por las noches no tardó en convertirse en un hábito diurno, pero logró manejarlo con discreción, logró caminar derecho, con la vista bien enfocada, y sujetar bien la copa, manteniendo la voz firme para que nadie notara que tenía el cerebro empapado de alcohol. Le costaba bastante esfuerzo lograrlo, pero no le importaba. Disfrutaba casi del terrible esfuerzo que le suponía encubrir su hábito, como si ello fuera parte del precio que debía pagar por ser un borracho. A veces, cuando el estómago ya no aguantaba más, y el hígado empezaba a reaccionar, también disfrutaba de esos síntomas. Le encantaba la idea de estar pagándolas.

Tenía el hábito de beber, y bien arraigado. O mejor dicho, mal, aunque a él le gustaba pensar que lo tenía bien arraigado. Cora lo descubrió un día en que Bevan olvidó mascar un chicle de clorofila antes de entrar en el apartamento. Le preguntó si había estado bebiendo y él le contestó que sí. Le dijo también que tenía intenciones de continuar bebiendo y que esperaba que no le importara demasiado. Le explicó que necesitaba beber del mismo modo que un club de béisbol necesita a un bateador suplente, y que si quería que se lo explicase, lo haría gustosamente. Pero Cora no le pidió que se lo explicara. Después, las únicas veces en que ella se refería a la bebida eran cuando Bevan no podía comer, entonces le daba sermones pacientes y tranquilos, enunciando los aspectos fisiológicos sobre los que había leído en las columnas de salud de diarios y revistas.

Su hábito empeoró cuando llegó al punto en que intentó refrenarlo. Aquello ocurrió después de una noche especialmente difícil en la que Cora le lanzó uno de sus sermones sobre la salud. De repente, vaciló en mitad de la perorata y se puso a llorar cayendo de rodillas a sus pies y aferrándole los puños, le rogó que dejase de beber, que al menos redujera la cantidad a un nivel razonable. Bevan le prometió que lo intentaría. Y se esforzó mucho por mantener la promesa.

Era una promesa sumamente dolorosa. Cuanto menos bebía, peor se sentía. Y con el tiempo, tuvo que ir al neurólogo, quien no logró hacer otra cosa que recomendarle un cambio de ambiente.

Vaya cambio —pensó, mientras estaba sentado en la silla, junto a la ventana—. Aquí estamos, en el Hotel Laurel Rock, de la ciudad de Kingston, en la isla de Jamaica. Aquí estamos, en las Antillas Británicas, a más de mil kilómetros de Manhattan. Pero es como si nada hubiera cambiado. Es la misma escena sombría. Una escena en la que vas cuesta abajo.

Se levantó de la silla, echó otro vistazo por la ventana. Miró durante un instante la piscina, los colores alegres de las sombrillas y las cabañas. Después, se dedicó a mirar más allá del muro que separaba al Laurel Rock de la zona atestada, de alquileres baratos, en la que vivían los negros. Mientras observaba las calles sucias y las míseras barracas que jamás aparecían en los folletos de viaje, reflexionó. Tal vez tú pertenezcas a ese lugar.

Entrecerró los ojos con astucia. Las comisuras de sus labios se elevaron lo justo como para formar una débil sonrisa confabuladora, como si estuviera ideando una broma pesada para gastársela a alguien.

Esta bien —se dijo—, intentémoslo. Pongamos esta vida miserable en un lugar en el que se sienta como en casa.

La sonrisa se le endureció en los labios cuando salió de la habitación.

3

CAMINÓ BASTANTE. No era el pasearse casual del turista que contempla el paisaje. En sus pasos había un fin determinado, como si tuviera algo definido en mente, un destino especial. Los nativos le prestaron escasa o nula atención. Tenían la impresión de que se trataba de algún funcionario municipal o del empleado de algún consulado que iba a alguna parte por algún negocio importante. De haber sabido que era turista, se habrían agolpado a su alrededor para venderle recuerdos y postales y los que no tenían nada que vender le habrían pedido una limosna. En las calles de suburbios de Kingston hay muchos mendigos de edades entre los cinco a los ochenta y cinco años. Son muy persistentes, mucho más que las innumerables mujeres que se sientan en los portales a desplegar sus ristras de cuentas de collar, sus sombreros y sus cestas. Aunque no son tan persistentes como los taxistas. Los taxistas de Kingston son famosos por su persistencia. Venden sus servicios como buhoneros de feria y no aceptan una negativa por respuesta. En su mayor parte viven de los turistas, y se ha dicho que han desarrollado un olfato especial para detectarlos; pueden olerles a manzanas de distancia. Esto no pretende ser una reflexión sobre los turistas, aunque muchos nativos están de acuerdo en que, en general, esta raza tiene un olor particular.

Pero este taxista no cazó a Bevan con el olfato. Sino con su aguzada vista. Horas antes había visto pasar al hombre bien vestido; lo había vuelto a ver hacía hora y media, y ahora, al verlo por tercera vez, notó que caminaba con mayor lentitud, sin rumbo.

El taxista estaba recostado contra el maltrecho guardabarros de un Austin muy viejo. Cuando Bevan se acercó, le bloqueó el paso y le preguntó:

—¿Adónde va, hombre?

—No sabría decírselo —repuso Bevan esperando a que el jamaicano se hiciera a un lado—. No tengo la menor idea.

—Busca... —dijo el taxista.

—No sé lo que busco —replicó Bevan, dirigiendo su respuesta a nadie en particular.

—Tal vez pueda ayudarle. —La cara del jamaicano tenía un aire solemne.

—Lo dudo —murmuró Bevan mirando más allá del jamaicano—. Lo dudo mucho.

—¿En qué hotel está?

Bevan se quedó mirándolo y dijo:

—Por el amor de Dios... está bien, de acuerdo. En el Laurel Rock. ¿Y qué?

—Mire que hay una buena caminata desde aquí; una distancia que no es como para ir a pie. Si me permite, lo llevaré al Laurel Rock.

—Puedo caminar —protestó Bevan vagamente—. Me gusta caminar.

—Créame, hombre, no es esa la cuestión. La cuestión es... —el jamaicano apuntó el índice hacia el cielo que oscurecía y agregó—: ...que se está haciendo tarde.

—En eso tiene usted razón. —Bevan sonrió débilmente. Por la forma en que lo había dicho, su comentario no guardaba relación alguna con la hora del día. Con voz apenas audible, agregó—: Tiene usted toda la razón.

El jamaicano frunció ligeramente el ceño al detectar algo extraño en el tono y los ojos de aquel hombre. Pero lo más importante era el cliente, por lo que continuó con su charla comercial.

—Créame, hombre, este barrio no es para turistas y menos cuando se hace de noche. Hay muchos bandidos y gente traicionera.

—¿Son muy malos? —inquirió Bevan mostrando una amable sonrisa.

—Muy malos, amigo —repuso el taxista asintiendo con

solemnidad.

—No se preocupe, me gustaría conocerlos —repuso Bevan—. Yo también soy una manzana podrida.

—Disculpe usted, ¿pero me está tomando el pelo? —inquirió mirándolo de reojo.

—Jamás he hablado más en serio.

Por unos instantes el jamaicano se quedó en silencio. Se preguntaba cómo manejar el problema. Se trataba definitivamente de un problema, y tenía la sensación de que se encontraba ante algo totalmente fuera de lo corriente.

—Vale, Roscoe —le dijo Bevan—, llévame a dar una vuelta.

—¿Al Laurel Rock?

—No —respondió Bevan—. Lejos del Laurel Rock, tan lejos como pueda.

En silencio el jamaicano se decía: Creo que está chalado y lo mejor que puedo hacer es dejarlo correr. Los locos me hacen sentir incómodo.

—Le diré una cosa —comentó Bevan—. Lléveme al Hallihan's

·
—¿Al
Hallihan's
?

—Está muy cerca de aquí —le dijo Bevan. Su voz fue perdiendo fuerza hasta convertirse en un gemido—. Está en la esquina de la calle Cincuenta con la Décima Avenida.

El taxista le dio vueltas a la información durante unos instantes; como vio que no le servía de nada, finalmente dijo:

—¿Sabe usted dónde está? Está usted en Kingston, Jamaica.

—Déjeme que le corrija —le sonrió Bevan—. Estoy exactamente a un kilómetro al sur de ninguna parte.

El jamaicano decidió que había oído bastante. Le dejó el paso libre a Bevan, se dirigió rápidamente al Austin aparcado, entró y puso el motor en marcha.

Bevan se quedó mirando fijamente el viejo coche mientras se alejaba traqueteando. La sonrisa se le fue borrando de los labios y dijo en voz alta:

—A nadie le importa —y encogiéndose de hombros, agregó—:

¿Y por qué diablos debería importarles?

Echó un vistazo a su alrededor buscando algún cartel que indicara que se vendían bebidas.

No vio ninguno en las inmediaciones. No sabía en qué calle estaba. Era una calle tranquila, sin gente. Avanzó lentamente en la calma y la oscuridad creciente. En aquella calle no había farolas y, poco a poco, comenzó a sentir una mezcla de incomodidad y satisfacción de que así tenía que ser. Era una extraña combinación de sentimientos, aunque no se percataba de que era extraña: no intentaba estudiarla ni medirla cuando lo asaltó, porque lo hizo suavemente, como una caricia.

Bevan giró una esquina y se encontró en la calle Barry.

Barry es una vía pública más bien estrecha, ubicada al sur de la calle Queen y al norte de Harbour. Estas últimas son calles más anchas, mejor pavimentadas, y en el plano de la ciudad están indicadas de manera especial. La calle Harbour alberga muchos pequeños comercios, además de almacenes y establecimientos de corretaje; la calle Queen es más o menos la principal, muy ruidosa y por las noches más bien alegre, iluminada brillantemente por sus hoteles locales, sus bares y sus fondas. En comparación, la calle Barry no pasa de ser un callejón de aspecto famélico. Sin embargo, la cuestión reside en que en la calle Barry circula más el dinero. Es el centro de distribución de un comercio especial que no se anuncia en las páginas impresas ni en las vallas.

La actividad nocturna de la calle Barry tiene lugar en su mayor parte en los cuartos traseros. La mayoría de los clientes son marinos mercantes que desembarcan de las naves ancladas en el puerto de Kingston. En las horas grises y desoladas de la madrugada, abandonan la calle Barry con los ojos inyectados en sangre, respirando un aire que sabe a una mezcla de grasa y vinagre. Más tarde, en los bares de los muelles de todo el mundo, esos marineros aconsejan a sus compañeros de borracheras a punto de embarcarse: «Si alguna vez vas a Kingston, Jamaica, ni se te ocurra acercarte a la calle Barry».

—¿Tan mala es?

—Peor que mala. Lo más seguro es que te den una paliza y tendrás suerte si sales con vida.

Pero la publicidad negativa ejerce un efecto magnético en la

mayoría de los marinos. Es un desafío, y como grupo, disfrutaban aceptando desafíos. Así, se sienten atraídos por la calle Barry y se internan en su oscura calma con ganas de camorra; avanzan con un balanceo que dice a las claras: «A mí no me la haréis, tíos. Este servidor saldrá de aquí victorioso».

Algunos lo logran. Pero la mayor parte no. La mayoría sale de allí con los bolsillos vacíos, las bocas sangrantes y las cabezas magulladas. Muchos salen con las manos apretadas firmemente contra las costillas o los vientres acuchillados. Y la próxima ocasión en que sus barcos anclan en Kingston, van directamente a la calle Barry.

Trasponen los portales miserables y destartalados de los que cuelgan unos carteles escritos a mano que dicen: «Licencia para vender bebidas alcohólicas». De modo que en las habitaciones de enfrente todo es legítimo y compran el ron a la tarifa corriente: seis peniques o diez céntimos por una copa de las de agua, llena hasta la mitad. Este bajo precio les permite remojarse el gaznate con considerables cantidades de licor y, al cabo de las horas, los empuja hacia las habitaciones traseras, donde pueden apostar o encontrar mujeres, o tal vez a alguien blandiendo una cachiporra. Como conclusión, o les hacen trampas en las cartas, o las mujeres les roban, o los golpean hasta dejarlos sin sentido. Y aunque lo sepan o lo ignoren, esperan que eso les ocurra. Y si no les ocurre, provocan la situación hasta que finalmente se produce. Una razón metafísica obliga a los marineros en general a comportarse de este modo, y no resulta muy difícil de indagar. Los océanos fueron hechos para los peces, no para las criaturas de dos patas. De modo que el efecto de las largas semanas o incluso meses a bordo de los lentos cargueros es como el lento quemarse de un fusible conectado a un petardo.

Esa noche, cuatro marineros noruegos entraron en el Winnie's

Place, de la calle Barry. Entraron en silencio y así permanecieron mientras ocuparon una mesa. Winnie les echó una rápida mirada desde detrás de la barra, y supo que no se quedarían callados por mucho tiempo.

Suspiró para sí. Tenía jaqueca y un resfriado de pecho. Durante todo el día había abrigado la esperanza de que aquella noche no hubiera jaleos. No es que le molestaran, simplemente le fastidiaba

la idea de tener que limpiarlo todo.

Era una solterona de mediana edad que durante toda su vida había trabajado mucho y se había divertido poco. Su relación con los hombres era más bien aburrida; aunque deseaba que le gustaran, no le daban muchas ocasiones. Probablemente sería por su aspecto.

Su piel color moscatel estaba grabada por la viruela y prácticamente carecía de mentón. Otro factor que la mantuvo soltera, y más o menos intacta, era el cuerpo sin curvas. Era decididamente plana por delante y por detrás: un metro sesenta y siete y ochenta kilos de mujer muy poco atractiva.

Pero eso no le importaba demasiado. Hacía mucho tiempo había decidido que no dejaría que le importase. Lo único que realmente le preocupaba era limpiar después del jaleo de botellas rotas y sillas destrozadas, quitar del suelo las flemas y la sangre. Le echó otro vistazo a los cuatro noruegos y se preguntó cuánto tardarían en armarla.

Además de los noruegos, en el bar había una docena de clientes más. Tres de ellos eran cocineros chinos desembarcados de una nave procedente de Australia, los demás eran nativos, a excepción de Bevan, que ocupaba un taburete, junto a la ventana, y tenía un vaso de ron apoyado en ella. Cuando entró, lo había mirado con curiosidad. Pero ahora que llevaba allí varias horas, se habían cansado de preguntarse quién sería y qué buscaría en aquel lugar. Poco a poco, llegaron a la conclusión de que, quienquiera que fuese, lo único que quería era beber, y en grandes cantidades.

Los noruegos permanecieron tranquilos durante algo así como un cuarto de hora. Luego, uno de ellos se levantó, se acercó a Winnie y le preguntó en inglés:

—¿Dónde está la música?

—No hay música —respondió Winnie—. El flautín está estropeado.

—¿Qué flautín? ¿Quién toca el flautín?

—Es la máquina de música —le explicó Winnie—. La llamamos flautín. Hay que repararla y por eso se la llevaron a la fábrica.

El noruego sopesó la información durante unos momentos, y a punto estuvo de aceptarla, pero luego negó la cabeza decididamente y dijo en voz alta:

—Esa no es excusa.

Winnie no dijo palabra. Centró su atención más allá del noruego, en los tres chinos que le decían por señas que querían más Red Stripe. Apartándose del noruego, Winnie abrió el compartimiento del hielo y se disponía a sacar tres botellas de cerveza cuando el marinero se inclinó sobre la barra y la aferró por el brazo. Winnie se sobresaltó. Se le cayeron dos y agarró la tercera a medio camino del suelo, sujetándola firmemente por el cuello; su brazo libre descansaba rígido al costado del cuerpo cuando oyó decir al noruego:

—Cuando le hablo a alguien, exijo el respeto de ser escuchado.

Le apretó el brazo con más fuerza. Winnie se quedó inmóvil, mostrándole el perfil, con el otro brazo suelto al costado. Sus dedos aferraban con fuerza el cuello de la botella de Red Stripe.

—Además —continuó el noruego—, cuando le hablo a alguien, exijo que me mire a la cara.

Winnie no se movió. Esperó que la soltara. Era un hombre corpulento, de dedos gruesos y fuertes. Le hundía el pulgar en la vena del codo y le estaba haciendo daño.

—Me estás enseñando la mitad de la cara —le dijo el noruego—. Quiero verte toda la cara cuando te hablo.

Winnie se moría de ganas de golpearlo con la botella. No estaba enfadada. En realidad, el tipo le daba pena. Por la voz se le notaba que se sentía triste, lleno de morriña. Además, era más bien joven, y siempre le daban lástima los jóvenes que se encontraban lejos de su tierra natal. Pero si ella no lo golpeaba, ya lo haría otra persona, y así empezaría el jaleo. Sopesó técnicamente las opciones que le permitirían impedir el jaleo. El tipo le clavaba el pulgar con más fuerza; entonces Winnie decidió que lo más factible era ceder. Se dio la vuelta y le mostró toda la cara.

—Pues muy bien, hombre. Ya lo escucho.

—Bien —dijo el noruego. Asintió con la cabeza; sus ojos grises azulados se mostraron fríos y autoritarios—. Lo único que pido es una cantidad razonable de amabilidad.

El hombre se dejó llevar por el entusiasmo y se olvidó de soltarle el brazo.

Uno de los jamaicanos se acercó al noruego y le dijo:

—Justamente lo que a ti te falta, amabilidad.

—Apártate de mí, negro —dijo el noruego sin mirar al

jamaicano.

—¿Qué has dicho? —inquirió el jamaicano en voz baja—. ¿Cómo me has llamado?

Antes de que el noruego tuviera ocasión de contestar, uno de sus compañeros se levantó de la mesa y se acercó rápidamente hablándole en su idioma:

—Te estás portando mal.

—No te metas —le dijo el otro, también en su lengua.

—Te estás portando como un imbécil —insistió el otro noruego. Miró al jamaicano, luego a Winnie, intentando decirles con los ojos que se avergonzaba de la conducta de su compatriota.

El noruego corpulento soltó a Winnie. Se giró lentamente, se encaró con su compañero y le dijo:

—Sí que la has hecho buena. Has herido mis sentimientos.

—¿Y cómo podemos remediarlo?

—No estoy seguro, tendré que pensármelo.

Los dos noruegos que seguían sentados a la mesa se levantaron y se acercaron a sus compañeros. De repente, varios jamaicanos se dirigieron a la barra; esta estaba ahora muy concurrida. Winnie todavía no había soltado la botella de Red Stripe. Les dijo:

—Ya vale. Que todo el mundo vuelva a las mesas. Se acabó.

—¿Qué es lo que se acabó? —inquirió el noruego corpulento.

—He dicho que se acabó —insistió Winnie levantando la voz. Subió el brazo y enseñó la botella que llevaba en la mano—. Yo soy la presidenta de la conferencia y he dicho que se acabó.

—Claro que no se acabó —dijo el noruego corpulento—. No puede haberse acabado porque todavía no ha empezado.

—Es lógico —reconoció el jamaicano—. Es muy lógico.

—¿Tú crees, negro? —preguntó el marinero corpulento con una sonrisa. Era una sonrisa socarrona y justo cuando empezó a dibujársele en el rostro, el otro negro noruego le dio un puñetazo en la boca. Cayó hacia atrás, contra el jamaicano con el que había discutido. El jamaicano le lanzó un puñetazo a la cabeza, pero falló y le dio justo entre los ojos a otro noruego. Y así empezó el jaleo; al ver a un jamaicano sacar un cuchillo de entre los pliegues de la camisa, Winnie revoleó la botella haciéndole describir un arco lateral, y el proyectil fue a estrellársele en la cara. El tipo soltó el cuchillo justo cuando caía al suelo con trozos de vidrio clavados en

la mejilla; la sangre le manaba profundamente manchándole la boca crispada. Uno de los marineros se agachó para recoger el cuchillo y un jamaicano cogió de la barra una botella de cerveza y se la partió en la cabeza. Varios hombres pelearon por alcanzar el cuchillo y otros por llegar hasta las botellas que había en el estante, detrás de la barra. Entre los jamaicanos afloraron ciertos rencores personales y la emprendieron a puñetazos. El noruego corpulento se estaba dando de cabezazos con el noruego que le había llamado imbécil. Mientras ocurría todo esto, los tres cocineros chinos intentaron acercarse a la puerta lateral que conducía al callejón. Uno de ellos lo logró pero los otros dos vieron bloqueado el camino por el enredo de combatientes: algunos rodaban por el suelo, otros caían al recibir el impacto de puños o codos, al tiempo que todos jadeaban, gruñían y lloriqueaban en su enloquecida necesidad de golpear algo, lo que fuese.

En el otro extremo de la habitación, Bevan había apoyado la cabeza sobre el alféizar de la ventana; tenía los ojos entrecerrados; a través de ellos, y en medio de la nebulosa empapada de ron, le llegó un primer plano del vaso vacío. Oyó los puñetazos, los golpes, los martillazos y el fragor general, pero esos ruidos no le decían nada. Estaba concentrado en el vaso vacío. No debía estar vacío. Tenía que tener dentro un poco de ron.

Levantó la cabeza ligeramente y balbuceó:

—Estamos listos para otra.

En ese momento, un jamaicano se disponía a lanzar una silla a otro jamaicano que hacía semanas le debía cuatro chelines y que no había dado señales de querer pagarle. La silla fue navegando hacia la cabeza del hombre justo cuando se hizo a un lado graciosamente. La silla continuó su recorrido, no le dio a Bevan en la cabeza de milagro, y acabó saliendo por la ventana después de hacer añicos el cristal. Bevan parpadeó varias veces y dijo:

—No he pedido eso. He pedido una copa.

Un momento después, uno de los noruegos recibió un puñetazo en plena cara que le hizo atravesar la sala. Chocó con Bevan; este cayó del taburete y acabó sentado de golpe en el suelo. El noruego se levantó inmediatamente, y respirando entrecortadamente y sollozando, continuó con la refriega.

Bevan se quedó sentado en el suelo; tenía la camisa, la corbata y

el traje de mohair manchados de la sangre que le manaba al noruego por la boca y la nariz. Se miró la ropa manchada de sangre y sacudió la cabeza en señal de solemne desaprobación.

—Esto sí que esta mal —murmuró—. La ocasión exige otra copa.

Se quedó ahí sentado a la espera de que alguien le sirviera un vaso de ron.

En el otro extremo de la sala, la pelotera general cobraba vigor. Atrás había quedado la fase de la furia inducida por el ron para pasar a la inducida por la sangre. Cuanta más sangre derramaban, más deseaban derramar.

Winnie había decidido que no había nada que hacer, salvo buscar refugio. Estaba medio acurrucada detrás de la barra, esperando que esta se viniera abajo de un momento a otro. Algunas de las tablas habían cedido ya. La madera debilitada y astillada crujía y chirriaba cada vez que los cuerpos tambaleantes, inseguros y mareados de los contendientes caían sobre ella. Winnie calculaba cuánto le costaría montar una nueva barra, o pagar a un carpintero para que se la arreglara. Se sentía estafada y el labio inferior le colgaba malhumorado.

No habrá forma de pedir daños y perjuicios —pensó—. Es una de las desventajas de este negocio. Winnie, lo que tendrías que hacer es dejar el bar. ¿Y dedicarme a qué? ¿Volver a una fábrica? ¿A los campos? ¿Sentarme en un puesto del mercado para vender mangos y limas? ¿Para acabar el día con la cara empapada de lágrimas al ver la fruta y las verduras sin vender, porque sabrás que no hallarás ningún consuelo, ni siquiera el de otras caras llorosas? No, no es lo que quieres. Ya lo has probado una vez; la fábrica de tabaco y los campos de azúcar y el mercado, y llegaste a la conclusión de que eso es para los tontos, Winnie, tú también eres una tonta. Procuras tratarlos bien y fíjate lo que le hacen a tu bar. Fíjate lo que le hacen a este establecimiento decente por el que sudas la gota gorda para mantenerlo limpio, para lavar siempre los vasos, y quitar el polvo de las mesas y las colillas del suelo. Sí, insisto en que es un establecimiento decente, no como los otros de la calle Barry, con el sucio trapicheo de las salas traseras. En las salas traseras de esta casa no hay chicas, ni apuestas, ni matones de alquiler que esperan con algo pesado en la mano. ¿Pero qué dividendos sacas de tu honestidad? ¿Y cómo te demuestran su

agradecimiento? Mírate. Te escondes como un ratón solo y asustado, y si levantas la cabeza un centímetro más acabarán fracturándotela.

Continuó enfurruñada por la situación, oculta tras la barra. Un jamaicano sangrante voló por encima de la barra y fue a aterrizar junto a ella, como si fuera un saco. Cuando perdió del todo la conciencia, utilizó la cabeza de Winnie como almohada. Sin pensárselo dos veces, la mujer lo rodeó con el brazo, como acunándolo. Así se sentía menos sola, aunque todavía no tuviera con quién hablar.

Poco después, uno de los noruegos hizo una extraña pirueta que lo lanzó detrás de la barra. Fue a descansar al otro lado de Winnie, con los pies levantados en el aire. La mujer le dio un empujón que lo enderezó y, semiinconsciente, fue a caer contra ella. De modo que ya no se sentía sola, y ya no tenía esa expresión enfurruñada, llena de pucheros. Ahí estaba ella, sentada entre el jamaicano dormido y el noruego desmayado, abrazándolos por los hombros. Los labios de Winnie dibujaron una sonrisa leve, nostálgica, parecida a la de una virgen. Sus pechos secos y planos parecieron hincharse; Winnie sintió fluir la serena corriente de sentimientos que le indicaba que aquellos hombres la necesitaban de veras.

Era una sensación muy agradable y se dejó arrastrar por ella, se perdió en su interior y no oyó los ruidos de la batalla que le llegaban con todo su fragor desde el otro lado de la barra. Ni siquiera oyó al cliente que aporreaba la barra pidiendo otra copa.

—Vamos, tengo sed —se quejó Bevan. Golpeó la superficie de madera con el puño cerrado—. ¿Qué pasa aquí? ¿Es que hay huelga de taberneros?

Ya no esperaba que apareciera una camarera; había logrado ponerse de pie y avanzar lentamente, tambaleante, hasta cruzar la habitación, sorteando el caos del combate que lo envolvía, lo golpeaba, pero milagrosamente, no lograba voltearlo. Vagamente, notó que a su alrededor ocurría algo turbulento, pero aquello no tenía demasiado sentido para su cerebro empapado en alcohol. Quería otra copa y eso era todo.

Volvió a golpear la barra con los nudillos.

—¿Qué pasa? ¿Os pensáis que soy un...? —Un puñetazo lanzado hacia la cara de otro lo alcanzó en el costado de la cabeza. Se

tambaleó y a punto estuvo de caerse, pero se aferró con las manos al borde de la barra. Parpadeó unas cuantas veces y volvió a intentarlo—: ¿Os pensáis que soy un holgazán? ¿Creéis que...? —En ese momento, lo golpearon violentamente por el otro costado; era un jamaicano que caía hacia atrás después de recibir un buen puñetazo en la boca. Casi en el mismo instante, un codo le dio en las costillas, y la pata de una silla rota, lanzada a la cabeza de algún otro, se estrelló contra el hombro de Bevan. Suspiró fastidiado y dijo—: Por el amor de Dios, dejadme en paz, ¿queréis? ¿Por qué no os vais a jugar al patio? —Luego, reanudó sus esfuerzos por pedir otra copa—: Examinemos los hechos. He dicho que no soy un holgazán. ¿Me oís? No he venido a calentar sillas. Soy un cliente con dinero. Ya os lo voy a enseñar yo. —A tientas se buscó la solapa; después de varios intentos, su mano logró dar con ella. Buscó el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la billetera. La abrió y exhibió los billetes verdes gritando indignado—: Aquí lo tenéis. ¿Lo veis? ¿Lo veis?

Pero no logró conseguir la copa. Ni siquiera una respuesta. Volvió a suspirar, cerró la billetera y se la guardó en el bolsillo.

—Vale —dijo más apenado que indignado—. Si así están las cosas, me iré con la música a otra parte.

Lo decía en serio. Muy en serio. Tenía que tomarse esa copa, y la necesidad le latía en el cerebro cuando miró a su alrededor buscando la salida más próxima. Vio la puerta lateral en el fondo del bar y empezó a abrirse paso hacia ella, forcejeando entre el hervidero de hombres de fiera mirada. Por algún motivo lo habían catalogado de neutral, y sin pensárselo más se abstuvieron de pegarle cuando lo vieron avanzar.

Pero hubo un jamaicano al que le habían llamado la atención la billetera y el grueso fajo de billetes verdes exhibidos por Bevan. Los ojos del jamaicano se tornaron fríos y calculadores. Se separó del torbellino de la batalla y, con expresión felina, siguió al turista borracho hacia la salida que daba a un oscuro callejón.

Bevan llegó a la puerta, la abrió y salió. El callejón estaba muy oscuro y lleno de basura, latas y botellas vacías. Se detuvo un momento; pestañeó y frunció el ceño intentando orientarse. Lo que tenía que hacer era regresar a la calle Barry, y encontrar otro establecimiento donde le sirvieran una copa. En voz alta farfulló:

—¿Por dónde se va a la calle Barry? —De inmediato decidió que tenía que ser hacia el lugar de donde provenía el débil resplandor de una farola que llegaba hasta él perforando la oscuridad. Dio unos cuantos pasos en esa dirección, tropezó con un cubo de basura y cayó al suelo cuan largo era. Se levantó con dificultad, dejó atrás el cubo de basura volcado, pateó unas cuantas botellas vacías y declaró, por si alguien decidía escucharlo—: ¿Dónde están los basureros? ¿Por qué no se ponen a trabajar?

Por toda respuesta le llegó el sonido de unos pasos que no logró oír, y un momento después, una cachiporra bajó en dirección a su cráneo. Pero resultó muy mal blanco, porque se tambaleaba beodamente, por lo que la cachiporra apenas le rozó el hombro. Creyó que se trataba de algún pájaro nocturno que pasaba volando y se volvió para comprobar si venía otro. La luz de la farola que provenía de la calle Barry le reveló la silueta de un garrote forrado de cuero, y por encima del garrote, la cara negra del jamaicano. Se encogió de hombros y dijo:

—Vamos, llévame a un bar. Te invito a una copa.

El jamaicano describió un arco lateral con la cachiporra apuntando a la sien de Bevan. Este levantó instintivamente el brazo y recibió el impacto justo debajo del codo. El jamaicano se impacientó y volvió a intentarlo. Bevan volvió a recibir el golpe en el antebrazo; el impacto le recorrió el brazo, las costillas y lo hizo caer de lado. Aterrizó sobre la cadera; levantó la mirada y vio los ojos del jamaicano que le decían que aquello iba en serio. Bevan pensó que tenía que hacer algo, que no podía quedarse ahí sentado y aguantar los golpes.

Cuando la cachiporra volvió a bajar, esquivó el golpe y luego rodó con todo su peso hasta chocar contra las piernas del jamaicano. El moreno cayó al suelo pero se levantó deprisa, sin soltar la cachiporra. Bevan miró a su alrededor, vio una botella vacía, tendió la mano y la aferró con fuerza. En ese momento, el jamaicano se acercó a Bevan blandiendo la cachiporra. Bevan levantó la botella a manera de escudo. La cachiporra golpeó la botella y la partió en dos cerca de la base. La botella rota brilló en manos de Bevan con una importancia repentina que hizo vacilar al jamaicano. Pero volvió a arremeter contra Bevan con el garrote en la mano derecha, mientras con la izquierda procuraba alcanzar el

interior de la chaqueta de Bevan. Al tratar de hacer dos cosas al mismo tiempo; la cachiporra no alcanzó el blanco y la izquierda del jamaicano resbaló por encima del hombro de Bevan. El impulso de la arremetida acabó con su vida. El borde cortante de la botella rota se le hundió en el cuello y le cortó la vena yugular. Lo único que logró hacer fue emitir unos sonidos guturales mientras se desangraba.

Bevan se incorporó. Miró el cuerpo inmóvil tendido en el suelo. Descansaba boca abajo.

—¿Te encuentras bien? —inquirió.

Por unos instantes esperó la respuesta. Entonces, de alguna manera, comprendió que no recibiría respuesta alguna, pero aun así, se dijo: Será mejor que te asegures. Se inclinó sobre el cuerpo, le dio la vuelta y lo colocó de espaldas. Se quedó mirando fijamente los ojos protuberantes y desmesuradamente abiertos que le devolvían la mirada. Fíjate lo que has hecho —se dijo—. Fíjate lo que me has hecho a mí.

Se apartó del cadáver y, a ciegas, se dirigió a cualquier parte que le permitiese alejarse de allí. Fue callejón abajo, en dirección contraria a la calle Barry. Llegó a otro callejón y luego a otro más. Finalmente, fue a parar a la calle Harbour. En la distancia divisó las ventanas iluminadas del Hotel Laurel Rock.

4

HABÍA UNA ENTRADA LATERAL que conducía a un vestíbulo, apartado del de la puerta principal. A esas horas no había portero, ni botones, ni asistentes. Menos mal —pensó, mirándose las ropas manchadas. Estaba cubierta de manchas brillantes y pegajosas dejadas por la sangre del noruego y el jamaicano.

El vestíbulo tenía su propia escalera. Sus ojos nublados por el ron intentaron enfocar los peldaños a medida que zigzagueaba escaleras arriba. Hacía años había practicado un poco de montañismo, y aquel era un ascenso de quinto grado; parecía casi vertical, una situación muy peligrosa. Dudó seriamente de poder llegar al tercer piso.

Tardó varios minutos. Avanzó por el corredor haciendo eses y tambaleándose llegó hasta la 307, y empezó a registrarse los bolsillos en busca de la llave. Pero a sus dedos les costaba trabajo acercarse al bolsillo de la derecha. Finalmente, se dio por vencido. Apoyó la frente contra la puerta, y comenzó a golpear el panel de madera con la palma de la mano. El sonido apenas se oía; intentó golpear con más fuerza, pero su brazo carecía del vigor necesario. Sentía como si este y el resto del cuerpo fuesen una bola de arcilla húmeda.

Continuó aporreando la puerta. Al cabo de un rato la oyó preguntar:

—¿Quién es?

—El lechero —repuso, y se preguntó por qué le habría contestado así. Tal vez era lo mejor.

—¿James?

—Compruébalo —le dijo. Tenía los ojos medio cerrados e intentó sonreír. Si lo veía tal vez las cosas le serían más fáciles. Quería facilitarle las cosas a Cora. Y dijo—: Es James, el lechero.

La puerta se abrió. Se esforzó por no caer de cabeza dentro. Continuó sonriendo al tiempo que se balanceaba como una planta de tallo delgado en medio de una borrasca.

Todavía no la veía bien. Lo único que logró captar fue algo espigado y blanco, con un toque de amarillo en la parte superior. Me parece que es su cabello —pensó—, sus adorables trenzas dorado pálido.

Cora lo entró en la habitación y cerró la puerta.

—Buenas noches —la saludo él.

—No te muevas y no toques nada —le ordenó ella.

Bevan la oyó alejarse rumbo a las ventanas, y sin encender las luces, bajó las persianas.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó él. Cora no le contestó. Pasó a su lado, fue al interruptor y encendió la luz.

Las bombillas del techo eran muy brillantes y la luz le hacía daño a los ojos. Pestañeó con fuerza.

—¿Es para verme mejor, cariño?

—¿Puedes andar?

—Apenas. Pero flotaré. ¿Hacia dónde quieres que flote?

—Flota hasta el baño.

—¿Por qué al baño? No tengo ganas de vomitar.

—Quiero que te quites la ropa —le dijo—. Si te la quitas aquí, ensuciarás toda la habitación.

—Supongo que tienes razón. —Pero no se movió. Continuaba sonriendo y pestañeando con fuerza en la habitación iluminada brillantemente.

—Por favor, vete al baño.

Se tocó la chaqueta manchada de sangre y dijo:

—Está tan pegajosa. Parece jalea de frambuesa.

—¿Quieres hacerme el favor de meterte en el baño? —le pidió Cora muy despacio.

Bevan se metió en el lavabo. Se sentó en el suelo embaldosado. Se inclinó e intentó quitarse los zapatos. Bula bula, —canturreó mentalmente, y luego en voz alta, gritó:

—¡Bulldog, bulldog! ¡Ra, ra, ra! ¡E... li Yale! —Sus dedos se separaron de los cordones de los zapatos, cayó hacia adelante en un ángulo pronunciado que le hizo golpear con la cabeza en el costado de la bañera. El impacto, añadido al ron y todo lo demás, fueron demasiado para él y se desmayó.

Horas más tarde, abrió los ojos. A través de la persiana alcanzó a ver finos torrentes de luz. Como era de suponer, lo primero que quiso fue una copa. Mecánicamente, tendió la mano para coger el teléfono de la mesa que había junto a la cama. Pero entonces, la vio en la otra cama. Estaba despierta; lo miraba.

—Ah, hola.

—¿Qué ibas a hacer? —le preguntó Cora, indicando el teléfono con un movimiento de cabeza.

—Quería pedirme una copa.

—Vamos, adelante. Pide una copa.

—¿Qué ocurre? —Y en voz ligeramente más alta, inquirió—: ¿Qué diablos te ocurre?

Cora no le contestó.

—De acuerdo. Pediré el desayuno. ¿Qué te gustaría tomar?

—No quiero desayunar.

Bevan apartó la mano del teléfono y le dijo:

—¿Sabes una cosa? Apenas hemos probado la comida. Si seguimos así, pensarán que estamos en huelga de hambre.

Permaneció en silencio durante unos momentos. Luego, sin mirarlo, le preguntó:

—¿Por qué no sigues durmiendo? Todavía es temprano. Señaló hacia el despertador que había sobre la cómoda. Las agujas marcaban un poco más de las seis y cuarto.

Bevan se fijó en el despertador y admitió:

—Sí, es muy temprano. Demasiado temprano para hablar. Mejor digámoslo de otro modo. Digamos que es demasiado tarde para hablar. Es decir, a menos que tengas ganas de hablar.

—Quiero que sigas durmiendo.

—Está bien, cariño. Lo que tú digas. Si quieres que duerma dormiré. Si quieres que no me despierte, no me despertaré.

—¿Es preciso que hables de ese modo?

No le contestó. Estaba considerando seriamente la pregunta. Pero buscar una respuesta era como tantear en el fondo de una

oscura piscina: demasiado profunda y demasiado oscura. Déjalo correr —se dijo—. No le des importancia. Y a Cora le comentó:

—Espero que me perdones. En esta hermosa mañana me encuentro algo confuso. Es una cuestión de bioquímica; los efectos naturales del néctar purísimo del azúcar de caña sobre John. W. Hemoglobin, tiene como resultado un esquema de colores más bien único: el rojo y el blanco le hacen de segundo violín a unos corpúsculos color ámbar. A propósito, ¿cómo diablos logré llegar hasta esta cama?

—Te acosté yo.

—¿De veras? —y luego, con todo el sentimiento, muy seriamente, agregó—: Lamento haberte molestado. Debí de resultar un buen esfuerzo.

Ella le sonrió y le dijo:

—No pesas tanto, James. Además, lo he hecho otras veces. Lo he hecho muchas veces.

—Eso es verdad. Eres una amiga de verdad, una compañera constante, y...

—He puesto tu ropa en la bañera —lo interrumpió en voz muy baja—. La dejaré en remojo, pero evidentemente no servirá de nada, el traje está para tirar. Es una lástima, te lo habías puesto muy pocas veces.

—A lo mejor, si lo llevásemos a la tintorería...

—Imposible. Sabes que es imposible.

Bevan echó un vistazo a la habitación y dijo:

—Me gustaría que hubiera un hogar.

—Da igual, no nos preocupemos por eso ahora. Ya se nos ocurrirá algo. —Pero al decirlo, le tembló la voz.

El temblor le llegó a Bevan en una serie de olas diminutas, frías como el hielo, y a punto estuvo de temblar cuando lo tocaron, indicándole el esfuerzo que estaba haciendo Cora por no perder la calma; las preguntas se le atragantaban: ¿Qué ocurrió anoche? ¿Cómo te manchaste la ropa con toda esa sangre? ¿Qué intentas ocultarme?

Suspiró brevemente y dijo:

—No tiene sentido que te obligue a adivinar lo ocurrido. Tarde o temprano lo averiguarás, y será mejor que sea yo quien te lo cuente. Lo que ocurrió fue... —intentó encogerse de hombros al decirlo—,

bueno, un hombre quiso quitarme la cartera.

—¿No habrás...?

—Sí. —Volvió a suspirar—. Solo quería mi dinero. Podía habérselo dado y asunto concluido. O dejar que me pegara con la cachiporra. Al fin y al cabo no me habría hecho mucho daño. El tío no quería ganarme la partida, simplemente robarme una base en el diamante.

—James...

—Con una botella rota, con eso lo hice. Pobre diablo, parecía tan lleno de vida antes de que todo ocurriera.

—Tal vez no ocurrió. Al fin y al cabo estabas borracho. No puedes estar seguro...

—Estoy muy seguro.

Y la miró. Notó que estaba sentada en el borde de la cama. Sus ojos se cerraron y tenía las manos apretadas contra el pecho. Parecía terriblemente frágil y desvalida, como una doncella capturada por los demonios y a punto de ser sacrificada. Digamos un solo demonio —pensó, un solo demonio borracho de ron, y cuando no era de ron, era de ginebra, y cuando no era de ginebra, era de *bourbon* o de *whisky* de centeno o de lo que le sirvieran. Pues ya lo has hecho. Esta vez, se la has hecho buena de verdad. Estrictamente de acuerdo con las reglas del libro que usan tus hermanos demonios. Pertenece todos a un grupo selecto y no podemos actuar de otro modo; somos una sociedad legalmente constituida, formada por restos de protoplasma, y cada uno de los componentes llevamos un distintivo con el lema de una sola palabra: impotente.

De modo que si no podemos hacerlo de un modo, lo hacemos de otro. Algunos asistimos a funciones privadas de cine de contrabando. Otros asistimos a espectáculos en vivo, en los que la entrada cuesta quince dólares o más. Aunque para la mayoría resulta muy poco salubre. La mayoría de nosotros intentamos fervientemente ser sanos, o digamos, caballeros, o como quieras llamarle, aunque de todas maneras es una falsedad, pura fachada. De modo que en esta pandilla siempre estamos de Carnaval, no hay una sola maniobra, un solo gesto genuino. A primera vista, le cortaste el gazar en defensa propia, pero si rascamos un poco la superficie, si vamos más allá del ron y las tonterías, tenemos que

reconocer que tus ánimos eran verdaderamente homicidas. Anda, vamos, niégalo.

Intenta negar que no era tu intención hacerlo, que no querías hacerlo. Pero recuerda, en esta ocasión, nada de evasivas. Este servidor te conoce, ve dentro de ti. Lo único que puedes decirle es: Ayer vi algo que me provocó, que me hizo empezar una campaña destinada a la destrucción. Sí, me asomé a esa ventana y la vi allá abajo, al borde de la piscina, con un amiguito recién adquirido que hemos dado en llamar Nariz Achatada o Pelo de Zanahoria o el nombre que sea, con tal de hacerlo parecer cómico. Pero claro que la cosa no tenía gracia, y cuando saliste del hotel en Dios sabe qué dirección, tú sabías muy bien adónde ibas pero no querías reconocerlo. Puesto que estabas completamente desorientado, no tuviste valor para bajar a la piscina, enfrentarte a ellos, y hacer valer tu virilidad ante esta mujer, y decirle lo que pensabas.

Menuda virilidad, la tuya. Por dentro no eras más que gelatina amarilla que se puso a hervir y se derramó, y sentiste la necesidad de golpear algo, de destruirlo.

Supongo que eso lo convierte en un acto premeditado. ¿Cómo que lo supones? El taxista no supuso nada cuando se largó a toda máquina. Lo vio reflejado en tus ojos y supo que lo único que le quedaba por hacer era largarse. Seguramente sin querer, en ese momento pensaste: Con este me ha fallado la cosa, pero ya me cargaré al próximo.

De todos modos, el resultado final fue tal como estaba indicado en los planos. ¿Y quién es el arquitecto? Es un instigador invisible que se especializa en lo imprevisible. En este caso, dibujó una serie de planos que empezaron con dos personas sentadas en unas hamacas, junto a una piscina, y los acabó clavando una botella rota en la garganta de un tipo que jamás había visto.

Creo que sería absolutamente conveniente que lo dijeras en voz alta para que ella se enterara de lo que eres y de lo que estás hecho. Pero ahí está el problema; la gelatina amarilla de la que estás hecho provoca un embotellamiento de tránsito e impide que lo declares lisa y llanamente. Aunque de verdad, sería interesante. Sería un experimento interesante si lograras que todo esto superara la barrera de tus labios.

—Si me lo contaras... —la oyó decir.

—Claro, claro, te lo contaré.

Pero no logró continuar. Parpadeó varias veces y, poco a poco, sus labios dibujaron una sonrisa. Era una sonrisa más bien desesperada y tonta. No intentó desdibujarla.

—Por favor —insistió ella—. Es importante que me lo cuentes.

La sonrisa desapareció. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza para indicarle su solemne acuerdo. Entonces, empezó a contárselo. Le resultó sorprendentemente fácil recordar los hechos de la noche anterior, y su relato fue completo y exacto.

—Entonces salí del bar de Winnie por una puerta lateral y me metí en un callejón. No vi que me seguía. Intentó golpearme con una cachiporra y yo cogí una botella vacía. La botella se rompió; caí al suelo y el tipo intentó darme otra vez con la cachiporra. Con la otra mano quería alcanzar el bolsillo interior de la chaqueta, donde llevo el billetero. Debí de ser en ese momento cuando enarbolé la botella y la parte rota se le hundió en la garganta.

Cora volvió a cerrar los ojos. Se estremeció.

—Lo siento —murmuró Bevan—, pero me pediste que te lo contara.

—Sí, claro. —Entonces abrió los ojos e inspiró profundamente. Frunció el ceño, pensativa y le preguntó—: ¿Te vio alguien?

—No lo sé. Creo que no.

Continuó con el ceño fruncido. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Creo que todo saldrá bien. —Entonces, desarrugó la frente y le sonrió—. No hay de qué preocuparse.

—No estoy preocupado —comentó Bevan, e intentó devolverle la sonrisa. Pero le salió una mueca desdichada.

Cora estudió su rostro y le sugirió:

—Intenta olvidarlo, por favor.

—Claro. Empezaré ahora mismo. Lo borraré así —dijo chasqueando los dedos enérgicamente.

Pero no sirvió de nada. La mueca desdichada no le abandonó.

—Escúchame; según lo que me has contado, lo hiciste en defensa propia. El hombre intentó quitarte el dinero y tenías todo el derecho del mundo a protegerte. Por lo tanto, no hay motivos para que te sientas mal.

—Tienes razón. Tienes toda la razón del mundo.

—Ese hombre era un criminal, se arriesgó y perdió. Es la única

manera de considerar todo este asunto.

Bevan volvió a asentir con la cabeza. Pero la expresión retorcida se negaba a abandonar su rostro.

—Más tarde, sacaré la ropa de la bañera y encontraré el modo de deshacerme de ella —le dijo Cora—. No será complicado. La pondré en una bolsa y la meteré en el incinerador.

—No, yo me encargaré de eso.

—Por favor, James, deja que lo haga yo.

—¿Quieres decir que lo más probable es que meta la pata?

—Yo no he dicho...

—¿Quieres decir que volveré a emborracharme, que cometeré toda clase de errores y que lo echaré todo a perder? ¿Es eso lo que insinúas?

—Bueno, yo...

—Anda, di lo que estás pensando. —Se lo pidió suavemente, casi con tono afable—. Todo me parece más fácil cuando me dices lo que estás pensando.

—Pienso que tienes cara de cansado y... —le dijo sin mirarlo.

—Y que me tienes lástima...

—Eres una persona muy maja, James. De veras.

—Ja, ja. Eso sí que tiene gracia.

—Si pudieras...

—Si pudiera cambiar —canturreó como si estuviera ante un micrófono—. Si pudiera dejar de beber, si dejara de pensar en cosas tristes, tralá, tralalá, pero vaya menuda tarea la que me pides, tralalá. Y...

—James...

—Y así —continuó cantando completamente desafinado—, no hay manera de recuperar el amor...

—Basta ya.

—Estás peor que un marica, contigo no hay quien se excite. —Se señaló acusadoramente a sí mismo—. Eres...

—¡Basta ya!

—Está bien. —Le sonrió lanzándole un beso. Se dio media vuelta y sepultó la cara en la almohada. Al cabo de unos momentos, se quedó dormido.

Fue un sueño muy agitado. Su ritmo estaba distorsionado y en lugar de verlo todo completamente negro, se le presentaban como

unos chispazos grises que saltaban de una pantalla negra. Aunque sus miembros permanecían inmóviles, su cerebro saltaba dando vueltas en círculos, intentando apartarse de unas enormes vallas publicitarias. En todas las vallas se leía lo mismo, y no era un anuncio, sino una declaración pública. Decía así: «Este hombre destruyó a un ser humano y no lo hizo por accidente; no le creáis cuando diga que fue en defensa propia. Es un asesino acérrimo como no ha existido otro. Salió a derramar sangre y la derramó; es todo. ¿Permitiremos que escape sin ser castigado?».

—No —masculló en sueños—. Claro que no.

Cora lo oyó. Abrió los ojos y miró hacia su cama. Yacía de lado y logró ver en su rostro crispado la mueca desdichada. Era como si llevara una máscara e intentara asustarla.

Tal vez tendría que alejarme de él. Levantarme de esta cama, vestirme e irme lejos, muy lejos. Porque esto es una verdadera catástrofe. Es como si la tierra temblara y se hiciera pedazos; como si las paredes de tu casa se desplomaran, y si no te vas, quedarás aplastada. Míralo, él ya está aplastado. Es un naufrago, eso es. Lo que ves allí es un naufragio.

Creo que acaba de tocar fondo. Ha llegado a la ruina total, y no hay nada que puedas hacer por él.

¿Le tienes lástima? —se preguntó—. No, no le tienes lástima. El solito se metió en esto. Lo hizo lentamente, paso a paso, y después más deprisa, hasta que la cosa le explotó en la cara y lo deslumbró. Lo deslumbró muchísimo. De un modo incalculable. Y ahora navega lejos, muy lejos, en un lugar nebuloso y ridículo donde siempre es Carnaval. Míralo. Si hasta parece satisfecho. Dice que le gusta ese lugar; que desde que escogió el camino que lo condujo allí está bien, está contento y le gusta mucho. De modo que ya sabes que no hay motivos para que le tengas lástima.

Lo abandonaré. Sí, eso haré. ¿Lo harás? Claro que lo haré. ¿Qué otro remedio me queda? ¿Acaso puedo permitir que esto siga así? Ya estoy cansada, harta. No aguanto más.

¿Qué es lo que no aguantas más? Tendrás que aislar el problema antes de intentar una respuesta. Creo que la respuesta es esta: soportas todo esto porque no es más que un castigo. Hace años que pagas con tu castigo. Los nueve años que has vivido con él haciéndole pasar por un infierno. Un infierno en el que todo es

hielo en vez de fuego, un infierno helado al que él procuró llevar calor, pero tú no le respondías, porque no podías. Te tocó y te encontró helada. Cuando te abrazaba, tú te echabas a temblar. Y sin palabras le decías que no, que por favor no. Total, que al final lograste hacerle entrar la idea en la cabeza y el pobre hombre se dio por vencido.

Creo que será mejor que dejes de intentarlo. Quiero decir que no intentes disculparlo. Reconócelo, chica. Sabes que es débil, muy débil. Que si no fuera débil de sesera, no necesitaría beber tanto. Pero lo necesita, no puede vivir sin la bebida, y eso lo incluye en el grupo de los endebles, los borrachines, los bufones sin gracia que siempre se vienen abajo, que no hacen otra cosa que agregar dificultad sobre dificultad. Sí, está en esa categoría tan baja, y no podrás ayudarlo a que suba. No hay material con el que trabajar, solo tienes esa sonrisa torcida y estúpida que ves en su rostro.

Si fuera más hombre...

Quiero decir, si se pareciera un poco más a... ¿cómo se llama?

¿Cómo se llamaba? ¿Por qué no puedo acordarme? Estaba ahí sentado en la hamaca, hablando me de Ibsen, y yo que no podía concentrarme en Ibsen porque veía lo que me estaba mostrando. Me mostraba sus potentes músculos, su estómago duro como la piedra y su pecho peludo. Ojalá estuviera aquí en estos momentos.

¿Cómo has dicho?

¿Qué insinúas con eso de que ojalá estuviera aquí en estos momentos? No lo dices en serio. Si alguna vez intentara tocarte, te quedarías helada. Y a lo mejor hasta gritarías pidiendo socorro. Tiene las manos tan grandes, y los dedos tan gruesos, y es tan fuerte y le tienes tanto miedo; tienes mucho miedo de que intente ponerte las manos encima, de que intente...

No tiene que ocurrir —se dijo—. No debo darle ocasión. Si trata de hablarme, me lo sacaré de encima amablemente. Eso haré. Quieres decir que lo intentarás. Del mismo modo que ahora intentas convencerte de que no ocurrirá, pero quieres que ocurra aunque no debe ocurrir, es tan sucio y vergonzoso, tan horrible pensarlo, y por favor, ¿quieres acordarte de lo que te decía mamá? Te decía: «No te ensucies, querida». Ahora que lo pienso, tengo ganas de tomar un baño. Sí. Hace tanto calor aquí dentro, hace un bochorno tan pegajoso. Seguro que debe de haber más de treinta y cinco grados.

La cama parece un horno y tú pareces una barra de mantequilla deritiéndose en la sartén. Aunque te diré una cosa, esto no es cosa del tiempo ni de la temperatura. ¿Quieres entenderlo? Sí, lo entiendo. Anda, por favor, vamos a levantarnos de esta cama y a tomar un baño.

5

ERA MEDIODÍA cuando Cora lo despertó. Bevan notó que ya estaba vestida. Le dio la impresión de que llevaba de pie y en actividad desde hacía horas. Le preguntó qué había estado haciendo. Ella le contestó que había desayunado y que luego había escrito cartas y postales. Y que ya se había deshecho de la ropa manchada de sangre. Lo mencionó de un modo natural, como si las manchas fueran de zumo de fruta o de tinta y no de sangre. Cuando se lo dijo, no lo miró a la cara, y él no hizo comentarios.

Bajaron juntos y entraron en el comedor. Casi todas las mesas estaban vacías. Todavía no habían anunciado el almuerzo y solo había unas cuantas rezagados desayunando. Se acercó un camarero y les entregó un menú. Bevan tenía mucho apetito y pidió higos con crema, huevos revueltos y riñones, panecillos tostados y café. Cuando el camarero se alejó, Cora le dijo:

—Me alegra mucho que comas algo. Te sentará bien.

—¿Tomarás conmigo el café? —inquirió él con una sonrisa.

—De acuerdo.

—Hacen buen café.

—Sí, es muy bueno.

—Mucho mejor que el instantáneo.

—Tomaré nota de eso. —Cora le sonrió—. Cuando volvamos a casa, compraré una cafetera de filtro.

—Dirán que eres anticuada, ya no están de moda.

—No es del todo así, todavía las venden.

—Pero no como antes. Ahora lo que va es el café instantáneo. Se

tiende a la velocidad. Todo es instantáneo o ultracongelado. Tenemos siempre tanta prisa...

—Es cierto —comentó ella asintiendo con la cabeza. Miraba fijamente más allá de su esposo—. Estaríamos mucho mejor si nos tomáramos nuestro tiempo, ¿no te parece?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Del tiempo que tengamos.

—¿Te refieres a las bombas que inventan?

—Es una parte del asunto. Pero no me refería a eso. Es más una cuestión individual. Hay personas que a los dos años son más ancianas que a los ochenta y dos.

—¿Y eso? —inquirió Cora mirándolo.

—El niño de dos años quizá nunca llegue a cumplir tres, mientras que el abuelo puede llegar a los noventa.

Cora sonrió y frunció el ceño a la vez.

—Nunca se me había ocurrido enfocarlo de ese modo.

—Ni a mí. Al menos hasta hace poco: hasta este mismo momento, para ser exacto.

—¿Y qué te ha hecho verlo de ese modo? —Cora giró ligeramente la cabeza y lo miró de soslayo.

Bevan permaneció en silencio durante unos momentos. Luego, mientras encendía un cigarrillo, repuso:

—No lo sé, se me ha ocurrido. Tal vez sean ideas que flotan en el aire hasta que alguien se interpone en su camino y le golpean.

Cora se dio unos golpecitos en el mentón con el dedo.

—Si es así, cualquiera tiene la oportunidad de hacer historia.

—Me imagino que viene a ser más o menos eso. Lo único que pasa es que antes de que uno logre dar con algo nuevo ha de asimilarlo. O mejor dicho, ha de estar en condiciones de aceptarlo. Como eso que dice de la manzana que cayó del árbol... este muchacho Newton se encontraba exactamente en el lugar adecuado. Lo golpeó justo en aquella parte del coco que reaccionó descubriendo la teoría de la gravedad.

—No le haces demasiada justicia al pobre.

—Al contrario, le hago toda la justicia. Le concedo un título *summa cum laude* por excelencia.

—Pero acabas de decirme que no fue más que suerte.

—La suerte quizá constituya el treinta por ciento. El otro setenta se compone de diligencia e iniciativa, más largas horas y trabajo duro.

—Llámalo fuerza de voluntad.

—Probablemente sea eso. Todo se reduce a la fuerza de voluntad.

Cora abrió la boca para comentar algo y después decidió no decir nada.

Bevan asintió, como si su mujer lo hubiera expresado en palabras.

—En lo que a fuerza de voluntad se refiere, soy un jugador de segunda.

—No pensaba...

—Pensabas que no existe la más mínima oportunidad de que ponga en práctica esta teoría. Me refiero a la teoría de que la duración máxima de la vida es la que nos indica que no se puede saber cuánto tiempo nos queda. Y tienes razón. Jamás desarrollaré la teoría, jamás la pondré por escrito, como hizo Newton. Soy demasiado holgazán para hacerlo. Lo único que haré quizá será utilizarla como guía.

Cora se inclinó hacia adelante mirándole con ojos llenos de ferviente esperanza.

Bevan continuó con el tema, hablando más consigo mismo que con ella.

—Una guía que dice: «No sabes cuánto tiempo tienes. Solo sabes que estás aquí, y mientras estés aquí, ya que estás, podrías sacar el máximo provecho. Sacar el máximo provecho e intentar ser amable. Es lo más importante. Ser amable».

—Estupendo —susurró ella—. Es realmente estupendo. Sigue pensando así.

—Lo intentaré.

—¿Harás de ello una resolución?

—Supongo que será algo por el estilo.

El camarero les trajo los higos con crema y los platos cubiertos de plata y la cafetera con cuello de cisne. Bevan se colocó la servilleta sobre el regazo, al tiempo que le sonreía a Cora y veía un no sé qué de maternal en su expresión mientras observaba la comida que le dejaban delante. Entonces, sus ojos se encontraron, y

sin palabras, Bevan le dijo: Soy tu hombre y tú eres mi chica, y no importa el infierno que podamos crear entre los dos, siempre habrá momentos como estos en los que nuestra unión sea muy real y tú me resultes conmovedoramente preciosa. Cuando las cosas son así, esto no tiene nada que ver con las obligaciones; es tan tierno, tan delicado y, sin embargo, percibo una especie de deleite en nuestra unión. Como una fiesta que no necesita ni confeti ni globos ni sombreritos de cotillón. Cuando las cosas están así, me resultan demasiado idílicas. Como aquella ocasión en la que...

Recordó una ocasión igual a esta, una ocasión que le acariciaba la memoria con una ternura suave y dulce que lo hacía suspirar. Había ocurrido en verano, hacía un par de años. Había sido al inicio de un fin de semana; Nueva York los asfixiaba y habían decidido reunirse con unos amigos en un lugar de veraneo en las montañas de Adirondacks. Pero nunca lograron llegar. Al coche se le averió la bomba del combustible y no había mecánicos disponibles. Bevan se preocupó mucho, pero ella le sonrió y le dijo que no lo hiciera. Le señaló el lago y los campos de margaritas y tréboles y le dijo:

—Esto es muy bonito. Es tan bonito y tranquilo que podemos quedarnos en el motel que acabamos de ver en el camino. Está más o menos a un kilómetro de aquí. Y mientras tú te inscribes, yo llamaré a los de ayuda en carretera.

Esa noche y la siguiente se quedaron en el motel. Y durante el día nadaron en el lago, pasearon por los campos y recogieron flores. No ocurrió nada fuera de lo común, pero fue un fin de semana realmente maravilloso. Cuarenta y ocho horas en las que se alejaron flotando de todos y solo se tenían el uno al otro, y se sentían tan unidos que se hablaban prácticamente con los ojos, diciéndose: Lo eres todo para mí, no me importa nada más; solo tú.

Existieron otros momentos como aquel, pero recordaba especialmente esa ocasión mientras la miraba y le decía con los ojos: Lo eres todo para mí.

Antes, ahora y siempre —le decía con la mirada—, eres mi diosa griega que me aleja del mundo ajetreado en el que todo se viene abajo. Cora, mi adorada, procura permanecer a mi lado mientras lo intento otra vez. Esta vez intentaré de verdad dejar de beber y de devanarme los sesos con mis problemas. Te juro que lo intentaré de veras.

Cora asintió lentamente y le sonrió. Y luego, en voz muy queda le dijo que comenzara a desayunar.

La comida era excelente y dio cuenta de ella con avidez. En poco tiempo los platos quedaron vacíos. Cora sirvió más café para los dos. Se quedaron allí sentados, bebiendo café y fumando.

—Mira por la ventana. Fíjate qué sol.

—Es como si fuera verano —comentó él.

—En Nueva York debe de hacer un frío que pela.

—Es un pensamiento agradable.

—Pero algo egoísta —admitió ella—. No debemos desearles mal tiempo.

—Vamos a tomar el sol. ¿Qué tal si hoy salimos? ¿Adónde podríamos ir?

—No lo sé. ¿Qué te apetecería?

—No hemos visto mucho de la isla.

—Ni de la ciudad.

—Yo sí la he visto —dijo él jovialmente—. He visto bastante de la ciudad.

—¿Te gustaría ir a navegar? Hay barcos que parten del hotel.

—De acuerdo, vayamos a navegar.

Cora se puso en pie y le dijo:

—Subiré a la habitación a ponerme unos pantalones. Vuelvo en seguida.

Bevan se quedó sentado mirando cómo salía del comedor. La sala hervía a medida que llegaban los comensales para el almuerzo. Algunos le sonrieron y lo saludaron con una inclinación de cabeza; él les devolvió el saludo, feliz de poder hacerlo sin sentirlo como algo forzado. Se dijo que comenzaba a estar como en casa en el Laurel Rock, más como participante que como observador. Era un pensamiento reconfortante; le invadió una sensación de amistad hacia los que ocupaban las demás mesas. Entonces se le ocurrió pensar que había algo más, que empezaba a sentirse más amigo de sí mismo.

Supongo que es todo lo que hace falta —pensó—. Es tan fácil ser aceptado si uno se acepta a sí mismo. Si logras seguir así, por el camino que va hacia arriba, en vez del que va hacia abajo, tal vez logres salir a flote. O al menos mirarte al espejo y ver en él a un compañero en lugar de a un contrincante. Estaba dándole vueltas a

esa idea cuando una mano se le posó ligeramente sobre el hombro.

Volvió la cabeza y levantó la vista. El hombre se quedó ahí, sonriéndole desde su altura. Era una sonrisa blanda. Muy blanda, casi gentil. Pero de repente su significado quedó claro y la percibió dura y terriblemente fría, como la transparencia real de un pastel de hielo.

Era jamaicano. Tenía la piel del color del tabaco. Era delgado, de estatura mediana y resultaba obvio que llevaba en las venas algo de sangre caucasiana, porque tenía el pelo lacio y la nariz fina, un tanto estrecha en la base. Los labios eran muy delgados y, en su conjunto, daba la impresión de seguir una dieta basada principalmente en las verduras. Hasta los ojos tenían el color verde profundo de las espinacas crudas.

Vestía ropas baratas, aunque pulcras. La camisa de algodón era inmaculada, y llevaba la corbata gris anudada con cuidado. El traje era de una mezcla de algodón y rayón, de color gris oscuro. Daba la impresión de haber sido planchado hacía poco, y probablemente en casa; las mangas y los pantalones llevaban las rayas afiladas como una cuchilla. En suma, su aspecto indicaba que se había vestido para lo que él consideraba una ocasión muy especial.

Sin dejar de mostrarle a Bevan aquella sonrisa blanda, le dijo con mucha suavidad:

—Discúlpeme. Usted es el señor...

Bevan se quedó callado.

—Me llamo Nathan Joyner.

—¿En qué puedo servirle?

El jamaicano se dirigió al otro lado de la mesa y preguntó:

—¿Puedo sentarme?

—Adelante.

Joyner se sentó y le preguntó:

—¿Me recuerda?

—No. Jamás lo había visto.

—Me vio anoche —le explicó Joyner.

Bevan se dijo que lo único que podía hacer era permanecer callado.

—En la calle Barry —dijo el jamaicano—. En Winnie's Place.

Vale —pensó Bevan—. Date prisa y acaba de una vez.

—Tal vez debería expresarlo de otro modo —dijo Joyner—. Usted no se acuerda de haberme visto. Estaba un poco borracho.

El jamaicano tenía acento británico. Bevan se dijo: Será empresario. Tal vez hizo algún curso de gestión empresarial en Cambridge o alguna buena facultad de Londres. Sea cual fuere la Facultad a la que haya ido, seguro que se ha graduado en promoción de ventas.

—Ahora no estoy borracho. Tengo la mente bien despejada.

—Espléndido —dijo Joyner—. Porque este asunto exige tener la mente despejada al máximo. —Se reclinó ligeramente hacia adelante—. Probablemente conozca el motivo que me ha traído aquí.

—No resulta difícil adivinarlo —repuso Bevan encogiéndose de hombros.

—No hace falta que lo adivine —le dijo Joyner—. Sabe que no estaría aquí de no haber visto lo que ocurrió en el callejón.

Se produjo un silencio que duró varios instantes.

—Lo vi desde la puerta —le dijo Joyner.

—¿Qué hacía usted en la puerta?

—Pues estar ahí y mirar.

—¿Sabía que intentaba robarme?

Joyner asintió.

—¿Por qué no intentó impedírselo? —inquirió Bevan.

—No era asunto mío. Tengo por norma no meterme en estas cosas.

—¿De veras? ¿Y cómo es que ahora sí se mete?

—Esto no es meterme. Simplemente estoy discutiendo el tema.

—De acuerdo, estoy dispuesto a discutirlo con usted. No hay ningún motivo para no hacerlo. ¿Quiere café?

—No, gracias —repuso Joyner. Se fijó en la taza vacía que Cora había dejado sobre la mesa y le lanzó a Bevan una mirada inquisitiva.

—Es de mi esposa —le dijo Bevan—. Subió a nuestra habitación a cambiarse de ropa, a ponerse unos pantalones. Nos vamos a navegar.

—Hace un bonito día para navegar.

—Sin duda, hace un día perfecto para navegar —reconoció

Bevan—. A propósito, me llamo Bevan. James Bevan.

—Encantado de conocerle, señor Bevan.

Se sonrieron amablemente. Entonces, Bevan acentuó un poco la sonrisa y le preguntó:

—¿Cómo supo dónde encontrarme?

—Supuse que estaría en el Laurel Rock. La mayoría de los turistas vienen a este hotel.

Bevan echó un vistazo a las demás mesas. Estaban todas ocupadas y los camareros muy atareados.

—Muy buena temporada para el hotel.

—Así es, las habitaciones siempre se llenan en esta época del año —dijo Joyner—. Supongo que es el clima. ¿Le gusta el clima de la isla, señor Bevan?

—Mucho. Es estupendo.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Unas semanas.

—Espero que disfrute de su estancia.

—Gracias, señor Joyner.

Volvieron a sonreírse y Joyner le dijo:

—Estoy seguro de que tendrá una agradable estancia. Es tan fácil divertirse en Jamaica. Es decir, cuando uno se hospeda en un buen hotel como el Laurel Rock.

Bevan se quedó callado.

—Es de veras un excelente hotel —continuó Joyner—. Claro que es solo para quienes pueden pagarlo.

Ahora me lo suelta —pensó Bevan—. Ahora me vendrá con lo de Dun and Bradstreet. O tal vez lo que pretende es mosquearme, inmovilizarme para que cuando me lo suelte, quede noqueado. En fin, sea lo que fuere, desearía que se dejase de rodeos y me lo dijera. Esto de esperar con el corazón en la boca es como observar al dentista cuando se dispone a usar el torno. Veamos si puedo darle un empujoncito.

Sin dejar de sonreírle al jamaicano, Bevan le dijo:

—Es una cuestión de suerte. Algunos la tienen y a otros les falta.

—Usted la tiene —dijo Joyner.

—En cierta medida —reconoció Bevan encogiéndose de hombros.

—¿Podría ser más concreto?

—¿Qué quiere, un informe financiero?

—Sería de utilidad —admitió Joyner. Y su sonrisa se diluyó un poco—. ¿Cuánto puede pagar?

—¿Por qué? ¿Qué me quiere vender?

—Un desliz de la memoria —repuso Joyner—. Estoy dispuesto a olvidar lo que vi anoche.

Bevan rio jovialmente, sin ruido.

—Está bien, Nathan. Quiere jugar a las damas, pues jugaremos a las damas. —Apoyó las manos en la mesa, se inclinó hacia adelante y agregó—: ¿Puede probar lo que vio?

Joyner asintió. Su cara carecía de expresión cuando le dijo:

—Tengo en mi poder una botella rota. Está manchada de sangre. Y por supuesto que tendrá sus huellas digitales.

—Muy bien, Nathan. Un punto a su favor. Pero hay un detalle: eso no significa nada. Si abre la boca y me cogen, les diré la verdad. Diré que el hombre intentó robarme.

—¿Cree usted que lo aceptarían?

—Claro que lo aceptarán. ¿Por qué no?

—Por varios motivos —repuso Joyner. Y volvió a sonreír. Sus ojos verdes espinaca se entrecerraron lentamente, como si desearan reducirlo todo a sombras; sus párpados cayeron como una cortina sobre el objeto viviente que estaba mirando.

Bevan sintió que aquella cortina caía sobre él. En realidad era como una cortina que cae, y, de repente, no tenía ninguna relación con Nathan Joyner, sino que era algo en su interior lo que la hacía caer. En la cortina había unas palabras impresas, las mismas que había visto en las vallas que aparecían en la oscuridad de sus sueños agitados. Y volvió a leer el anuncio: «Este hombre destruyó a un ser humano y no fue por accidente, no le creáis cuando diga que fue en defensa propia...».

—Si alguna vez llevan el caso ante un tribunal, no tendrá alternativa —le dijo Joyner—. Lo enviarán a la cárcel.

6

BEVAN SE RECLINÓ hacia atrás en la silla. Tenía la cabeza ladeada y miraba con aire ausente hacia nada en particular.

El silencio se prolongó durante unos momentos, entonces, Joyner le dijo:

—La cuestión es que le doy una oportunidad de seguir con vida. Bevan sonrió socarronamente.

—¿He dicho algo cómico? —murmuró Joyner.

—Graciosísimo —repuso Bevan. Lanzó una sonrisa más al jamaicano. Y sin palabras le dijo: Sí, es realmente graciosísimo, Nathan. Hace un par de noches jugaba con la idea de quitarme de en medio. Y ahora apareces tú y en una de esas me ahorras la molestia.

Joyner se mordió ligeramente la comisura de los labios y le dijo:

—Tal vez no lo comprenda. O tal vez no le importe.

—Supongo que es eso —reconoció Bevan en voz alta—. No me importa.

El jamaicano arrugó el ceño.

—He de admitir, señor Bevan, que me confunde.

—No se sorprenda, hombre.

Joyner lo examinó. Arrugó aún más el entrecejo. El silencio duró casi un minuto. Entonces se oyeron unos pasos y ambos levantaron la mirada y vieron a Cora allí de pie. Con una sonrisa inquisitiva miró al jamaicano y luego a Bevan. El jamaicano se había levantado de la silla y asentía amablemente con la cabeza, a la espera de ser presentado.

—Cora, este es el señor Joyner. Le presento a la señora Bevan.

Murmuraron unos saludos y se sentaron.

—El señor Joyner es amigo mío —dijo Bevan—. Es un muy buen amigo mío. Intenta ayudarme por todos los medios.

Cora no dijo nada, se limitó a dar un ligero respingo.

—Vamos, señor Joyner, cuénteselo. Cuénteselo todo.

—Es un poco difícil...

—Vamos, adelante —le instó Bevan—. Lo soportará bien.

—Lo soportaré bien —dijo Cora.

Joyner lanzó un suspiro. Miró a Cora y le dijo:

—¿Le ha contado su marido lo que ocurrió anoche?

Cora asintió.

—Le dije que fue en defensa propia —dijo Bevan. Y sonriéndole a Cora, agregó—: Nuestro amigo Joyner tiene sus dudas al respecto.

—Yo no he dicho eso —murmuró el jamaicano—. He dicho que quienes dudarían serían las autoridades. Le dije que hay muy pocas probabilidades de que acepten su explicación.

—¿Ves cómo están las cosas? —inquirió Bevan volviendo a sonreír socarronamente—. Lo tiene todo pensado. Ha pensado hasta en el último detalle.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Cora—. ¿Y qué quiere?

—Es un hombre de negocios —repuso Bevan—. Quiere dinero.

—De acuerdo —dijo Cora mirando al jamaicano—. Le escucho.

Joyner apoyó los codos en la mesa con las manos entrelazadas debajo del mentón. Centró la mirada en la corbata de Bevan. Pero habló como si Bevan no estuviera presente.

—Si lo cogen, lo colgarán. Ya se lo he dicho, pero no parece haberse sorprendido. Tal vez usted sí se sorprenda, señora Bevan. Da usted la impresión de ser una mujer sensata.

—Y vaya si lo es —dijo Bevan—. Es muy sensata. Debería saberlo...

—Cállate, James. Por favor, cállate.

—De acuerdo, pero ¿dónde está el camarero? Quiero una copa.

—Ahora no.

—Solo una. Te diré una cosa, los tres nos tomaremos una copa. Anda, vamos, tomemos una copa.

—Por favor, James, por favor.

—De acuerdo. Más tarde entonces —dijo encogiéndose de

hombros—. Me la tomaré más tarde.

—¿Qué me estaba diciendo? —inquirió Cora dirigiéndose al jamaicano.

—Me estaba imaginando la reacción de las autoridades —repuso Joyner—. Es decir, si arrestan a su marido. Claro que espero que eso no ocurra, porque tendrían muchas pruebas en su contra.

—No tienen ninguna prueba —dijo Cora—. Solo intentaba protegerse.

Joyner negó con la cabeza y dijo:

—No podrá justificarse, señora Bevan. En primer lugar, no informó del hecho a la policía sino que huyó del lugar del crimen.

—¿Y quién no lo haría? Fue una experiencia horrenda. Mi marido se encontraba en estado de *shock*.

—De acuerdo —reconoció Joyner asintiendo lentamente con la cabeza—. Pero el hecho sigue siendo que no puede probar que fue en defensa propia. El otro hombre no iba armado.

—Y un cuerno que no iba armado —farfulló Bevan.

Cora miró a su marido. Con los ojos lo retó a que continuara, a que se levantara de la nada y volviera a pisar terreno firme.

—Llevaba una cachiporra —dijo Bevan.

—Las autoridades no lo saben. —En ese momento, los labios de Joyner dibujaron una sonrisa lenta y delicada.

—Llevaba una cachiporra y la policía la encontrará —dijo Cora.

—Nunca la encontrarán —murmuró Joyner.

Cora abrió mucho los ojos.

—¿Captas el panorama? —le pregunto Bevan—. ¿Te das cuenta de lo que está pasando aquí?

Cora miró fijamente al jamaicano y vio cómo le sonreían aquellos ojos color verde espinaca.

—Nuestro amigo es todo un ingeniero —dijo Bevan—. Un tipo genial. —Le sonrió al jamaicano—. Un inteligente hijo de puta.

Joyner miró a Cora y le preguntó:

—¿Qué le pasa a su marido? ¿Se encuentra enfermo?

—Claro que estoy enfermo —dijo Bevan ampliando la sonrisa hasta convertirla en mueca—. Estoy enfermo y me siento estupendamente.

—No estás enfermo —le dijo Cora. Hablaba lentamente, sopesando las palabras—. No admitiré que digas que estás enfermo.

—Vale, entonces es el mundo el que está enfermo. Todo el mundo está enfermo y yo me encuentro en plena forma. ¿Qué te parece?

Joyner volvió a fruncir el ceño y le dijo a Cora:

—Parece un poco ido.

—Un cuerno que parezco ido —dijo Bevan sonriéndole—. Lo sigo bien de cerca, Nathan. Lo tengo fichado hasta el último movimiento. Primero, tiene la botella rota que prueba que yo lo hice. Y segundo, recogió la cachiporra para que no tuviera pruebas de que el tipo iba armado. De ahí en adelante, para usted es cuestión de coser y cantar. Habrá testigos que dirán que me vieron en el bar, que me vieron beber ron y emborracharme. Y después está su testimonio, claro. Probablemente será una versión antojadiza como esta: invité al hombre a salir conmigo y el tipo salió pero después cambió de idea y yo me indigné y cogí la primera cosa que encontré.

Joyner asentía lentamente con la cabeza y dijo:

—Así es.

—Pero es mentira. —Cora respiraba agitadamente—. Es una sucia mentira.

—¿Y a él qué le importa? —inquirió Bevan lanzando una carcajada—. Míralo.

Cora miró la cara del jamaicano. Los ojos verdes titilaron en una mezcla de hielo y fuego. Después, su mirada fue puro hielo.

—Podemos zanjar este asunto por cinco mil dólares —dijo Joyner.

Cora inspiró profundamente y contuvo el aliento.

—Dejémoslo en cinco céntimos y entonces empezaremos a hablar —sugirió Bevan.

Se hizo un silencio. Joyner estaba sentado relajadamente con los brazos caídos a los costados. Bevan se encontraba muy reclinado sobre la mesa, lanzándole una sonrisa vacía y un tanto idiota a la reluciente cafetera de plata. Cora tenía la cabeza gacha y la cara apoyada en las palmas de las manos.

—Estoy esperando. Creo que deberían decidirse ahora mismo. No tendrán otra oportunidad —dijo Joyner finalmente.

—Es usted estupendo —admitió Bevan, sin dejar de sonreírle a la cafetera—. Tendría que vender seguros.

—Esto es un seguro —comentó Joyner con una sonrisa—. Es el mejor seguro que pueda contratar jamás.

—¿Y quién le ha dicho que voy a contratarlo?

—Claro que lo contratará. Estoy seguro de que lo hará.

Cora se quitó las manos de la cara. Tenía los ojos cerrados firmemente, y los abrió y dijo:

—No podemos pagarle cinco mil dólares. Ni siquiera podemos acercarnos a esa cifra.

—¿Cuál es la máxima cantidad que puede darme? —inquirió Joyner sonriendo amablemente.

Cora miró a su marido. Esperó a que él dijera algo. Pero fue inútil. Bevan estaba concentrado en la cafetera; su plateada redondez le devolvió la imagen distorsionada de su cara sonriente. Frunció el ceño con aire taciturno y luego volvió a sonreír. Empezó a hacerle muecas a la superficie plateada y brillante de la redonda cafetera.

—Usted tiene la última palabra, señora Bevan —le dijo Joyner—. Con él no se puede hablar.

—Yo tampoco —comentó Cora sin poder contenerse. Con los dedos se presionó con fuerza la frente y luego le dijo—: Le daremos mil dólares.

—No podemos darle más de mil. Entiéndalo, no somos ricos —dijo. Joyner negando con la cabeza.

—Dejémoslo en dos mil —sugirió Joyner.

—No podemos. —La voz de Cora sonó suplicante—. De veras no podemos.

—Analicémoslo un momento —murmuró el jamaicano—. ¿A qué se dedica su marido?

—Soy exterminador —repuso Bevan—. Voy por ahí exterminando. Es divertidísimo.

—Vende títulos de inversión —contestó Cora.

—Es un trabajo a tiempo parcial —masculló Bevan, sin dejar de mirarse en la cafetera—. Porque en realidad me dedico a trabajar en un circo. En la cuerda floja. Es una cuerda floja especial. Da vueltas en círculos.

—¿Siempre habla así? —inquirió Joyner.

—Solo los días libres —susurró Bevan con tono de confidencia, ahuecando la mano al costado de la boca—. Libro siete días a la

semana.

Joyner suspiró, y le lanzó una mirada piadosa a Cora. Era una verdadera pena. Y le dijo:

—Lo lamento mucho. Sé que no tiene una vida fácil.

—¡Cállese la boca! —le ordenó Bevan—. Váyase a paseo y cállese la boca.

—Ya veo que tiene usted un gran problema —le dijo Joyner a Cora—. ¿No puede hacer nada por él?

Bevan lanzó una clamorosa carcajada. Las personas que ocupaban las demás mesas miraron en su dirección. Al ver de quién se trataba se encogieron de hombros. Alguien dijo:

—Ha vuelto a las andadas.

Cora tenía la cabeza gacha y los ojos firmemente cerrados.

—Señora Bevan, tiene usted una pesada carga —le dijo Joyner—. No quiero dificultarle las cosas. Pero no me queda alternativa. Es una cuestión de suprema necesidad. Soy pobre. Muy pobre.

—¿Intenta justificar su postura? —le preguntó Cora mirándolo a la cara.

—En cierto modo —repuso el jamaicano sosteniéndole la mirada—. Es una cuestión de economía. Es la ley de la oferta y la demanda. Usted quiere que su marido siga con vida y yo le ofrezco la garantía. No puede comprarla usted a ninguna otra persona.

—Eso simplifica las cosas —comentó Bevan dirigiéndose a nadie en particular—. Eso simplifica mucho las cosas.

—¿Podríamos estirarlo hasta mil quinientos? —inquirió Joyner sin dejar de mirar a Cora.

—Está bien —contestó ella.

—Lo quiero en libras.

—De acuerdo. —Cora parecía muy cansada.

—¿Podríamos arreglarlo ahora?

—Supongo que sí —repuso ella—. Mi marido y yo tenemos una cuenta conjunta. Iré al mostrador y le extenderé un cheque. Tardarán un poco en verificar si en Nueva York hay fondos.

—Esperaré —dijo Joyner.

Cora se levantó de la mesa. Intentó mantener los hombros erguidos cuando atravesó el comedor rumbo al vestíbulo. Bevan había levantado la cabeza y mientras la observaba, pensó: Bonito espectáculo. Se la ve tan delicada y frágil con esos pantalones.

Realmente encantadora, a su manera elegante y nada llamativa. Son muy pocas las que pueden llevar pantalones de ese modo. Los lleva con tanta gracia. Fíjate en su cabello dorado pálido. Sí, señor, todo un espectáculo, y no me importaría salir con ella. Tal vez logre invitarla a navegar. Hace un bonito día para navegar.

7

MÁS TARDE, Cora regresó a la mesa en la que Joyner fumaba un cigarrillo y Bevan bebía un gintónic. Le entregó a Joyner un grueso sobre. Y murmuró:

—Por favor, no lo cuente aquí.

—Claro que no —repuso él, con una sonrisa. Luego se puso de pie y salió del comedor. Al cabo de unos minutos regresó y le dijo a Cora—: Está bien. —Joyner notó cómo le miraba y agregó—: No hace falta que se preocupe, señora Bevan. No volverá a verme. —Cora no hizo ningún comentario. Joyner se despidió—: Adiós, señora Bevan. —Cora observaba a Bevan mientras se bebía el gintónic y se tapó la boca con la mano. Bevan levantó la vista y le sonrió, luego le sonrió a Joyner, y volvió a concentrarse en el gintónic. Joyner sacudió lentamente la cabeza y se alejó.

Al cabo de unos momentos, Cora dijo:

—No me encuentro bien. Subiré a la habitación.

—Vamos, te encuentras estupendamente —dijo Bevan—. Quédate.

—Me duele la cabeza. Estoy cansada. Estoy muy cansada y quiero subir a la habitación.

—¿No quieres ir a navegar?

—No, no quiero ir a navegar —repuso. Observó a Bevan mientras este bebía a pequeños sorbos—. ¿Sabes lo que de veras me apetece hacer? —inquirió en voz baja—. Tengo ganas de vomitar.

—No digas esas cosas. No es tan grave.

—¿No?

Bevan no contestó. Tomó un trago del vaso. Era un vaso alto y ya estaba casi vacío.

—¿Te das cuenta de la cantidad que le hemos dado? Le hemos dado mil quinientos dólares.

Bevan se encogió de hombros, sin mirarla. Tenía la vista centrada en el vaso; medía la cantidad de licor que quedaba.

—Mil quinientos dólares —repitió Cora—. Y no te importa. No te molesta en lo más mínimo. Si le hubiéramos dado hasta el último centavo, tampoco te habrías molestado.

Bevan volvió a encogerse de hombros.

—Me pregunto si has llegado al punto en que nada te importa.

Entonces, Bevan la miró.

Cora inspiraba profundamente a través de los dientes. Al hacerlo, producía un ligero silbido.

—No podíamos permitirnos el lujo de darle esa cantidad. Y lo sabes, ¿verdad?

—Olvídate del tema.

—No. —Sacudió la cabeza con fuerza—. Esta vez no.

—Has dicho que te ibas a la habitación. ¿Por qué no te vas?

—Antes te diré lo que pienso. A menos que prefieras que me calle. Como siempre me he callado, mordiéndome las palabras. Ahogándome con ellas.

—Suelta el rollo de una puñetera vez. ¿Qué te pasa?

—Quiero que hagas algo. Te estás destrozando y has de hacer algo.

—¿Como qué? ¿Tomar pastillas? ¿Inyectarme?

—Dominarte, eso es todo.

—Eso es todo —repitió él, imitándola—. Como si se tratase de un asunto rutinario. Algo así como hacerse un corte de pelo.

—Puedes hacerlo.

—Claro, yo puedo hacer cualquier cosa. Puedo bailar mejor que Gene Kelly, ganarle una pelea a Gavilan y un partido de golf a Ben Hogan. Solo hace falta que me den tiempo para probarlo. Que me den un poco de tiempo.

—¿Para qué? ¿Para acabar de arruinarte? ¿Y de arruinarme a mí?

Bevan contempló el gintónico y le preguntó al vaso:

—¿Lo has oído? ¿Has oído lo que dice la señora?

—Mírame —le ordenó Cora entre dientes, haciendo un esfuerzo para que no la oyeran—. Te estoy hablando. ¿No puedes darme una respuesta sensata?

—La verdad, no. —Levantó el vaso, se lo llevó a los labios y se bebió hasta la última gota. Lo posó cuidadosamente sobre la mesa y lo estudió durante un largo instante; luego dijo—: Hay que llenarlo otra vez. Eso es lo que hace falta.

Cora se puso de pie. Iba a decir algo pero no logró expresarlo. Se alejó de la mesa y salió rápidamente del comedor. Había una cierta furia en su partida; Bevan se incorporó y fue tras ella. Luego cambió de idea y regresó a la mesa. Le hizo señas a un camarero que pasaba en ese momento y le pidió otro gintónico.

Una hora después, continuaba sentado en el comedor, bebiendo lenta y metódicamente sin pensar en nada en particular. Las mesas ya estaban vacías. Los camareros habían quitado los platos y estaban atareados limpiando las migas de las sillas y barriendo el suelo. En varias ocasiones pasaron junto a la mesa que ocupaba Bevan, y con la mirada le daban a entender amablemente que estorbaba y que debería marcharse a beber al bar. Finalmente, el jefe de camareros se le acercó y se lo pidió cortésmente. Bevan se levantó de la silla y salió del comedor. Atravesó el vestíbulo y entró en el bar. Todos los taburetes estaban ocupados y buscó una mesa. Había varias desocupadas; se disponía a enfilear hacia la más cercana cuando los vio en una mesita para dos, cerca de la pared opuesta.

Ellos no lo vieron. Se miraban por encima de dos vasos altos y espumosos, que contenían un líquido verde anaranjado; daba la impresión de ser una bebida a base de frutas. Apenas habían probado la bebida y estaban concentrados el uno en el otro. Cora comentaba algo y el hombre asentía seriamente. Entonces, el hombre dijo algo y Cora asintió. Luego sonrieron.

Bevan también sonrió. Episodio número dos —dijo Bevan para sí—. Continuación del de ayer. —Dirigió su sonrisa hacia la nariz ligeramente achatada del hombre y su cabello color zanahoria. En una mesa cercana, varias personas se pusieron de pie, y Bevan se dirigió hacia allí. La ocupó y abrió rápidamente la carta de licores, y se ocultó tras ella. Oyó a Cora que decía:

—... muy amable de su parte, señor Atkinson.

—No era un cumplido —repuso el hombre—. Es la pura verdad. Es usted una chica excepcionalmente guapa.

—¿Una chica? Eso fue hace mucho tiempo. Llevo casada nueve años.

—¿De veras? Pues no se nota. O tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Tal vez se le note en los ojos.

—¿Incluso cuando sonrío?

—Sí —respondió el hombre—. Incluso cuando sonrío. Es una sonrisa tan cansada... Me dice mucho sobre usted.

—¿Hace usted esto a menudo, señor Atkinson?

—¿Qué cosa?

—Leer historias en los ojos de las personas.

—No, nunca lo había hecho antes. Porque nunca había estado lo bastante interesado. Es decir, hasta ahora.

—Pero la cuestión es que estoy casada.

—Esa no es la cuestión. Aquí solo hay un aspecto, y estoy positivamente seguro de que usted sabe cuál es.

—Ojalá no hubiera hecho usted ese comentario.

—Era preciso. Hay muchos comentarios que es preciso hacer.

En la mesa para dos se produjo un silencio. Bevan siguió ocultándose detrás de la carta. Pensaba: el tipo la atrae de veras. O tal vez sea que necesite algo en qué apoyarse y da la casualidad que él está cerca. ¿Prefieres creerlo así? Será mejor que sigas sintonizando este programa. Te permitiré ver el marcador, sea cual fuere el resultado. Me gustaría ver el rostro de Cora. Está ahí sentada, tan calladita, no me gusta ese silencio.

—No puedo negarlo, Cora —le dijo el hombre.

—Para usted soy la señora Bevan.

—No, para mí es Cora. Insisto, es Cora.

—No me parece adecuado.

—Sabía que lo diría. Para usted es muy importante observar un comportamiento adecuado, ¿verdad?

—Sí. Creo que la moderación es importante.

—Siempre y cuando se aplique en el sitio adecuado. Y este no es el sitio adecuado, ni el momento.

—Será mejor que me marche.

—Sabe bien que no se irá —le dijo el hombre—. Sabe bien que

quiere estar aquí sentada y hablar conmigo.

—Pero no de eso.

—Tenemos que hablar de eso. En realidad, no existe ningún otro tema del que podamos hablar.

Se produjo otro silencio. Entonces, Bevan le oyó comentar:

—Va usted muy en serio.

—Es algo más que eso. Estoy decidido.

—Suenas casi agresivo.

—Me da igual como suene. Si creyera que aquí no pasaba nada, no habría intentado ir más lejos. Y sin duda, no le habría expresado mis sentimientos. Pero aquí ocurre algo y usted lo sabe, los dos lo sabemos.

—Señor Atkinson...

—Ayer también lo sabíamos, cuando estábamos en la piscina, y hablábamos de esto y de lo otro. De libros, de teatro, de viajes y demás. Todo muy tranquilo y calmado en la superficie. Pero por debajo...

—Por favor, no siga.

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo de oírlo?

Cora no contestó.

—Hace tiempo serví en la Marina. Era oficial y tenía a mi mando un barco patrulla. Durante tres años realicé diversas campañas por el Pacífico en aquel barco. Era estupendo, y de él aprendí unas cuantas lecciones. Hay una en particular que jamás olvidaré. Y es esta: Cuando sepas exactamente lo que quieres hacer, sigue adelante y hazlo.

—Es una filosofía temeraria, señor Atkinson.

—Es temeraria porque se basa en la verdad. —Entonces, su voz fue como una arremetida de sonido—: Quiero apartarla de él.

Lo dice en serio —pensó Bevan—. No se anda con chiquitas, lo dice en serio.

—No sé qué contestarle —dijo Cora—. Todo es tan precipitado. No ha habido indicio...

—El indicio fue muy claro cuando nos vimos por primera vez. Yo la vi y usted me vio a mí y eso fue todo.

—¿No estará usted dando por sentadas demasiadas cosas de manera un tanto precipitada?

—En absoluto. Es un hecho. Un hecho irrevocable.

—Por favor, no me mire de ese modo.

—No puedo mirarla de ningún otro modo.

—No... —Se le quebró la voz y se hizo casi un murmullo—. No debemos. No sé cómo manejar esta situación. —Lo dijo como hablando consigo misma en voz alta—. Esto es demasiado para mí. En cualquier otro momento, habría sabido qué pensar, qué decir. Pero ahora no.

—¿Le importaría aclararme ese punto?

—No me pida que se lo explique.

Permanecieron en silencio durante unos instantes y luego el hombre dijo:

—Tal vez no necesite explicarse. Tal vez yo la entienda.

Claro que la entiende —pensó Bevan—. Cualquiera la entendería. Cualquiera con ojos. Si se fijaran un momento en el señor y la señora Bevan se darían cuenta del tipo de matrimonio que es. O al menos verían parte de la historia. Ahora el tipo le mira a la cara y ve el resto de la historia. O tal vez no sea así. Sino que ve solamente la versión de Cora. ¿Qué vas a hacer tú? ¿Subirte a un escenario y contar tu versión? Los pasillos se llenarían hasta los topes, hermano. Te ficharían para la comedia de Colgate.

—La vi cuando salió del comedor —le decía el hombre—. Lo dejó sentado a una mesa. Cuando subió al ascensor tenía usted la cara verdosa. Creo que sé por qué subió a su habitación. Tenía ganas de vomitar, ¿no es verdad?

Cora no le contestó.

—¿Por qué bebe tanto?

—No puede evitarlo.

—Querrá decir que no quiere hacer el esfuerzo. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No estoy segura. No sé qué le pasa a mi marido.

—Yo sí —repuso el hombre.

—Hágame el favor. Si solo lo ha visto una vez. Apenas lo conoce.

—Mejor, porque eso aumenta mi percepción. —El hombre hizo una pausa esperando a que el comentario hiciera su efecto. Luego agregó—: Su marido padece de una enfermedad conocida como falta de agallas.

Bevan dio un leve respingo. No notó que había dado un

respingo.

—Es una pena —dijo el hombre—. No por él. Sino por usted.

—No hay nada que yo pueda hacer.

—Sí que lo hay —dijo el hombre—. Claro que hay algo que puede hacer.

Cora no dijo palabra. Bevan pensó: se lo está metiendo en la cabeza, logrará venderle la idea. En fin, que la ha cogido en el momento justo.

—Creo que ha llegado el momento de que le dé ciertas cifras estadísticas. Tengo treinta y nueve años. Hace tres que estoy divorciado. A mi exmujer le paso cuatrocientos dólares mensuales en concepto de alimentos. Mejor dicho, como limosna, porque el tribunal no me obligó a nada. Le doy el dinero porque le tengo lástima. Está realmente muy mal. Es patológicamente incapaz de permanecerle fiel a ningún hombre. Cuando la descubrí; le partí la mandíbula. Siempre me supo mal haberlo hecho.

Se produjo una pausa, al cabo de la cual, Cora le preguntó:

—¿Tiene niños?

—Tres hijos de ocho, nueve y doce años. Están en una escuela militar. Por supuesto que yo tengo su custodia. Procuro verlos por lo menos una vez al mes. Son unos chicos estupendos y sacan muy buenas notas. Me gustaría verlos con más frecuencia, pero por motivos de trabajo tengo que viajar mucho.

—¿A qué se dedica?

—Soy ingeniero de minas. Preferentemente, de minas de cobre. Existe una gran demanda de cobre y me pagan bastante bien.

—No me interesan sus ingresos, señor Atkinson.

—Ya lo sé. Si creyera que le interesaban no le estaría hablando de ello. Gano unos cuarenta mil dólares al año.

Estupendo —pensó Bevan—. Es un buen salario. Y seguro que no lo malgasta. Lo sé por el tono de su voz. El tono de su voz me dice muchas cosas. Una voz gruesa y profunda de barítono que hace juego con esa nariz ligeramente achatada. De modo que en vez de frecuentar clubs nocturnos el tío se acuesta temprano todas las noches, y en vez de ir a las carreras se va de caza o de pesca. Y lee libros, claro está. Probablemente a Steinbeck y Melville, y tal vez a Walter Scott, aunque diría que quizá es demasiado sofisticado para Scott. Pero no es una afectación simulada. Al menos no posee las

filigranas que siempre te indican que si rascas un poco no sale nada. Este tío lleva muchas cosas debajo de la capa exterior.

¡Oye! ¿Qué estas haciendo? ¿Le aplaudes las gracias? No, me parece que lo que hago es aplaudirle a ella. Por eso estás analizando al candidato. Quieres estar seguro de que se lleve algo que valga la pena. Espero que responda a los requisitos, señor Atkinson. Espero que sea bueno con ella y la haga feliz. Es una buena chica y se merece un poco de felicidad, sobre todo si consideramos que ha tenido tan poca.

Me parece que esto se merece otro gintónico. Sería una buena idea llenar la piscina de ginebra y zambullirse en ella. Pero la ginebra no combina bien con esta disposición de ánimo. ¿Y qué te parece que puede combinar entonces? Lo de zambullirse está bien. Que sea una zambullida desde muy alto. Desde unos treinta metros hacia un fondo rocoso; un fondo rocoso y puntiagudo. La cuestión es que para ese tipo de acrobacias hacen falta agallas. Y como ha dicho el hombre, es justo lo que te falta, hermano. Como ha dicho él, se trata de una enfermedad conocida como falta de agallas. Pidamos una votación a mano alzada. Ganan los votos afirmativos.

Desde la mesa para dos le llegó el ruido de las sillas al rozar el suelo. Oyó pasos que se alejaban de la mesa. Bevan bajó la carta de licores y los vio salir juntos. Al traspasar la puerta que comunicaba el bar con el vestíbulo, vio el rostro de Cora de perfil. El hombre le hablaba y ella estaba ensimismada escuchándole con atención. Tenía los labios ligeramente separados y su expresión era pasiva y un tanto soñadora, como la de una niña. Entonces, dejó caer ligeramente los hombros, muy poco, aunque el gesto pareció mucho más marcado. Era casi como un gesto de rendición.

¿Estoy cediendo? —se preguntó Cora—. ¿Estoy de verdad cediendo y diciéndole que sí a este hombre? No lo sé. En estos momentos no estoy segura de nada. Ni siquiera sé dónde estamos, ni adónde me lleva. ¿Adónde me llevará?

Atravesaban el vestíbulo. Atkinson la condujo hacia la puerta lateral que daba a la zona de la piscina. Salieron; Cora pestañeó con fuerza bajo el reluciente sol caribeño. La zona de la piscina estaba atestada y le oyó decir.

—Alejémonos de esta multitud. Demos un paseo por el jardín.
Sin articular sonido, Cora inquirió: ¿Jardín? ¿Qué jardín?

—Tienen un jardín maravilloso —le dijo él—. Las flores son un espectáculo digno de ver.

Pero no quiero verlas —pensó Cora—. No quiero ir al jardín. Intentó decirlo en voz alta, pero era como si hubiera enmudecido. Lo único que podía hacer era caminar a su lado, cruzar el césped aterciopelado rumbo a un sendero de grava que bordeaba un parterre circular de arbustos y flores. Era un jardín espacioso, y parte de él se encontraba hundido; un tramo de escalones de piedra se internaba por el centro de una pendiente multicolor que brillaba como una colección de piedras preciosas. Era el jardín de rocas. Las rocas eran de color verde plateado, rosa plateado y amarillo ámbar, y las flores eran de tonos púrpura, azules oscuros, azules brillantes y naranjas brillantes. Algunas de las rocas más voluminosas estaban adornadas de laureles.

—... de aquí viene el nombre de este lugar —le decía él—. ¿Lo ve ahí? ¿El laurel en las rocas? —Por un momento, él se alejó de ella para poder mirar de cerca las plantas—. Sí, son laureles. Proviene del sur de Europa.

Pero Cora no lo oyó. En ese momento había perdido el equilibrio en las escaleras, y cuando iba a caer, él se volvió rápidamente y la sujetó. Le rodeó los brazos con sus gruesos dedos, y cuando la ayudó a incorporarse, ella se apoyó en él. Luego se irguió y él la soltó y se miraron. Cora sintió la presión de sus ojos quemándole en la cara. Era como un fuego incandescente que la invadía. Le hervía el cerebro y la sangre. Me estoy mareando —pensó—. Me siento muy mareada.

Pero no puede ser eso —se dijo—. Es por el sol, hace un calor terrible. Necesitaría una sombrilla. Sí, todo se solucionaría si tuviera una sombrilla, porque son los efectos del sol. Basta ya, por favor. Deja ya de mirarme así.

Bajaron juntos los escalones de piedra; entre ambos había una cierta distancia, pero era como si él la estuviese tocando. Era como si la tuviera en sus brazos, aferrándola con fuerza, mimándola, apretándola con sus gruesos dedos, amasándole la carne, derritiéndola. Cora oyó una voz que podría haber sido la de él, pero que ella sabía que no lo era; venía de muy lejos y le decía: «No te ensucies». Cora le contestó a aquella voz; tenía los nervios tensos, cargados de todo el desafío del que fue capaz, y le dijo: Déjame en

paz, déjame en paz. ¿No puedes dejarme en paz? ¿No lo comprendes? Lo quiero. Lo necesito. Sé cuánto lo necesito y he de conseguirlo. Pero no puedes tenerlo, le tienes miedo. ¿Pero por qué? ¿Por qué tienes tanto miedo? Porque es sucio, es vergonzoso y horrendo. Contamina, eso es lo que hace. Ni siquiera puedes hacerlo con el hombre cuyo anillo llevas. Por algún motivo...

Por algún motivo asqueroso, aterrador...

Se echó a temblar. Por un instante, su mente se convirtió en una lente enfocada en el tiempo y ella espiaba a través de un túnel muy largo cubierto por la oscuridad de los años, de todos los años. Está allá al fondo —pensó—. Algo ocurrió hace mucho tiempo. Me agarró y nunca me soltó. Son como unos dedos de uñas afiladas que se me clavan en el cerebro, que me sujetan los pensamientos y los retuercen impidiéndoles crecer. Sí, eso es lo que te ha hecho. Te ha impedido crecer. ¿Pero qué quiere decir, qué significaba? Sabes bien lo que significa. Significa que no eres mujer, que no eres mujer de verdad. Sino una niña asustada.

Pues no permitiré que me asuste —se dijo—. Tengo veintinueve años y soy razonablemente inteligente, al menos lo suficiente como para analizarlo en su justa perspectiva. ¿Pero qué es, pues?

Sea lo que fuere, no debe asustarme. Sin duda, no hay motivos para que tema a Atkinson. La verdad es que es un tanto brusco, y creo que debajo de esos modales de saludable *boy scout* esconde a un desagradable provocador. Por ejemplo, mira que pegarle a su mujer en la cara y romperle la mandíbula... No tenía por qué contártelo, pero daba la impresión de que disfrutara haciéndolo. De todos modos, estoy segura de que es más caballero que lo contrario, y que no habrá ningún problema. Comencemos por esa premisa, ¿de acuerdo?

Pero lo quiero —se dijo.

No, no lo dices en serio.

Sí, lo digo en serio. Quiero que me...

Basta ya —se dijo—. Acaba con esto de una vez.

De acuerdo, procuraré ponerle fin.

—Me gustaría tener una sombrilla —dijo Cora en voz alta.

—Es verdad, hace un calor que quema.

—Es sofocante —dijo Cora. Y con voz insegura, agregó—: ¿Por qué... por qué no volvemos?

—Hay una sombra ahí cerca —señaló en dirección a un grupo de árboles y arbustos—. Quizá encontremos un banco para que pueda descansar y refrescarse un poco.

Llegaron al pie de las escalinatas de piedra y se dirigieron hacia los árboles y arbustos. Un sendero estrecho atravesaba el espeso follaje y se internaba entre los árboles. Cora iba delante suyo y sentía su presencia muy cerca. Se decía que estaba muy cerca de ella, y que el sendero era demasiado estrecho y el follaje demasiado denso. Volvió a estremecerse. Se dijo que tenía que dejar de temblar y continuar andando; recorrió lentamente el sendero que serpenteaba entre los árboles hasta conducirla ante un pequeño estanque. Era muy pequeño y se encontraba entre los arbustos. Era un lago con peces de colores.

Lanzó un torturado grito y se echó a correr. Entonces se desmayó. Cuando él la levantó del suelo, Cora respiraba entrecortadamente y le decía:

—Sáqueme de aquí... sáqueme de aquí.

Un camarero se acercó a la mesa y le dijo a Bevan:

—¿Qué le sirvo, señor?

—Cualquier cosa. Lo que usted quiera.

—¿Algo con ron?

—Ron —murmuró Bevan, meditativo. Miró la cara oscura del camarero y le preguntó—: ¿Qué clase de ron?

—El mejor, señor. En nuestro establecimiento solo servimos el mejor.

—No quiero el mejor. Quiero el peor.

El camarero sonrió, paciente.

—El peor —repitió Bevan—. La marca cuya etiqueta pone: «Solo para fracasados incurables».

—Me temo que no servimos esa marca, señor.

—Claro que no sirven de esa marca en este local. Sus clientes son gente decente, sana, respetable. ¿Es así?

—Sí, es así.

—¿Lo ve? Eso me excluye, entonces.

Se puso de pie, le sonrió con amabilidad al camarero. Sacó la billetera y le entregó un billete de un dólar.

—Pero señor...

—Guárdeselo. Guárdeselo como recuerdo. Un regalo de

despedida.

—¿Quiere decir que deja el hotel?

—Con muchísimo gusto. —Le dio una afable palmadita en el hombro al camarero, salió del bar y cruzó el vestíbulo rumbo a la puerta principal que daba a la calle Harbour. Ante el portón exterior se encontraban agrupados unos cuantos taxistas, y, al acercarse Bevan, se apiñaron a su alrededor, hablando deprisa y señalando cada uno su respectivo coche, como si tuviera algo más que ofrecer que los demás. Se metió en el que le quedaba más a mano, y cuando el taxista estuvo ante el volante, le dijo:

—Vamos a

Winnie's

Place.

El taxista se giró y lo miró boquiabierto.

—Ya me ha oído —le dijo al conductor—. Le he dicho que vamos a

Winnie's

Place.

—Disculpe usted, señor capitán, pero... ¿está usted seguro...?

—Estoy muy seguro.

—Pero señor capitán...

—Oiga, ¿quiere hacer la carrera o no?

El taxista se volvió de cara al parabrisas y puso el motor en marcha.

8

EL TRÁFICO ERA CONSIDERABLE y el taxi avanzaba lentamente; el motor se ahogaba de vez en cuando al detenerse bruscamente en las intersecciones bloqueadas.

El taxista llevaba un viejo sombrero de fieltro, y la camisa mugrienta abotonada hasta el cuello; el traje raído era de cheviot grueso. Hacía más de treinta y cinco grados, pero al hombre parecía no afectarle la temperatura. La única señal visible de incomodidad la daba cuando, de tanto en tanto, volvía la cabeza para mirar a Bevan, que iba repantigado en el asiento trasero, con la cabeza echada hacia atrás; sus ojos semicerrados miraban al techo del coche y la boca esbozaba una leve sonrisa. Entre los dedos tenía un cigarrillo encendido, pero no lo fumaba. Lo sostenía ante su cara y las volutas de humo subían ante su sonrisa de Buda. Parecía un sahumero de incienso.

El taxista le echó otra mirada y le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien, señor capitán?

—Estupendamente —murmuró Bevan.

—¿Está seguro? Parece...

—No me diga lo que parezco. Ya sé lo que parezco.

—Si hay algo que pueda hacer por usted...

—Lléveme a

Winnie's

Place.

El taxista se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el volante, sin dejar de fruncir el ceño con aire perplejo; al cabo de un

rato volvió a preguntar:

—¿Tiene algún asunto que atender allí?

—¿Asunto? —La sonrisa se le borró de los labios—. Sí, supongo que se le puede llamar asunto.

—¿En esa casa? —El taxista manifestó su incredulidad de un modo ruidoso—. ¿En la calle Barry? Señor capitán, me resulta usted curioso.

—Es una cualidad mía —murmuró Bevan—. Voy por el mundo causando curiosidad a la gente.

El taxista le echó otra mirada.

—Será mejor que mire por dónde conduce —le sugirió Bevan mansamente—. O los dos acabaremos tragándonos el cristal del coche de delante.

Se detuvieron en una intersección. Delante había una larga fila de vehículos. El taxista se giró en el asiento, se encaró a Bevan e inquirió:

—¿Le importa si le hago una pregunta?

—En absoluto. —La sonrisa de Bevan era amable y amistosa—. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué va a

Winnie's

Place?

—Es una pregunta fácil. Voy a beber ron.

—¿Pero por qué ahí?

—Porque me gusta.

—¿El ron? Señor capitán, el ron es igual en todas partes. Se consigue ron en cualquier lugar. Yo quiero saber por qué prefiere el bar de Winnie.

—Tal vez sea el decorado —repuso Bevan encogiéndose de hombros.

—¿El qué?

—Nada. Olvídelo.

—La calle Barry es una zona mala. Muy mala, señor capitán. Tiene mala fama por los escándalos. No se la recomiendo a los turistas.

—No soy turista. De veras.

—¿Y qué es entonces?

—Soy el señor capitán. Capitán de un barco que anda por ahí

dando vueltas. Da vueltas y vueltas hasta perderse.

—No entiendo.

—Yo tampoco —repuso Bevan sonriéndole al taxista.

El jamaicano frunció el ceño y comentó:

—No es justo que bromeé conmigo.

—No es broma. Puede usted apostar la vida.

—Vea usted, señor capitán —dijo el taxista un poco más apaciguado—, le aviso por su propio bien. Vivo en esta ciudad de toda la vida y sé lo que pasa. Le digo con toda seriedad, que se arriesga mucho si va a la calle Barry. Si puedo convencerlo.

—Creo que no puede —lo interrumpió Bevan en voz baja.

—Escúcheme, señor capitán. Por favor, escúcheme...

—¿Quiere venderme una carrera más larga?

—Créame, señor capitán, no es eso. Solo trato de avisarle. Cuando esté en la calle Barry, encontrará toda clase de problemas.

Winnie's

Place es un local muy peligroso. Le daré un dato para que vea usted. Anoche asesinaron a un tipo en ese local.

—¿De veras?

—De veras, y fue muy tremendo. Lo encontraron en el callejón, fuera del bar. Le habían cortado el cogote.

—Qué pena —murmuró Bevan. Señaló hacia el parabrisas por el que se veía que el tránsito avanzaba—. Ya podemos continuar.

El taxista se giró y miró el volante. El coche dio una sacudida cuando el conductor soltó el embrague bruscamente. Dio otra sacudida en segunda, pero después, el taxista logró que marchase suavemente y por unos instantes se concentró en su tarea. Poco después, volvió a girar la cabeza y dijo:

—Más muerto que una piedra y con el cogote lleno de cortes. Una forma horrible de morir, ¿no le parece?

—Sí, el que lo hizo debería...

—Lo han agarrado —le informó el taxista.

—¿A quién? —inquirió Bevan poniéndose ligeramente rígido.

—Al hombre que lo hizo.

El taxi abandonó la calle Harbour y giró por Duke, en dirección norte, hacia Barry.

Bevan lanzó el cigarrillo a medio quemar por la ventanilla. Estaba sentado muy rígido en el borde del asiento. No decía nada.

—Lo agarraron esta mañana, señor capitán. Fueron a su casa y lo encontraron en la cama durmiendo. Me da qué pensar. No entiendo cómo un hombre puede dormir después de hacer algo así.

Bevan tenía las manos firmemente entrelazadas sobre el regazo. Se miró los pulgares.

—El tipo protestó, dijo que era inocente. Pero no es inocente. Tiene muy mala entraña desde hace mucho tiempo. Es un camorrista desde que era chico. Lo mandaron al correccional, pero no hubo quien lo corrigiera, salió más malo que nunca, por eso lo metieron en la cárcel. Una forma de tirar el dinero de los que pagamos impuestos. Fue muchas veces a la cárcel, y salía siempre más malo, con peor entraña que antes. Pero esta vez se ha pasado. Le pondrán la soga al cuello y ahí se le terminará todo.

—¿Están seguros de que cogieron al hombre correcto? —inquirió Bevan con un murmullo apenas audible.

—No hay ninguna duda. Las pruebas son muy claras. La víctima era su enemigo. Le debía dinero de unas apuestas y no le quería pagar.

—¿Y cuánto le debía?

—Dicen que una libra y dos chelines.

—Más o menos unos tres dólares.

—Tres dólares y ocho céntimos —aclaró el taxista.

—No es mucho.

—¿Le parece?

—De ahí a cortarle la garganta a alguien.

El taxista lanzó una seca carcajada.

—¿He dicho algo gracioso?

—Muy gracioso —repuso el taxista—. Capitán, usted no entiende la economía de esta isla.

—No me venga con economía. Cuénteme algo más del hombre que arrestaron.

—¿Por qué quiere saber más? —El taxista le lanzó una mirada por encima del hombro—. ¿A qué viene tanto interés?

Bevan no le contestó. Y en voz alta dijo más bien para sí:

—El móvil no es suficiente. Necesitan pruebas.

—Las tienen.

—¿Cómo lo sabe? —Bevan hablaba en voz más alta—. ¿Cómo es que está tan enterado?

—Estaba ahí cuando encerraron al tipo. Pasaba delante de la comisaría de policía, en la calle Queen, y vi a toda la gente amontonada. Había mucha gente y un follón de cuidado. Fue emocionante cuando el tipo hizo el intento.

—¿Qué intento?

—El tipo intentó escaparse.

—¿Y por qué? —Nuevamente fue como si Bevan hablara consigo mismo—. ¿Por qué haría una cosa así?

—Era su única oportunidad. Sabía que en el tribunal no tendría oportunidad.

—Pero si puede probar... —Entonces Bevan se dio cuenta de que no sabía cómo continuar.

—No puede probar nada —le dijo el taxista—. El tribunal es el que se encarga de probarlo todo. Lo primero que harán es decirle al jurado qué mala entraña es el tipo ese, y la larga lista de crímenes que cometió y las veces que estuvo en la cárcel. Llevarán testigos que relatarán cuántas veces amenazó a la víctima, y si me llaman a mí, les diré lo de aquella vez en que los oí discutir y que este tipo le dijo al muerto: «O me pagas lo que me debes o un día de estos tu mujer se queda viuda». Son las palabras exactas que le oí decir. Entonces el fiscal llevará a sus testigos, los que vieron el...

—¿Los que vieron que?

—El follón que tuvo lugar ayer noche en el local de Winnie. Hubo una pelea entre los clientes y lo rompieron todo; reventaron botellas, mesas, sillas, y muchos de los hombres están muy malheridos. Me lo contó un tipo que estuvo ahí. Dice que al hombre que después murió en el callejón lo mató este asesino, y que antes intentó reventarle los sesos con la pata de una mesa, y después le tiró una silla a la cabeza, y después sacó un cuchillo y se lo lanzó pero falló. Entonces, el asesino salió de Winnie's

Place y esperó en el callejón. Como verá usted, ya no tenía el cuchillo, necesitaba otro instrumento. Por eso usó una botella rota. Me contaron que la víctima murió porque le clavaron una botella rota en el cogote. Le encontraron pedazos de vidrio en la carne, por eso saben que fue con una botella rota. Claro que el asesino no quería que encontrasen la botella, porque se verían sus huellas, por eso suponen que la escondió en alguna parte. Las pruebas se las van

a dar los testigos. Hay muchos testigos y dirán lo que haga falta. El jurado tardará dos, quizá tres minutos en declararlo culpable, pero no más. Está hecho.

El taxi dejó la calle Duke para adentrarse en Barry, rumbo al este.

—¿Todavía quiere ir a

Winnie's

Place? —inquirió el conductor.

—Sí —respondió Bevan, decidido.

—Muy bien, señor capitán. Pero me da qué pensar. No entiendo por qué insiste en ir a ese local.

Bevan no le contestó. Pensaba: es fácil de entender. Es la antigua fábula del demonio asesino, arrastrado por una marea que no se sabe de dónde diablos viene, y que lo empuja a la escena del crimen.

9

LO SABÍAS DESDE SIEMPRE —pensó—. Sabías que volverías para verlo otra vez, para revivirlo. Se encontraba de pie, en el caluroso callejón bañado por el sol, delante de Winnie's

Place, mirando la tierra gris oscuro que aparecía a través del asfalto deshozado. Notó que no había cubos de basura ni latas ni desperdicios, y supo que lo habían limpiado todo durante la operación de registro realizada a primeras horas de la mañana, en busca del arma homicida. Pero no la necesitarán —se dijo.

Sin duda, no les hará falta. Como ha dicho el taxista, ya han establecido el móvil, y tienen testigos que señalarán el acusado y con eso bastará, eso acabará con él.

¿Y bien? ¿Entonces qué?

¿Qué vas a hacer tú? ¿Te quedarás ahí parado?

Lo único que puedes hacer es acudir a la policía a informarles de la verdad. Sí, creo que eso es lo que haremos.

Porque es lo correcto, ¿no? ¿Porque es lo justo? ¿O porque te interesa que te tengan por un tipo que respeta la ley?

No es eso. No es nada de eso.

Simplemente es porque no tienes nada que perder. No te importa un pimiento. Lo máximo que pueden hacerte es partirte el cogote con una cuerda, y sería una salida tan buena como cualquier otra. La cuestión es que, como has estado jugando con la idea de quitarte de en medio, si te cuelgan, te estarán ahorrando la molestia.

De acuerdo. De frente, ya. Veamos, nuestro amigo el taxista nos dio la dirección; dijo que la comisaría está en la calle Queen. Pues muy bien, ahora sigamos por la calle Barry hasta la primera intersección y giremos al norte, hacia Queen.

Pero no se movió.

¿Y a qué viene tanta demora? —se preguntó—. La verdad es que no hay prisa, al menos no vendrá de unas horas. Si quieres, puedes quedarte ahí parado y darle vueltas al asunto, hasta pelearse con él.

En definitiva, todo se reduce a un combate de boxeo. Estás sentado junto al cuadrilátero y los ves pelear. Con pantalón negro tenemos a Demonio Enmascarado, conocido también con el nombre de Alma Arruinada, que quiere acabar con todo. Con pantalón blanco, en muy malas condiciones y, sin duda, el que parte como perdedor, una acumulación de tejidos vivos que desea conservar la vida. El del pantalón blanco es un contrincante escurridizo. Esquiva los golpes como una anguila. Pero tarde o temprano perderá fuerza. Podría apostar. Digamos que siete contra uno.

O tal vez no. Hablemos en plata. Mejor todavía, dejémonos de payasadas y pongamos manos a la obra. La cuestión está bien clara, ¿vamos a ver a los gendarmes o no vamos a ver a los gendarmes? Supongamos que vas a verlos y les cuentas que has sido tú. Dirás que llevaba una cachiporra.

Y lo primero que te contestarán será lo que tú ya sabes, que no encontraron ninguna cachiporra. Lo cual nos conduce al señor Nathan Joyner. Te verás obligado a contarles el acuerdo al que llegaste con Joyner, aunque no creo que funcione. Estoy casi seguro de que no funcionará. Si citan a Joyner, no le sacarán prenda. Lo negará, y sería un idiota si no lo hiciera. Sería muy tonto si les diera pie para que lo acusaran de chantaje, y arriesgarse a que le caigan de dos a tres años, tal vez más. Creo que estamos de acuerdo en que no tiene sentido mencionar al amigo Nathan.

Por lo tanto, la cuestión de la cachiporra se convierte en un punto extraño. De acuerdo, dejemos ese punto por el momento. El próximo punto de la lista es la botella rota. Querrán saber qué hiciste con ella. Otra vez la respuesta es Nathan. Por lo tanto, no tenemos respuesta. Te quedarás ahí sentado, mirándolos con cara de estúpido.

A esta altura, en la habitación donde te estarán interrogando el

aire se volverá irrespirable. Te harán muchas preguntas y cuando intentes contestarles, no encontrarás palabras.

Pero no te meterán prisas. Serán muy considerados y amables. No eres un maleante al que han cazado. Eres un respetable ciudadano norteamericano, un turista de primera clase que se hospeda en el lujoso Hotel Laurel Rock. Eso elimina los tratamientos rudos. Sin embargo, preferiría el trato rudo a la amabilidad. Es la amabilidad la que te hace sentir ese lento ahogo. Tragas saliva, y uno de ellos saca un lápiz y apunta ese detalle.

Otro se inclina hacia adelante y coloca las manos planas sobre el escritorio y con una amabilidad increíble te pregunta por qué huiste.

Huyó usted de la escena del crimen, señor Bevan. Nos interesa saber por qué.

No... no resulta fácil explicarlo.

¿Qué quiere usted decir?

Sin respuesta.

¿Había estado bebiendo?

Sí.

¿Estaba borracho?

No estoy seguro.

¿Quiere decir que no lo recuerda?

Supongo que es eso.

¿Cómo regresó al hotel?

Andando.

Entonces no estaba borracho, señor Bevan. No estaba demasiado borracho como para saber adónde iba. Es evidente que fue capaz de tomar una decisión. Decidió huir de allí lo más rápidamente posible y regresar al hotel. ¿Es correcta mi suposición?

Sí.

Cuando llegó al Laurel Rock, ¿lo vieron entrar?

No.

Pero alguien tuvo que verlo. Siempre hay empleados en el vestíbulo. El recepcionista tiene una visión bien clara de la entrada principal. ¿O es que no utilizó usted la entrada principal?

¿Puedo tomar un poco de agua?

Claro que sí. Yo también beberé un poco. Hace mucho calor aquí, ¿no? Tendríamos que poner en marcha el ventilador. Pero lo

hemos enviado a reparar. En fin, así son las cosas. Dígame, señor Bevan, ¿qué entrada utilizó?

La lateral.

¿En qué piso está su habitación?

El tercero.

¿Lo vio alguien subir a su habitación?

No.

¿Ni siquiera al ascensorista?

No utilicé el ascensor.

¿Por qué no?

Sin respuesta.

¿Por qué utilizó la entrada lateral? ¿Por qué utilizó las escaleras en lugar del ascensor?

Sin respuesta.

Tal vez yo pueda darle la respuesta, señor Bevan. No quería que lo vieran. ¿No es así?

No sé que se propone.

Lleva usted un bonito traje, señor Bevan. ¿Es el mismo que llevaba anoche?

No.

¿Podría ver el traje que llevaba anoche? Quiero decir, si fuéramos al hotel, ¿me lo enseñaría?

Sin respuesta.

Se deshizo usted de este traje, ¿no es así? Estaba manchado de sangre y no veía usted la hora de deshacerse de él.

Se me estropeó. Estaba hecho un desastre y lo tiré...

También se deshizo de la botella rota. ¿Qué me dice de eso?

Sin respuesta.

Otra cosa, señor Bevan. Ha dicho usted que el hombre iba armado con una cachiporra. Cuando le dije que no había ninguna cachiporra, ni pruebas que indicaran que tenía dicha arma, no pudo usted darme una explicación. ¿Podría explicármelo ahora?

Sin respuesta.

¿Qué ocurre, señor Bevan? ¿Por qué no contesta a estas preguntas? Estoy seguro de que se sentiría mucho mejor si se sincerara y me dijera la verdad.

Está bien, se lo repetiré. Ese tipo intentaba robarme.

Y usted solo trató de defenderse. Lo cual hace que esto resulté

aún más extraño. Sostiene que lo que hizo fue totalmente justificable. Pero su comportamiento después del incidente no corrobora lo que usted sostiene. Perdóneme usted que sea tan directo pero cada uno de sus movimientos fueron los de un fugitivo.

Oiga, que nadie me arrastró hasta aquí. Mire que he venido por mi propia voluntad.

Y le estamos muy agradecidos, señor Bevan. Sin duda, es un punto a su favor. Por desgracia, no se sostiene durante mucho tiempo. Sino que se convierte en otro segmento que encaja en la configuración.

¿Qué configuración?

La de su estrategia.

No entiendo a qué se refiere.

Sí que lo entiende, señor Bevan. Sabe exactamente a qué me refiero.

Le he dicho que...

No me ha dicho la verdad. Al menos no toda la verdad. Aquí falta un elemento. Es más cuestión de móvil que de otra cosa. ¿Le importaría ayudarme a establecer ese aspecto?

Sin respuesta.

Muy bien, señor Bevan. Es todo por el momento.

Más tarde vuelven a intentarlo, pero por supuesto, tú no contestarás. No les leerás en voz alta lo que ves escrito en la valla que apareció en tus sueños, las palabras en enormes letras negras: «Salió a derramar sangre y la derramó, es todo». Es una aseveración simple que cualquiera puede entender; no requiere análisis ni teorizaciones, ni un estudio pormenorizado de mi cerebro. Estas cosas ocurren todos los días. No tienes más que coger cualquier periódico y las verás en primera plana. Hombre asesinado por agresor desconocido. Arrestan a un número de sospechosos y todos tienen una coartada excepto un pájaro con aspecto lamentable, al que le cuesta contestar las preguntas y, al final, se encoge de hombros y dice: «Vale, muchachos, me habéis pescado». Y cuando le preguntan si conocía a la víctima, dice que no, que jamás había visto al hombre. Entonces le preguntan por qué lo hizo y contesta que fue porque tenía ganas de cargarse a alguien, y que estaba de mala uva. Investigan sus antecedentes y averiguan que trabaja en un despacho donde el supervisor le hace la vida imposible, que hace

años que le hace la vida imposible, y que fue acumulando rabia, como un explosivo a la espera de que una chispa encienda la mecha. Recuerdo el caso de aquel otro hombre que empleó una almádena y que esperó detrás de un camión estacionado para cargarse al primero que pasara. En la sala del tribunal se descubrió que hacía veinte años que estaba enemistado a muerte con su suegro, y que el viejo era el que armaba el alboroto y asestaba todos los golpes, o mejor dicho, que le soltaba todas las pullas con la fuerza de una almádena. De modo que cuando decidió desquitarse, no podía ser con un martillo, ni con un trozo de tubo de plomo, tuvo que hacerlo con una herramienta que hubiera que sostener con ambas manos.

Pues bien, a ti te provocaron tanto que lo hiciste. Pero te morías de ganas de que te provocaran, y ahí está la cuestión, tío. Y de paso, ya que estamos, atribuyámoslo al hecho de que querías que rompiera la botella con la cachiporra, porque querías atravesarle la garganta con el vidrio roto.

¿Pero es un hecho? ¿Es realmente un hecho?

La respuesta es afirmativa o negativa, no hay términos medios. Y a estas alturas, hay una decisiva falta de motivos para que sea negativa, y existen muchas razones para que sea afirmativa. Y ahí lo tiene, señor investigador. Ese es el elemento perdido que quería que le proporcionase. Ahora que lo tiene, puede soltar al hombre que arrestaron esta mañana, y puede arrojarlo dentro de una celda sin temor de que haya reacción alguna por parte del consulado norteamericano. Dígales sencillamente que tiene al asesino bajo custodia y que le ha hecho una confesión que aclara la cuestión del móvil. Dígales que fue premeditado, en base al factor técnico del impulso por destruir. La intención queda indicada claramente por la causa de la muerte de la víctima; la botella rota iba dirigida a una parte vital; entró por la garganta y seccionó la vena yugular. ¿Alguna otra pregunta?

No, creo que no. A menos que sea la pregunta que surgió en primer lugar. Si está o no dispuesto y en condiciones de morir ahorcado.

¿Quiere que lo cuelguen?

No. La verdad es que no. Si me cuelgan, me perderé muchas borracheras. Y me encanta beber. Es el único gozo que existe, es

algo placentero que no me gustaría perder.

Lo que quiere decir es que desea seguir con vida.

Más o menos.

¿Entonces no irá a la calle Queen? ¿No se entregará?

Entraré en

Winnie's

Place y me tomaré una copa.

Un momento.

Lo siento amigo. Tengo prisa.

Pero escuche. El hombre que han arrestado es inocente. Sabe que es inocente. ¿Qué me dice de eso?

Ahora no puedo hablar con usted. Tengo una sed terrible.

¿No tratará de ayudar a ese hombre?

Déjeme en paz. Por el amor de Dios, déjeme en paz. Se movió rápida, convulsivamente. Bajó por el callejón hasta llegar a la puerta lateral de

Winnie's

Place, aferró el picaporte cual un náufrago que se agarra a una boya salvavidas. La puerta tenía los goznes flojos, y se produjo un estrepitoso crujido cuando la abrió de par en par. La dejó abierta; entró y tropezó con una caja arrugada de cartón, y volvió a tropezar con una silla volcada a la que le faltaban tres patas. Había varias sillas volcadas; la mayoría necesitaba reparación, y algunas de las mesas estaban en condiciones similares. En el suelo había muchos vidrios rotos y la barra estaba sumamente astillada. Se acercó a esta y al apoyarse cedió bajo su peso. Se desprendió una de las tablas del frente, que al caer, a punto estuvo de darle a un ratón apresurado que se escurría por debajo de la barra. Oyó un leve chillido, se giró y vio al ratón que huía atropelladamente por el suelo colmado de basura, esquivando graciosamente las piernas despatarradas de Winnie, que estaba sentada sobre una caja de herramientas, observando sombríamente la nada. Tenía los brazos colgando, como sin fuerza, y en una mano sostenía un destornillador. Los dedos de la otra mano sostenían con desgana y sin mucha eficacia un bote de pegamento. A sus pies había clavos y tornillos de varios tamaños, un par de alicates herrumbrados, y una pequeña sierra para cortar metal con la hoja deformada.

Mientras Bevan la observaba, la mujer lanzó un suspiro y soltó

el bote de pegamento. Este salió rodando por el suelo y el pegamento fluyó lenta y pegajosamente. Winnie se quedó mirando cómo se derramaba el pegamento, al tiempo que sus labios formaron gradualmente una sonrisa de contento. Cuidadosamente apuntó el destornillador hacia el chorro de pegamento, lo lanzó por encima de la cabeza y fue a caer sobre el charco denso y ambarino. Se miró las manos vacías, aplaudió como para producir un enfático sonido final y dijo:

—Se acabó.

—Póngame una copa —le pidió Bevan.

Winnie no levantó la cabeza para mirarlo. Fue como si no lo hubiese oído.

Nuevamente, habló en voz alta consigo misma:

—Las herramientas no sirven para nada cuando no se sabe usarlas.

—Eso tiene sentido —observó Bevan—. Pero no hará que consiga una copa. He venido a beber.

Winnie lo miró, luego fijó la mirada en un punto, más allá de Bevan y le preguntó:

—¿Tiene cerillas?

—¿Cerillas? ¿Para qué?

—Para quemar este sitio.

—¿Habla en serio?

—Deme las cerillas y se lo demuestro.

Bevan echó un vistazo a la habitación, con sus mesas y sillas destrozadas, con sus paredes llenas de zonas desconchadas en las que el yeso había cedido, mientras Winnie decía:

—Es la última vez que me destrozan el local. Lo de anoche fue el colmo.

—¿Es así como se siente?

—Sí, me siento exactamente así.

—Entonces los dos necesitamos un estimulante.

Winnie hizo caso omiso del comentario. Observaba ensimismada el pegamento derramado en el suelo.

—Fíjate qué lío. Fíjese lo que le han hecho a mi establecimiento.

—Vamos, tomemos ese estimulante. Abra una botella y emborrachémonos; montemos una juerga.

Winnie le sonrió. Era una sonrisa contemplativa, muy seca, un

tanto torcida.

—¿Quiere hacer de esta una ocasión alegre?

—Claro —repuso Bevan con una sonrisa—. Prepare las copas y empezaremos los festejos.

—¿Y qué celebraremos? —Hizo un lento ademán para indicar los muebles rotos, las paredes destrozadas y el suelo lleno de mugre—. ¿Tiene algún motivo para celebrar?

—Lo encontraré. Siempre encuentro motivos para celebrar.

Winnie se levantó de la caja de herramientas. Se acercó lentamente a la barra astillada, se colocó detrás, se agachó y salió con una botella sin abrir de ron. Después buscó unos vasos pero no logró encontrar ninguno que no estuviera roto. Salió de la habitación y regresó con una taza de latón y un vaso de los de agua. Bevan estaba ocupado abriendo la botella.

Una vez descorchada, sirvió ron en el vaso limpio y en la abollada taza de latón. Winnie tendió mecánicamente la mano hacia la taza y el turista norteamericano la apartó y le ofreció el vaso.

—Yo bebo en la taza —dijo Winnie—. Me está bien.

Pero no logró hacerse entender. Bevan no le prestaba atención. Se había llevado la taza a los labios y estaba bebiendo un largo trago de ron.

Winnie miró el vaso que tenía delante y no hizo ademán de cogerlo.

—¿Disfruta con la fiesta?

—Mucho —repuso Bevan, sonriéndole—. Es una gran fiesta.

—Sería mucho mejor si pudiera proporcionar algún entretenimiento.

—¿Como un programa de espectáculos, por ejemplo?

—Sí —repuso ella—. Con mucho ruido. Mucha actividad. Como el que vio anoche.

Bevan bebió otro trago de ron. No dijo palabra.

—Le recuerdo de anoche —le dijo Winnie—. Es el mismo hombre. El mismo turista de cara limpia y camisa limpia que vino a ver la exhibición.

—¿Exhibición?

—Sí, hombre. La exhibición cómica de la gente cómica. Espero que le gustara la actuación.

Bevan dejó de sonreír. Y en voz muy baja dijo:

—Llama usted al número equivocado.

Winnie se fijó en el dinero que Bevan había dejado sobre la barra y le dijo:

—Guárdese en el bolsillo. La botella es invitación mía.

—Usted manda, es la jefa.

Cogió los billetes, los guardó en la cartera y la metió en el bolsillo. Winnie le decía:

—Me llama usted jefa. Pero sabe que no soy la jefa. En el hotel donde está usted, me pondrían a fregar lavabos.

—Corte el rollo, mujer, que me estropea la fiesta.

—Tiene razón. No debería estropearle la fiesta. Debería hacer lo posible por montarle un jolgorio al turista. ¿Quiere que baile?

Salió de detrás de la barra y simuló una pose de baile. Bevan miró aquel cuerpo sin formas, que reflejaba todo el esfuerzo y el cansancio de cincuenta y tantos años pasados en los campos de azúcar y las fábricas de tabaco; observó los surcos endurecidos por el trabajo, tallados profundamente en la piel oscura. Su cara manchada y casi sin mentón estaba crispada con una sonrisa fingida de falsa alegría; Bevan se dio cuenta de que era una imitación de las «alegres y pintorescas nativas», tal como danzaban en las páginas de los folletos de las agencias de viajes.

—Al turista le gusta ver cómo se sacuden los hombros, y los pies haciendo el merengue, el beguine, el calipso; y a la nativa medio desnuda o completamente desnuda, como se supone que tiene que estar para complacer al forastero. Él hace palmas para que baile más rápido. Y más rápido. Y más rápido. Saca unas monedas del bolsillo y las tira al suelo. «Baila, nena», le grita, entonces ella baila con todas sus fuerzas, para darle gusto al turista de cara limpia. Ella necesita esas monedas, ¿sabe usted? En su casa, los niños están enfermos, necesitan medicinas. O en este caso particular, es su hermano menor el que se ha metido en líos y necesita un abogado.

Algo muy frío le dio a Bevan en los ojos. Y entonces ardió hasta la incandescencia, para tornarse frío otra vez.

—No hay dinero para abogados —la oyó decir—. Y aunque lo hubiera, sería dinero tirado. Porque ningún abogado puede salvarlo. Nada puede salvarlo.

Había abandonado la pose de baile. Arrastrando los pies, con los hombros caídos, se colocó otra vez detrás de la barra.

Levantó el vaso de ron y dijo:

—¿Brindará usted conmigo?

Bevan asintió. Fue un gesto lento, un tanto mecánico.

—Brindemos por mi hermano menor. Anoche le cortó el codo a un hombre, y lo mató. Fue en el callejón ahí fuera. Esta mañana la policía lo ha atrapado, por eso ahora bebemos a su salud y le deseamos un feliz viaje a la cárcel.

El ron jamás le llegó a la boca. El vaso se le cayó de la mano y el licor se derramó sobre la barra. Entonces, Winnie agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

10

BEVAN SE PREGUNTÓ qué podía decirle. No tenía demasiado sentido que dijera o hiciera nada. Si la consolaba con unos golpecitos en el hombro, ni se percataría, de manera que lo único que quedaba por hacer era servir más ron en la taza de latón, bebérselo, y luego beber un poco más.

La taza se llenó, se vació y se volvió a llenar. Así continuó durante un rato; el ron bajaba suavemente y sus vapores le subían flotando hasta el cerebro, formando un remolino que le hacía señas, que le decía que era muy agradable estar ahí abajo, lejos de todo. Sin embargo, mientras descendía hacia la niebla ambarina de la nada inducida por el ron, vio a Winnie levantar la cabeza y mirar más allá de donde él estaba, hacia las ruinas de su establecimiento.

Bevan la miró a los ojos, y supo que aquella mujer veía algo más que sillas, mesas destrozadas y paredes cascarilladas. Veía las ruinas de algo irreparable.

Entonces comprendió por qué había abandonado el bote de pegamento, el destornillador y las demás herramientas. El pegamento y las herramientas no tenían nada que ver con la madera astillada. No había que reflexionar demasiado para entenderlo. Lo comprendió al verle los ojos que le decían: «¿Qué sentido tiene? ¿Para qué tratar de arreglar algo que no tiene arreglo?».

Supo que se refería al hermano menor, e incluso antes de que lo dijera en voz alta, presintió los incontables esfuerzos que había realizado para corregir al niño díscolo que se convirtió en un joven

díscolo y después en un hombre díscolo.

Le decía:

—Ese Eustace me ha dado disgustos desde que éramos muy jóvenes y mis padres murieron. Quedamos Eustace y yo; hice lo que pude para cuidarlo. Traté de enseñarle el bien, pero ni caso. Salía a la calle y hacía travesuras. Más tarde empezó a robar y yo le daba en la cabeza con un palo. Le decía: «Llevas dentro al diablo, niño. Te lo sacaré a golpes. Le doy al diablo, no a ti». Pero Eustace tiene la cabeza muy dura. Se reía y decía: «Para el diablo hace falta un palo más grande. Algo grande para que lo sienta. Como un bate de criquet». Un día me llegó a casa con unas tortugas que robó en un puesto de pescado del mercado Coronation, y le di con un bate de criquet. Sí, señor, esa vez sí que le di plenamente. Acabó en el hospital, con conmoción cerebral, me dijeron. ¿Pero logró echar al demonio? No, señor, el demonio se le metió más adentro todavía. Eustace salió del hospital más malo que nunca.

»Y llegó un buen día en que robó más de la cuenta y lo cogieron. Lo metieron en un correccional. Y eso lo volvió peor. Llevaba en libertad menos de una semana cuando volvieron a llevárselo. Y volvió a salir, y volvieron a encerrarlo. Salió, volvieron a llevárselo, y así. ¿Y qué había que hacer entonces? Es una pregunta que me hago muchas noches en la cama, cuando lloro sobre la almohada, porque aunque es malo, sigue siendo mi hermano y el diablo se lo está comiendo.

»Cuando cumplió diecinueve años, se le había pasado la edad para el correccional de menores, y cuando lo agarraron robando en los muelles, lo mandaron a la cárcel. Entonces yo me dije, a lo mejor esta vez aprende. Pero en la cárcel lo único que hizo fue aprender más trucos y perversidades. En la cárcel, el arte de hacer el mal tiene muchos profesores, y los alumnos tienen muchas ganas de que les enseñen. Tenía veintitrés cuando salió, y veinticuatro cuando volvieron a encerrarlo. La siguiente vez que lo soltaron ya tenía veintinueve y volvió a ir a la cárcel a los treinta y uno. Una vez, con un dinero que me había ahorrado trabajando en la fábrica de tabaco, lo fui a visitar a la cárcel y le dije: Pronto tendré dinero como para poner un negocio, me pagaré la licencia y venderé bebidas. Cuando te suelten, te vendrás a trabajar conmigo. Y Eustace me dijo: Es una buena idea, Winnie. Me gusta mucho. Tú y

yo juntos en el negocio, venderemos mucho ron y haremos mucho dinero. Me compraré ropa bonita y seré un hombre respetable. Cuando cumplió los treinta y seis, lo soltaron y conseguí la licencia para vender bebidas alcohólicas. La primera noche que abrimos el local, mi hermano Eustace salió con dos hombres y atracaron una tienda.

Bevan cogió la botella y el vaso de agua. Llenó de ron el vaso y se lo ofreció a Winnie. La mujer negó con la cabeza, pero él asintió invitándola a que lo cogiera. Winnie tomó el vaso y se bebió el ron de un solo trago, manteniendo la copa apretada contra los labios y la cabeza bien echada hacia atrás. Se quedó mirando el vaso vacío cuando se lo tendió lentamente a Bevan para que volviera a llenárselo.

Bevan se lo llenó y llenó también la taza de latón. Ya se habían bebido las tres cuartas partes de la botella. Durante un rato continuaron bebiendo sin decirse nada. Terminaron la botella y abrieron otra. Bevan dijo que pagaría la segunda botella. Winnie le contestó que no, ella pagaría todo lo que bebieran. Bevan insistió en pagar y se pusieron a discutir; sus voces beodas se mezclaron en un torbellino de frases incoherentes que daba vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte. Finalmente, ella cedió, y Bevan puso el dinero sobre la barra. Se sonrieron y luego se dedicaron diligentemente a dar cuenta de la segunda botella.

Gradualmente, la sonrisa se fue borrando del rostro de Winnie. El ron no logró fijársele en la cara, y se puso a hablar otra vez de su hermano.

—La última vez que salió de la cárcel fue hace dos años. Y me dijo: Winnie, he aprendido la lección. Hago una promesa solemne. Yo lo miré y le dije: Me has dicho lo mismo tantas veces que estoy harta de oírlo. Pero él me contestó muy serio: Te lo probaré, Winnie. Ya verás. Y cuando le dije que trajera la ropa aquí, se negó y con mucha formalidad me dijo: Gracias, hermana. Pero no puedo aceptar tu generosidad. Siempre eres tú la que me das, la que se sacrifica por un hermano inservible. Pero en el fondo del corazón soy hombre y ya es hora de que lo demuestre. Y me quedé mirándolo, cuando se dio la vuelta y se fue, caminando muy derecho con la cabeza bien alta.

»Al día siguiente consiguió trabajo en un garaje. Y yo me dije

que a lo mejor era una buena señal. Pasaron los meses y las semanas y él siguió trabajando en el mismo sitio. Por las tardes, pasaba delante del garaje y lo veía trabajar más que ningún otro. Mientras tanto consiguió una mujer con la que vivir, una mujer limpia y bonita, y me la trajo para que le diera mi aprobación. De vez en cuando ella viene a visitarme, y me dice que está muy contenta con Eustace, que es amable y que la trata con cortesía y respeto. Que no sale de noche y que se acuesta temprano, y por el brillo de sus ojos sé que está contenta con su hombre.

»El año pasado tuvieron un niño. Y este año, gemelas. En el garaje, Eustace consiguió un aumento de sueldo y se mudaron a unas habitaciones más grandes. Están tan contentos ellos dos y con los niños que por la noche, cuando rezo, le doy gracias al Señor.

»Pero no podía durar. Debí saber que no podía durar. El garaje cerró y Eustace se quedó sin faena. Es una mala época y no encuentra trabajo. Le dije que viniera a trabajar aquí, que necesito ayuda. Y me dijo: ¿Ayudarte con qué? ¿Dónde están los clientes? La respuesta es que no hay clientes, ¿sabe usted?, porque hay mucho paro en Kingston. Y tampoco hay barcos en el puerto. Y cuando pasa eso, hay que pensar mucho y planificar las cosas. Cuando el estómago se vacía uno tiene que usar el cerebro.

»Eustace utilizó el cerebro para apostar. Cogió las pocas monedas que tenía y salió de noche a jugar a los dados y a las cartas. Ganó muchas veces y perdió muy pocas. Ganaba porque es listo con los dados y las cartas. Pero no es tramposo. De tramposo no tiene un pelo. Ganó el dinero honestamente para alimentar a su mujer y a sus hijos. Así y todo, lo que hizo ayer noche no tiene perdón. Intento buscar una excusa y no la encuentro. En el callejón se abalanzó sobre el hombre y le quitó la vida. ¿Y por qué motivo?

»Por una deuda de juego. El hombre le debía dinero y no quería pagarle. La suma sube a un total de una libra y dos chelines.

Bevan estaba sirviendo más ron en la taza de latón y en el vaso de agua.

—Una libra y dos chelines —repitió Winnie.

Se bebió el contenido del vaso de un trago. Estaba llena de ron; la bebida le pegó fuerte, por eso empezó a reír.

—Un pedazo de papel y dos monedas —dijo Winnie, riendo a carcajadas, torturadamente.

—No fue así —dijo Bevan.

Pero Winnie no lo oyó. Sus risas ahogaron aquellas palabras.

—He dicho que no fue así.

No lo entendió; sus carcajadas eran estruendosas.

—Vamos a anunciar la lista de víctimas —decía Winnie—. El hombre que murió en el callejón tenía una mujer y cinco niños pequeños. Agreguemos a ese número las cuatro personas de la familia del hombre que morirá por haberlo hecho. Seis y cuatro son...

—Escúcheme, señora. Escúcheme...

—¿... son nueve? No, son diez. Sí, señor. Son diez víctimas. Ocho niños y dos mujeres. Y cuando visiten las tumbas de sus padres...

—Pero escúcheme...

—... mirarán las tumbas y recordarán por qué ocurrió. Por una deuda de juego de una libra y dos chelines.

Y volvió a reír más ruidosamente. Se ahogaba con la risa. Pero de repente dejó de reírse y lo miró. Notó que tenía los ojos fijos en la puerta abierta.

Volvió la cabeza para ver qué había en el portal. No había nada, solo la luz del sol; unas cintas sesgadas de amarillo brillante con millones de partículas de polvo flotando hacia abajo a través de la ráfaga luminosa. Entonces volvió a mirarlo a la cara; observó sus ojos fijos en el portal, como si viera algo entrar lentamente, dirigiéndose hacia él.

Bevan dio un paso atrás, luego otro, y otro más.

Pero eso fue todo. Porque no había manera de huir de aquello. Se quedó esperando; sus labios se curvaron gradualmente en una sonrisa torcida; sus ojos vidriosos por el ron decían, ahora ya estoy dispuesto.

Movió ligeramente un brazo, como si una mano lo hubiera aferrado por la muñeca y lo condujera hacia la puerta. Iba hacia la puerta y Winnie le decía:

—¿Qué le pasa, hombre? ¿Por qué se va?

—Se acabó la fiesta —dijo Bevan.

Boquiabierta, Winnie se quedó mirando cómo salía.

11

BEVAN CAMINÓ recto callejón abajo hacia la calle Barry, giró por Barry continuó hasta la primera intersección que le permitiera girar hacia el norte, rumbo a la calle Queen. Esta última arteria estaba llena de gente y Bevan se vio obstaculizado por grupos de personas que hablaban y reían, o estaban ocupadas con diversas transacciones que consistían, en su mayor parte, en discusiones ruidosas y vigorosos gestos de negación. Pero no vio ni oyó nada. Pasó a través de estos grupos como en trance. Al verlo venir, la gente se daba cuenta de su estado y se apartaba para dejarle paso; lo miraban al pasar y luego se miraban entre sí en medio del repentino silencio inducido por el asombro y el pasmo.

—Va como un sonámbulo —dijo uno.

—O como hipnotizado —comentó otro—. Parece hipnotizado.

—Os equivocáis —dijo un tercero—. Ese tipo ha bebido demasiado.

—Pero fíjate qué derecho camina —dijo el primero—. Camina demasiado derecho para estar borracho.

—Insisto, ese hombre está borracho —dijo el otro—. No sabe adónde va. Te apuesto algo...

—Perderías —dijo el primero—. Ese tipo sabe muy bien adónde va.

Se quedaron allí mirando al turista bien vestido, que había cruzado a la otra acera de la calle Queen y se dirigía hacia la entrada de la comisaría.

Se lo contó a tres policías de piel oscura, abordándolos donde

estaban, justo después de la entrada. Lo escucharon impasibles, y uno de ellos le dijo:

—Acompáñeme, señor —y lo condujo por la antesala hasta un escritorio ante el cual se encontraba sentado, de brazos cruzados, un sargento muy gordo, mientras miraba con aire furibundo a dos mujeres huesudas que llevaban los labios muy pintados y la cara llena de colorete y polvos. La piel del sargento era negra como el carbón, pero reflejaba un tono bermellón, un brillo sulfuroso que se debía más bien al calor de la rabia que al atmosférico.

—La última vez os solté con una advertencia. Pero esta vez... —decía el sargento a las mujeres.

El policía lo interrumpió, se acercó al sargento y le susurró al oído. El sargento abrió lentamente la boca hasta dejarla desmesuradamente abierta y así la mantuvo mientras el policía continuaba susurrándole al oído. Una enorme mosca de alas azuladas se posó sobre la nariz del sargento, pero no hizo ademán de espantarla. Finalmente, el policía dio un paso atrás y esperó un comentario. No hubo ninguno. El sargento se quedó sentado y dejó que la mosca permaneciera sobre su nariz, mientras miraba boquiabierto al turista norteamericano que estaba de pie y sonreía.

Entonces la mosca se marchó. Voló describiendo amplios círculos por encima de la cabeza del sargento. Bevan se quedó mirándola y con la sonrisa fue como si le preguntara: ¿Qué tal se está allá arriba? Y como si la mosca le contestara: Fenomenal, siempre y cuando tengas alas. A Bevan se le borró la sonrisa por un momento. Pero la recuperó cuando una de las mujeres huesudas olvidó dónde se encontraba y le hizo un guiño. Él le correspondió con otro. La mujer le sonrió, invitadora, e intentó menear sus huesudas caderas, pero el policía se le acercó y se cernió por encima suyo señalándole la frente con un dedo que más bien parecía una aguja. Volvió a colocar la cadera en su sitio, se encogió ligeramente de hombros como queriendo decir que la ley había ganado la vuelta y que renunciaba a su cliente. El sargento le hizo un gesto al policía y este con sus manazas aferró por las muñecas a las mujeres y se las llevó. Entonces, el sargento le dijo a Bevan:

—No puedo creer lo que me ha dicho el agente. ¿Podría aclarármelo?

Y se lo contó al sargento. El sargento sacó un pañuelo y se secó

la cara sudorosa al tiempo que se levantaba del escritorio.

—Por aquí, acompáñeme —le dijo a Bevan y lo condujo hacia un pasillo. Recorrieron el pasillo hasta una puerta en la que un letrero ponía «Tenientes».

Se lo contó a un teniente y al cabo de un rato a varios más. No supieron qué hacer, por lo que decidieron que aquello requería la intervención de un capitán. Lo acompañaron a la oficina de este que, a su vez, llamó a otro capitán. Los capitanes discutieron en voz baja y finalmente acordaron que no podían manejar el asunto y que lo único que les quedaba por hacer era acudir al inspector.

El inspector se llamaba Archinroy; era el producto de una mezcla de razas ocurrida hacía varias generaciones. Tenía la piel de un amarillo grisáceo; parte de la tonalidad amarilla era consecuencia de un problema hepático, pero en su mayoría se debía al hecho de que su tatarabuela había nacido en Sumatra y se había casado con el heredero británico de una plantación de caucho. Como consecuencia del matrimonio, el heredero fue desheredado, cosa que no le importó demasiado. Poco a poco perdió su acento de Oxford y desarrolló un cierto gusto por el arroz y el pescado desecado. Tuvieron siete hijos y uno de ellos fue a África, donde se casó con una muchacha nigeriana que le dio tres hijos negros, uno de los cuales resultó ser un muchacho ambicioso que viajó a Inglaterra, estudió derecho y se casó con una mulata proveniente de Honduras Británica. Tuvieron un único hijo que también quiso ser abogado, pero en la guerra fue herido durante la primera batalla del Marne. Meses más tarde su joven viuda dio a luz a un niño pequeñajo, de ojos ligeramente achinados y piel de un amarillo grisáceo.

El inspector Archinroy conservó los ojos ligeramente achinados a través de los años en que se crio en la zona del Limehouse londinense; allí fue donde por primera vez lo metieron en la cárcel por un robo de poca cuantía; como consecuencia de aquella experiencia, se estrecharon aún más al aprender todos los trucos. Más tarde, cuando decidió hacerse policía, sus excolegas intentaron acabar con él, pero sus ojos achinados eran a la vez telescópicos y microscópicos, permitiéndole ver a través de cada uno de sus movimientos. Astutamente, los engañó a diestro y siniestro y alcanzó una cierta reputación por las detenciones logradas y por

hacer que las acusaciones se mantuvieran en pie. Obviamente, lo ascendieron y lo volvieron a ascender, y los ascensos continuaron a lo largo de los catorce años que pasó en New Scotland Yard. Finalmente, la necesidad de oficiales de alta graduación para reforzar la ley en ciertas colonias de la corona en las que la actividad criminal se había desbocado, acabó apartándolo de New Scotland Yard. Generalmente se trataba de homicidios, y la especialidad de Archinroy era el interrogatorio de sospechosos, jugaba con ellos como si se tratara de una partida de billar, los engañaba haciéndoles creer que ganaban puntos con sus respuestas, para después, casi acariciándolos, lanzarles una pregunta que tiraba por tierra sus coartadas y los enviaba a la horca o a la cárcel, donde permanecían por el resto de sus vidas. En eso consistió su trabajo en Georgetown, Guayana Británica, y en San Fernando, en Trinidad, donde periódicamente se producían brotes de homicidios, como una epidemia. Pasó once años en Trinidad, y luego lo trasladaron a Kingston, en Jamaica. Las autoridades consideraron que su talento especial hacía mucha falta en Kingston. La policía efectuaba detenciones pero no lograba la condena de los detenidos, y la situación requería de alguien que pudiera obtener confesiones rápidas para que los periódicos anunciaran la fecha de los ahorcamientos, haciendo saber de ese modo a los kingstonianos que ya no era fácil cometer un homicidio sin ser castigados. Por aquella época se producían gran cantidad de homicidios en Kingston.

Llevaba ya seis años en esa ciudad. Tenía cincuenta y seis y podía haber dado la impresión de tener por lo menos diez más, considerando el tipo de trabajo que hacía, pero en realidad parecía tener veinte menos. Las únicas arrugas que surcaban su cara eran las de unas cuantas cicatrices. Dos de ellas eran de cuchillo y la otra de las uñas de una mujer que había ahogado a sus hijos y que había enloquecido durante el interrogatorio. Trances como aquel deberían haberle dejado unas cuantas canas, o hacerle caer el cabello. Pero no tenía ni una sola cana y conservaba toda la cabellera, peinada con raya en medio, aplastada sobre las sienes y ligeramente untada con brillantina para que resaltara el color negro. Lo mismo podía decirse de sus zapatos. Nunca brillaban en demasía. Daba la impresión de que sabía exactamente cuándo dejar de frotarlos. Lo mismo ocurría con sus comidas y el tabaco, el grado de moderación

jamás cambiaba. Era como si utilizara un dispositivo de medición invisible que le indicara exactamente cuándo y dónde detenerse.

Solo tenía cincuenta y seis años y pesaba unos sesenta y cinco kilos, pero no parecía menudo sentado ante el escritorio, mientras sus ojos achinados despedían un brillo amarillo que parecía rodearlo y agrandarlo, haciéndolo aparecer más alto de un metro sesenta y cinco y más pesado que sus sesenta y cinco kilos.

—¿Eso es todo? —le preguntó a Bevan.

—Sí.

—¿Está seguro?

—¿Para qué quiere que le diga más? Le he dicho todo lo que necesita —repuso Bevan encogiéndose de hombros.

—Probablemente —murmuró Archinroy. Entonces, hizo algo que podía considerarse como un gesto negativo o un gesto sin sentido alguno o bien un intento de ajustar los mecanismos de su mente. Se colocó las manos bien planas sobre la cabeza y apretó con fuerza.

Estaban solos en la habitación. Era un despacho pequeño, amueblado con unas cuantas sillas colocadas frente al escritorio, un par de archivadores, un ventilador eléctrico de pie que giraba muy deprisa, pero apenas producía ruido. Era un ventilador muy bueno y refrescaba la habitación en la justa medida. Tal vez no sea el ventilador —pensó Bevan—. Tal vez el frescor provenga del inspector.

Es un tipo frío ese inspector. En fin, se supone que han de serlo. Es una característica de su oficio. Pero este tipo es como un pepino, un modelo perfecto para un anuncio de trajes de tela ligera. ¿Y las glándulas sudoríparas? ¿Es que no tiene glándulas sudoríparas? Los demás estaban muy sudados, los capitanes, los tenientes, sobre todo el sargento gordo. ¡Vaya si los he hecho sudar! Apuesto a que nunca habían oído nada igual. Este también tendría que estar sudando. Aquí es el capo y le corresponde tomar una decisión, pero fíjate qué frialdad la suya. Salvo por la forma en que aprieta la cabeza con las manos: es como si tuviera migraña o algo por el estilo. Sin embargo, en la cara ni señales, no se le mueve ni un pelo, no se le ve nada. Es como si estuviera solo, durmiendo la siesta con los ojos abiertos.

Pero entonces, Archinroy salió del trance o lo que fuese. Bajó las manos y las puso sobre el escritorio; sus dedos jugaron

ligeramente sobre el papel secante. Así estuvo durante unos instantes, observando el juego de sus dedos, como si ensayara una pieza para ejecutarla al piano. Finalmente, miró a Bevan y le sugirió:

—Intentémoslo otra vez.

—¿Quiere decir que quiere que cambie mi versión?

—No, a menos que haga falta.

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez sea preciso cambiarla —repuso Archinroy—. Si se lo piensa...

—No tengo nada que pensar. Le he dicho lo que ha pasado, cómo ha ocurrido y por qué. Le he hecho a usted una confesión completa si quiere que se la ponga por escrito y se la firme, lo haré encantado.

—¿Y por qué?

Bevan dio un respingo. Después sonrió aviesamente al inspector, y le preguntó:

—¿Me está usted provocando?

—Tal vez —murmuró Archinroy—. Depende cómo se lo tome.

—No me preocupa. —Su sonrisa fue más allá del inspector. No se dirigía a él cuando dijo—: Nada me preocupa. Estoy hecho a prueba de preocupaciones.

—¿Cómo ha dicho?

—Que estoy hecho a prueba de preocupaciones —respondió Bevan. Y mirando al inspector, agregó—: Es algo nuevo en el mercado. Se trata de un tratamiento especial al que uno se somete en casa. Es muy fácil de tomar una vez que se le coge el tranquillo. Nada del otro mundo.

—Puede que algún día lo pruebe —comentó Archinroy. Sus dedos volvieron a pulsar las teclas del piano invisible. Sin apartar la vista del papel secante, agregó—: Quiero que repita su confesión.

—De acuerdo —dijo Bevan—. Pero me gustaría que hubiese un magnetófono. Me estoy cansando de tantos bises.

Archinroy se reclinó en el respaldo de la silla.

—¿Listo? —le preguntó.

—Para lo que mande —repuso Bevan. Y volvió a mirar más allá del inspector, como si le hablara a un público—. Me hospedo en el Hotel Laurel Rock. Ayer por la tarde salí a dar un paseo. Pero no

para contemplar el paisaje, ni para hacer ejercicio. Fue más bien como si estuviera cumpliendo con una tarea que me hubiesen asignado, aunque no estaba muy seguro de adónde me dirigía. No sé cuánto caminé ni adónde fui, aunque recuerdo que giré muchas esquinas y que la caminata fue muy larga.

»Entonces, cuando oscureció, me encontré en la calle Barry, y entré en un establecimiento llamado

Winnie's

Place. Me senté a una mesa y tomé un poco de ron. Era de muy buena calidad y pedí más copas. Y muchas más. Me lo estaba pasando en grande allí sentado, bebiendo ron, cuando entre los demás parroquianos se produjo un cierto desacuerdo y comenzaron a pegarse y a lanzar cosas. Yo quería más ron, pero había tanta actividad y, como nadie venía a servirme, decidí salir de allí e irme a otra parte donde me sirvieran más ron. Pero en realidad no era ron lo que quería.

»En realidad, lo que quería era ver sangre.

Lo estaba repitiendo casi palabra por palabra, tal como se lo había contado al sargento, a los tenientes y a los capitanes, y como se lo había contado anteriormente al inspector.

—Quería ver sangre —prosiguió Bevan—. Quería verla derramada y esperaba una ocasión de darle a algo. Entonces, en el callejón que hay al salir de

Winnie's

Place oí aquel ruido y cuando me di la vuelta, ahí estaba él. Cogí una botella del suelo e intenté darle. La botella se rompió y supongo que ya se imaginará qué pasa cuando se tiene una botella rota en la mano y se está de tan malhumor como para utilizarla y ver cómo sale la sangre. Uno está a malas con el universo por una serie de motivos y tiene que desquitarse con algo vivo. Se lo explico de este modo porque quiero que sepa que yo sabía perfectamente lo que estaba haciendo cuando le hundi la botella rota en el cuello.

—¿Y entonces, qué pasó? —murmuró el inspector.

—Entonces me di a la fuga —repuso Bevan. Se encogió de hombros y agregó—: Hoy me he puesto a pensar sobre lo ocurrido, y he vuelto al

Winnie's

Place para echarle otro vistazo al callejón. Ya sabe usted cómo son

las cosas, la rutina de siempre, siempre se vuelve al lugar de la fiesta. Total que he acabado compartiendo una botella con Winnie y ella me ha contado que han arrestado ustedes a su hermano.

—¿Y ha venido aquí por ese motivo? ¿Para proteger al hermano de Winnie?

—He venido a contarle la verdad.

—Entonces cuéntemela. —Los ojos entrecerrados del inspector se entrecerraron todavía más—. ¿Qué pasó en realidad?

—Dejémoslo tal como está. No intente tergiversarlo, no hay manera.

—Supongo que no —admitió Archinroy en voz alta, como hablando consigo mismo. Y dirigiéndose a Bevan, le dijo—: Cree de verdad en lo que dice. Si intentara contradecirlo, sería como hablarle a la pared. Está usted ahí sentado, pero en realidad es como si no estuviera. No tiene sentido que le haga más preguntas.

—¿Por qué no? Estoy dispuesto a contestarlas.

Archinroy sonrió. Era una sonrisa amable, con un deje de piedad.

—De acuerdo, sometamos su confesión a una serie de pruebas. Veamos si logramos asentarla sobre una base sólida. Para empezar, ¿qué ocurrió con la botella rota?

Bevan no contestó.

Archinroy se reclinó en el respaldo de la silla y esperó.

Bevan le sonrió y luego apuntó la sonrisa hacia el suelo.

El inspector continuó sonriendo amable y piadosamente. Sin apartar la mirada del papel secante, le dijo:

—Veamos una cosa, señor Bevan. ¿Se ha sometido alguna vez a tratamiento?

—¿Tratamiento para qué?

—Para el desequilibrio emocional.

Bevan parpadeó varias veces.

—Bueno... —Con los dedos se frotó la frente con fuerza. Bueno, sí. He ido a un neurólogo.

—¿Y qué le diagnosticó?

—Pues que... al diablo con su diagnóstico.

—En Kingston tenemos muy buenos neurólogos —le dijo Archinroy sin dejar de mirar el papel secante—. Le puedo recomendar a...

—Ahórrese el esfuerzo. —Bevan notó que la mueca enfermiza le volvía al rostro y que nada podía hacer para impedirlo. Con los dientes apretados dijo—: No se haga el gracioso conmigo. Hágame preguntas, pero no se haga el gracioso conmigo.

—Ya no hay más preguntas —dijo el inspector en voz baja.

—Entonces coja el teléfono y dígales que entren. Dígales que me pongan las esposas y que me encierren.

—Le gustaría que lo hiciese, ¿verdad? —inquirió Archinroy con una sonrisa un poco más amplia.

Bevan no contestó.

—Le gustaría muchísimo —dijo Archinroy—. Pero me temo que no podré darle el gusto.

—Escúcheme...

—No acepto su confesión —le interrumpió Archinroy.

Bevan volvió a parpadear. La mueca enfermiza se hizo más profunda. Oyó un gemido y se preguntó si habría salido de su propia garganta.

—¿Quiere irse ahora? —le preguntó el inspector.

Bevan se quedó mirando fijamente el escritorio. Vio el papel secante de color verde y notó que sobre la mesa no había ningún papel, solo el tintero y la pluma prolijamente colocada a un lado.

Ni siquiera se ha molestado en tomar nota.

—Porque no me ha dado usted nada que pueda utilizar en su contra. —El inspector le hablaba en voz baja, con amabilidad—. Tengo por norma tomar notas, pero solo cuando oigo algo que viene al caso, algo que tenga sentido al llegar al tribunal.

—Gracias —dijo Bevan—. Muchas gracias.

Archinroy permaneció callado durante unos instantes. Intentaba encontrar las palabras exactas, que no fueran demasiado crueles, que no golpearan con demasiada fuerza. Finalmente, dijo:

—Es usted un hombre perturbado. Sumamente perturbado y, sin duda, no es responsable de lo que dice. Se trata de un estado nervioso conocido como...

—Todos quieren ser médicos —le interrumpió Bevan.

—Le decía que...

—No me decía nada —volvió a interrumpirlo Bevan—. Mi estado nervioso. ¿Qué sabe usted de mi estado nervioso?

Archinroy cogió la pluma y jugueteó con ella.

—Me he encontrado con muchos casos parecidos. Al fin y al cabo, hace mucho tiempo que trabajo en este campo. Treinta y seis años, para ser exacto.

—Tal vez esté agotado y necesite un descanso.

—Lo dudo mucho —dijo el inspector—. A mi metabolismo no le pasa nada malo. El único problema que tengo es una dolencia hepática, producida por una herida de bala que no cicatrizó correctamente. Pero estoy seguro que no me ha afectado la azotea. —Se dio un golpecito en la sien—. Estoy seguro de que los mecanismos están enteros y en condición de tomar decisiones. En este caso no es una venta a precios especiales.

—Pero he sido yo. Le digo que yo lo hice.

—Lo único que ha hecho usted es beber demasiado. Anoche tragó demasiado y hoy ha estado bebiendo otra vez. Ya sabe usted que eso nunca ayuda. Lo que hace falta es un especialista de primera que lo someta a una buena terapia que le impida al menos presentarse en las comisarías a hacer declaraciones irracionales.

Y allí concluyó todo. El inspector le hizo un ademán amable pero no por eso menos decidido indicándole que se marchara.

Bevan se levantó de la silla. Quiso decir algo pero no logró encontrar las palabras. Salió de la habitación sacudiendo lentamente la cabeza.

El inspector Archinroy abrió el cajón del escritorio y sacó unos papeles relacionados con un caso en el que estaba implicada una curandera de Obeah, una vieja cuya brujería, fingida o genuina, había provocado tres muertes entre conocidos de sus clientes. Echó un vistazo a los papeles y decidió que lo tenía todo lo suficientemente atado como para conseguir una condena. Dobló los papeles, los metió en un sobre, se levantó del escritorio y lo llevó al archivador que se encontraba en el otro extremo de la habitación. Había tres cajones; abrió el superior que llevaba la siguiente etiqueta: «C. C.», que significaba «casos cerrados». En la mente del inspector, esas iniciales indicaban que los casos estaban lo suficientemente cerrados como para no requerir ulteriores investigaciones. Con lápiz garabateó rápidamente en el sobre el nombre de la anciana y la inicial del apellido, y luego metió el sobre en el cajón. En aquel cajón no había índice alfabético, y el sobre en el que acababa de anotar «Matilda B.» descansó

cómodamente junto a otro que ponía «Eustace H.».

El inspector Archinroy cerró el cajón del archivador y regresó a su escritorio.

12

CUANDO BEVAN SALIÓ de la comisaría, unos niños le fueron al encuentro para pedirle unos peniques. Se llevó la mano al bolsillo y buscó unas monedas. Luego cambió de parecer y metió la mano en el bolsillo donde guardaba la cartera. Sacó la cartera; llevaba unos noventa dólares en moneda norteamericana y británica, y aproximadamente doscientos dólares en cheques de viajero. A su alrededor había siete niños y a cada uno le dio un billete de una libra. Fueron incapaces de decir palabra; les costaba trabajo respirar de tan boquiabiertos que quedaron observando el dinero que tenían en las manos. Un jamaicano muy viejo se acercó cojeando desde un portal y le tendió la mano; Bevan le dio un billete de veinte dólares. Se acercaron más jamaicanos y Bevan siguió distribuyendo su dinero hasta que aparecieron dos policías y uno de ellos le ladró a la multitud:

—Dejad a este hombre en paz. ¿No veis que no se encuentra bien?

Eso los dispersó. Pero más tarde, en la calle Duke, volvió a ocurrir lo mismo; allí distribuyó cuarenta dólares entre varios hombres, mujeres y niños, cuyas edades oscilaban entre los siete y los noventa años. Se lo estaba pasando estupendamente, pero no por las caras que ponían al recibir el dinero, sino al ver cómo se le iba de las manos, y cómo adelgazaba su cartera. En esa ocasión la interrupción se produjo al iniciarse una discusión entre los jamaicanos, cuando a uno de ellos se le cayó un billete de una libra y otro lo recogió y reclamó su posesión. Aquello dio como resultado

una actividad considerable, y el resto de los presentes tomaron partido por uno u otro; varios de ellos utilizaron los puños y los pies. Bevan se alejó de la batahola, seguido de algunos niños; continuó distribuyendo billetes hasta que se quedó sin efectivo.

Más tarde, en la calle King, al pasar frente a un banco vio salir a varios empleados; se acercó a uno de ellos, le dijo que ya sabía que hacía rato que habían cerrado pero que estaba dispuesto a pagar por el servicio extra. De modo que los empleados volvieron a entrar en el banco; el cajero aceptó los cheques de viajero de Bevan y le preguntó si los quería en dinero norteamericano o británico. Bevan contestó que le daba igual. El cajero le entregó la cifra en dinero británico. Bevan le dio al cajero el equivalente de veinte dólares. El cajero dijo que tenía que tratarse de un error. Que se lo agradecía mucho, pero que el caballero quizá no comprendiera que se trataba de libras esterlinas. Pero Bevan no se paró a escuchar. El cajero insistió en hacerse entender, mientras Bevan salía del banco.

Caminó por la calle King hacia el sur, y en la intersección de King y Harbour, giró hacia el oeste. No tenía ni idea de adónde se dirigía. Esperaba a que apareciera alguien y le pidiera dinero. Hubo unos momentos en los que se le ocurrió pensar que no había razón lógica para que lo estuviera regalando así. Aquel fue un pensamiento satisfactorio, pero no le interesaban las razones lógicas. El hacer algo lógicamente requería un esfuerzo demasiado grande, y cuando la gente seguía esa pauta de comportamiento no hacía más que engañarse. Para ir al meollo de la cuestión, aquello que se llamaba lógica, o sentido común, o comportamiento normal o como quisiera llamársele, no era otra cosa que una venda que cubría los ojos del corazón, impidiendo que la gente se viera a sí misma, a cualquiera de Kingston y de Jamaica, de todo el continente, del hemisferio, y ya que estamos, hagamos las cosas completas, de los dos hemisferios. De modo que si alguien pregunta «¿Qué significado tiene todo esto?», la respuesta surge con facilidad: Esto no es más que un tiovivo que para de vez en cuando para que unos bajen y otros suban, y da igual lo que pagues por la entrada, da igual cuántas argollas de bronce logras agarrar, solo es cuestión de tiempo el que el próximo cliente que sale de cualquier útero te quite el sitio y continúe la rueda. De modo que si hacemos un último análisis, llegamos a la conclusión de que no es más que el

proceso de dar una vuelta, y a pesar de los colorines y la música vocinglera, a pesar de los gritos alegres lanzados cuando la máquina del parque de atracciones da vueltas y vueltas, todo acaba en un agujero en la tierra, donde las lombrices nocturnas se vuelven famélicas cuando llueve.

No lo sabía, pero estaba echado cara abajo en una zanja que rodeaba un terreno desocupado, más allá de la calle Harbour. Al trastabillar había caído en la zanja, cediendo por fin al litro y medio de ron que se había bebido en

Winnie's

, el alcohol que había logrado aguantar con un equilibrio intachable durante toda la tarde y parte del crepúsculo. Pero el ron tenía que golpearlo tarde o temprano, y cuando el sol se puso en el Caribe, se produjo la explosión que lo arrastró. En la oscuridad que llegó demasiado pronto, cayó en un mar mucho más hondo que el Caribe. Al pensar en el tiovivo, en realidad había estado tambaleándose en círculos, alejándose de la calle Harbour, rumbo al terreno baldío. Las luces de la calle Harbour estaban al alcance de la vista, pero no podía verlas en forma de farolas y ventanas iluminadas; las distinguía apenas como un borroso lazo de cieno amarillo verdoso que se enroscaba a su alrededor. Sus ojos le hacían trampas al cerebro, que quería dejar de funcionar, pero no podía. Tal vez fuera su necesidad animal de dormir la que lo empujó hacia la zanja que no logró ver.

Horas más tarde seguía allí; el sueño era una barrera que le impedía oír el goteo. Era el sonido del agua que subía en el interior de la zanja.

Era una zanja profunda. Tendría aproximadamente unos tres metros y medio, sus costados eran casi verticales; la cuadrilla de peones la había excavado con las palas para llegar hasta un tubo de agua averiado. Lo habían arrancado hacía unos días y habían desviado el fluido hacia otro tubo que corría paralelo a la zanja, a unos metros de allí. Habían calculado mal el efecto de la suma de presiones y, como resultado, se había producido la fuga en el segundo tubo. Al principio la fuga había sido pequeña, pero poco a poco se había ido agrandando; al pasar por el agujero, el agua fue cobrando fuerza, hasta salir como el chorro de una manguera de jardín conectada a un grifo completamente abierto. El líquido aflojó

la tierra, se abrió paso a través del metro y medio de barro y fue llenando alegremente la zanja.

Cuando Bevan había caído dentro, había aterrizado sobre los pies, luego sobre el trasero, y había rodado suavemente en el fango. Mientras dormía, había pasado de estar boca abajo a ponerse de lado. Dormía a pierna suelta, tumbado en el barro de la zanja de tres metros y medio. No soñaba, no se movía, ni tampoco temblaba espasmódicamente. Estaba inmóvil y completamente dormido y ni se dio cuenta cuando el agua le rozó la barbilla.

Despertó cuando sintió que le entraba por la nariz.

Abrió los ojos y levantó la cabeza. En el momento en que sintió la humedad, creyó encontrarse en la bañera. Pero no puede ser —pensó—. Esto no es un cuarto de baño. Fue entonces cuando sus sentidos despertaron por completo. Es una maldita zanja y se está llenando de agua. Salgamos de aquí inmediatamente.

Se puso de pie. Había unos sesenta centímetros de agua. Y salía del tubo a toda prisa. Levantó los brazos para buscar un punto de sujeción y advirtió que no lo había.

Pues bien —pensó—. Examinemos este asunto.

Al levantar la vista vio la parte superior de la zanja, que se hallaba a más de un metro ochenta por encima de su cabeza y daba la impresión de estar más alta aún. Por encima de ella se veía la negrura de las once y media de la noche. Parte del brillo de tres cuartos de luna se reflejaba en el barro reluciente de los costados empinados a los que se aferraban en busca de un punto de sujeción. Sus manos resbalaron en el barro; volvió a intentarlo. Siguió intentándolo y siguió resbalando.

El agua le llegaba por encima de las rodillas.

Empezó a recorrer la zanja, diciéndose que tenía que acabar en alguna parte y que no había por qué preocuparse. Recorrió unos seis metros, luego nueve, y durante todo el rato sus manos iban tanteando la pared de barro aceitoso. Caminó otros cuatro metros más, avanzando muy lentamente, diciéndose que no tenía por qué darse prisa porque pronto llegaría al final de la zanja y saldría. Procuró concentrarse en esa idea, apartándose de esa otra que le indicaba que el agua le llegaba ya a la cintura.

Pasaron unos minutos y siguió caminando a lo largo de la zanja, manteniéndose cerca de la pared de barro, buscando el punto de

sujeción que no aparecía. De repente, dio un salto seguido de otro más, una especie de convulsión, cuando algo peludo le golpeó en el hombro y se resistía a bajarse: la cola larga le rozaba la mejilla. Intentó golpearlo y su mano fue a dar justo en el morro de un roedor gris que abrió la boca e intentó clavarle los colmillos. Volvió a golpearlo; el bicho lanzó un chillido agudo; saltó y salió chapaleando ruidosamente, porque se trataba de un enorme ejemplar. Se dijo que era una rata enorme y procuró verla mientras se alejaba a nado. La luz de la luna se había ido; estaba todo oscuro. Pero tendría que haber luz. Miró hacia arriba y no vio la luna, ni las estrellas. La negrura que había en lo alto no era negrura del cielo. Al sentir que el agua le llegaba al pecho, olió el hedor húmedo de madera curtida a la intemperie. El olor provenía de los tablones atravesados en la parte superior de la zanja, donde los obreros habían utilizado una polea para levantar el pesado tubo. Eso es lo que hicieron —pensó—. Colocaron tablones ahí arriba, se construyeron un puente. Pero para este viajero de aquí abajo no es un puente, es un techo. Mejor dicho; coloquémoslo en la categoría adecuada y llamémoslo por su nombre. Maldita sea, sabes muy bien lo que es: una trampa.

El agua le llegaba al mentón. Se quedó mirando fijamente el techo de pesados tablones que no mostraban más que negrura, diciéndose que no había salida. Porque ya había demasiada agua y muy poco tiempo para salir de debajo de los tablones. Solo podía desplazarse centímetro a centímetro y, sin duda, no tenía suficiente tiempo, porque una oscuridad completa cubría una amplia zona, indicándose que allá arriba, había un techo muy ancho. Era lo bastante ancho como para mantenerlo atrapado mientras el agua continuara subiendo, de modo que acabaría flotando, moviéndose en el agua y se dijo que no tenía sentido avanzar en el agua porque no llegaría a ninguna parte, salvo al techo, donde pronto no habría más aire.

¿Y bien? —se preguntó—. ¿Qué pasa?

¿No era lo que querías? De acuerdo, es una forma desaliñada de salir de este mundo, pero no nos pongamos exigentes y empecemos a encontrarle defectos al método. La cuestión es que has conseguido lo que buscabas, lo que pedías, de modo que no hay motivo de quejas. ¿Pero qué diablos haces ahora? ¿Por qué intentas flotar en

el agua?

Es una contradicción, eso es, una contradicción. No deberías avanzar. Deberías permanecer de pie, en el barro, y dejar que el agua te subiera hasta los ojos y te cubriera la cabeza, y abrir bien la boca para que te entrara en los pulmones, para que todo fuera deprisa, expeditivo. Para que todo acabe y no haya más agonía, ni angustia, basta ya de cantar blues tristes que nunca fueron compuestos porque no han encontrado la letra que explique lo que significa un hombre, aunque tú no eres un hombre, porque lo has perdido por el camino y no hay nada que puedas hacer por ella. Salvo dejar que se vaya. Bueno, al menos eso sí que lo has hecho. La dejaste marchar. Muy noble de tu parte, realmente admirable. Tan admirable que merece una buena placa. Tal vez la cuelguen en la pared del Yale Club, y cuando los nuevos socios la lean recordarán a aquel fino caballero que se hizo a un lado para dejar paso a un hombre mejor.

¿Entonces por qué permanecer a flote?

No fue fácil moverse en el agua. Los zapatos le pesaban una barbaridad y la ropa mojada le colgaba de los brazos. Cuando empezó a bajar, procuró incluso quedarse abajo, pero en el instante siguiente, realizaba un esfuerzo febril que le levantaba la cabeza por encima de la superficie, y salía con la boca abierta, sedienta de aire.

¿Cómo es posible? —se preguntó—. ¿Qué tratas de hacer?

Pues seguir con vida. ¿Pero para qué? Oye, es una pregunta interesante. Te lleva de vuelta al inspector, que olvidó inspeccionar en las profundidades. Pero no critiquemos al inspector. Al fin y al cabo, no tenía con qué trabajar. Recuerdas la forma en que lo dijo; dijo que no se había molestado en tomar notas porque no le dabas nada que pudiera usar. Entraste en su despacho y le diste algo sacado de Hans Christian Andersen, y tu cerebro, feliz por el ron, esperaba que se lo creyera, tu débil punto de vista esperaba fervientemente que llegara la cárcel para recalar allí con tus huesos y acabar de una vez por todas.

Oye, oye, oye. ¿Qué es eso? ¿Un arreglo de cuentas?

Supongo. Supongo que es el momento. Dicen que siempre hay un momento para ajustar las cuentas, el momento en que se enciende dentro de ti una lámpara y ves las cosas tal cual son. No

como creías que eran, o como creías que creías que eran; y sin duda no se trata de los pensamientos tendenciosos que te llevaron a creer que merecías la horca. El cuadro que ahora ves es el verdadero. Está del derecho y te muestra lo que de verdad ocurrió en el callejón que está fuera de

Winnie's

Place; el hombre se acercó a ti con la cachiporra y cuando usaste la botella rota, fue con el único propósito de protegerte. De modo que aquí mismo nos deshacemos de la valla que habla del destructor que salió a derramar sangre. Aquí y ahora borramos eso y lo reemplazamos por un poco de lógica, sentido común y razonamiento normal.

Cristo santo —pensó—. Es demasiado tarde.

Porque entonces se oyó el sonido y la conmoción de su cabeza al golpear contra los tablones de madera; el agua enlodada cubrió los tres metros y medio; y ya no quedó más aire. Solo quedaba el agua, la sensación de hundimiento, los pulmones doloridos por la falta de aire, el cerebro latiendo lleno de pautas empapadas de agua, pero en cierta manera esas pautas estaban desconectadas de él, porque no estaba pensando en sí mismo cuando comenzó a luchar contra el agua, con el cuerpo horizontal, nadando a varios metros debajo de la superficie yendo contra la corriente que lo mantenía atrapado bajo los tablones de madera. Pensaba en alguien que nunca había visto, alguien con quien nunca había hablado, un hombre con el cual no se había comunicado jamás, pero que le gritaba pidiéndole ayuda. Solo tú puedes salvarme.

Pensaba en Eustace, el hermano de Winnie.

Lo intento —le dijo al jamaicano—. De veras lo intento. Entonces se levantó, con la esperanza de que no hubiera tablones de madera, pero la cabeza golpeó los tablones y volvió a hundirse; los pulmones despedían unas llamas que le subían ardientes por la garganta. Tenía la boca cerrada con tanta firmeza que los dientes le cortaron las paredes interiores, y la sangre fluía por encima y debajo de la lengua. Lo que quería hacer era abrir la boca, dejar que entrara el agua, para que se acabara la agonía que ninguna criatura viviente podía soportar. Pero oyó al hermano de Winnie que decía: No, por favor, no. Por eso siguió con la boca cerrada, ahogándose en el fuego insoportable, pero que debía soportar, mientras reunía

todas sus fuerzas para intentarlo de nuevo.

Braceó y pateó en el agua y tuvo la sensación de que no iba a ninguna parte. Después ya no hubo sensación alguna y se dijo que se hundía. Pero sus brazos y sus piernas continuaron moviéndose, llevándolo hacia adelante y luego hacia arriba. Oyó al jamaicano que le decía: Vamos, vamos. Y fue como si las manos de piel oscura estuvieran tendidas hacia él y lo aferraran por las blancas muñecas, sujetándolo y levantándolo, apartándolo de la cámara de la nada.

Salió a la superficie a menos de sesenta centímetros de los tablones de madera. Al entrarle el aire por la boca jadeante, golpeó contra la pared de barro, se sujetó de la parte superior y salió de la zanja llena de agua. Rodó varias veces, para apartarse del agua que no estaba allí, buscando todavía el aire que había encontrado. Y entonces, tendido de espaldas, con los brazos y las piernas bien desplegados, salió del trance.

13

ERAN MÁS DE LAS TRES DE LA MADRUGADA cuando Winnie oyó que llamaban a la puerta del callejón a golpe de nudillos. Sin palabras, dijo: Váyase, hombre. Esta noche, este local no está abierto. Y hundió más la cara en la almohada, deseando poder dormir un poco. Hacía horas que lo intentaba, pero el exceso de pensamientos y preocupaciones se lo impedía. Con los ojos firmemente cerrados, había intentado alejarse de los problemas pero en cierto modo era como si llevara una cuerda fuertemente atada alrededor del pecho, y como si el otro extremo estuviera en la oscuridad, donde esperaba enroscarse alrededor del cuello de su hermano.

Llamaron otra vez, y otra. Winnie levantó la cabeza de la almohada y lanzó un gemido mezclado con un juramento. Salió de la estrecha cama necesitada de muelles nuevos y, sin duda, de un colchón mejor. Con la mano se frotó la región lumbar, y arqueó la espalda para amortiguar la rigidez. El camisón raído le rozó las piernas desnudas cuando salió de la habitación arrastrando los pies, en dirección a la puerta del callejón.

Tendió la mano para aferrar el picaporte, pero luego decidió no hacerlo. Fuera quien fuese, no merecía que lo dejara pasar. Era un impertinente por llamar a la puerta a esas horas, cuando las luces estaban apagadas y debía darse cuenta de que esa noche no iba a vender bebidas. Se apartó de la puerta y regresó al cuartito: una combinación de dormitorio, recibidor y cocina. Volvieron a llamar a la puerta, y alguien gritó su nombre, entonces reconoció la voz.

Ese turista —pensó—. Ese turista norteamericano de cara limpia

que está en el hotel de primera. Viene a por más ron. Viene a buscar diversión, a ver a la cómica nativa y a escuchar la graciosa forma cómica en que habla. Ya le daré yo diversión. Lo voy a divertir con un buen palo de escoba en la cabeza.

Pero en lugar de buscar un palo de escoba, abrió la puerta y se disponía a decir algo desagradable pero no pudo decir nada porque, al verlo, le pareció irreal. Parecía salido de un pantano.

Estaba cubierto de barro húmedo de la cabeza a los pies. Se quedó allí de pie, sonriendo débilmente, y fue como si le sonriera un cadáver. Winnie retrocedió tapándose la boca con la mano.

—¿Puedo entrar? —preguntó Bevan con un murmullo. Winnie asintió azorada. Bevan entró y dijo—: Gracias —pero su amabilidad hacía todo mucho más irreal y Winnie se echó a temblar cuando cerró la puerta tras de él.

Se apresuró a encender la luz y bajo el resplandor de las bombillas del techo, vio que no se trataba de un aparecido, sino de un hombre cubierto de barro, cuyo aspecto desaliñado combinaba en cierto modo con el desorden de la revuelta habitación. Era una especie de armonía, el hombre sucio y el revoltijo del cuarto, con su suelo lleno de basura, sillas, mesas rotas, la barra astillada y las paredes destrozadas. Winnie se dijo que en su conjunto, aquel era un cuadro satisfactorio. Ya no es cara limpia —pensó Winnie—. No lleva buena ropa. Y la moraleja es que cuando dejan el hotel fino y bajan a jugar en el barro, se ensucian.

Y quiso que se enterara de lo que estaba pensando. Se cruzó de brazos, echó la cabeza hacia atrás y se rio de él.

Bevan siguió sonriendo débilmente. No dijo palabra.

—¿Qué ha pasado, hombre? —inquirió Winnie riendo estruendosamente—. ¿Cómo se ha puesto así?

—Me he caído en una zanja.

Winnie reía a carcajadas y se sujetaba los costados.

—Se ha llenado de agua —le explicó Bevan.

—Qué pena. —Se sujetaba los costados con fuerza y se ahogaba de la risa—. Tendría que haber estado para verlo.

—Sí. Fue todo un espectáculo. Verdaderamente, como Buster Keaton.

—¿Buster Keaton?

—Un cómico famoso. —Ya no sonreía—. Era muy famoso, de la

época del cine mudo.

—Hábleme de él.

—Más tarde. Ahora quiero...

—Ya sé lo que quiere —lo interrumpió. Había dejado de reír, y su mirada se volvió dura y llena de resentimiento—. Quiere más ron.

Bevan negó con la cabeza muy lentamente.

—Claro que quiere más ron —insistió Winnie—. Quiere ron, diversión y mucha alegría.

—Ahora no. —Hablabla en voz baja—. Solo quiero información.

Winnie pestañeó unas cuantas veces.

—Busco a una persona, un hombre llamado Nathan Joyner.

Winnie volvió a pestañear.

—Nathan Joyner —repitió Bevan—. ¿Lo conoce? ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

La mujer no le contestó. Sus ojos se mostraron cansados, a la defensiva; dio un paso atrás.

—Dígamelo, por favor. Es importante —le dijo—. Tiene que ver con su hermano.

Winnie se puso rígida. Levantó la mano lentamente y con los dedos se presionó con fuerza el costado de la cara.

Empezó a contárselo todo en tono desapasionado. Le dijo lo que había ocurrido en el callejón la noche anterior, y cómo se le había distorsionado todo en su mente, cómo sus pensamientos se habían apartado de la lógica, el sentido común y el razonamiento normal, haciendo que se viera a sí mismo como un demonio asesino más que como una víctima que se había defendido. Cuando se refirió a ese aspecto, le tembló ligeramente la voz, pero entonces el temblor cesó y volvió a hablar con tono desapasionado, mientras le narraba el incidente del comedor del Laurel Rock, donde los mil quinientos dólares habían cambiado de dueño. Su tono se mantuvo sereno durante el resto de la narración hasta el desenlace de la comisaría, donde el inspector le había dicho que no le compraba la historia.

Entonces, el único sonido que se oyó fue el de las pisadas de Winnie al dirigirse lentamente al otro extremo del cuarto. Se abrió paso entre las sillas y las mesas rotas, se sentó sobre la caja de herramientas y, con aire ausente, levantó del suelo el destornillador. Jugueteeó con él pasándolo de una mano a la otra; luego lo miró y se

dio cuenta de lo que era, la herramienta que había arrojado lejos aquella tarde cuando había abandonado todo intento por efectuar las reparaciones.

Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del mango cuando dijo:

—Ahora hay esperanza. Al menos hay una oportunidad.

—Sí —admitió Bevan—. Pero es muy remota. Y está también el factor tiempo.

—¿El tiempo? —inquirió Winnie mirándolo a la cara—. ¿Qué quiere decir?

—Joyner —repuso Bevan—. Tengo que encontrarlo antes de que se marche.

Winnie arrugó el entrecejo; no entendía.

—Tiene mil quinientos dólares. No es dinero legal. Es la clase de dinero que los pone nerviosos y siempre tienen prisa por marcharse de la ciudad.

Sacudió la cabeza lentamente. Seguía sin comprender.

—Espero que no se haya ido todavía —prosiguió Bevan, hablando más consigo mismo que con Winnie—. Si sigue en la ciudad y si logro encontrarlo...

—¿Para qué necesita a Joyner? ¿Por qué no va a ver al inspector y le explica?

—El inspector no me creería. Me tiene catalogado en el grupo ocho.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Tonto. —Se tocó la sien—. Enfermo de aquí.

—Pero si dice la verdad...

—No bastaría viniendo de mí.

—Entonces yo voy con usted. Yo le diré...

—Olvédelo, Winnie. Nos pondría de patitas en la calle. Creería que es una estúpida maniobra que usted se inventó para salvar a su hermano.

—Pero si usted insiste...

—No me escucharía. Solo hay una manera de que lo haga. Tengo que enseñarle la prueba. Y en esto entra Joyner.

—¿Con una declaración?

—Con algo más que una declaración. Joyner tiene en su poder las pruebas concretas del crimen: tiene la cachiporra y la botella.

Entonces Winnie lo comprendió. Asintió lentamente. Frunció más el ceño y sus ojos se llenaron de duda y preocupación.

—Esta situación es deprimente —dijo Winnie—. Muy deprimente. Me da pena decirlo, pero me parece que le espera una tarea imposible. Es inútil esperar que Joyner... —no encontraba la palabra exacta.

—¿Coopere?

—Sí, que coopere. —Sacudió la cabeza tristemente—. Cuando vea a Joyner y se lo pida, se le reirá en la cara.

—Pero si puedo...

—No tiene nada que hacer con Joyner. Lo conozco. Sé lo que es. Es un embustero, un bandido que esconde los trucos detrás de una sonrisa amable y palabras bonitas. Usted sabe que no hay manera de llegarle al corazón.

—Sí, ya lo sé —admitió Bevan—. Sé que requiere de algo más práctico.

—¿Dinero?

—No, el dinero no arreglaría nada. Ya está forrado. Puede permitirse el lujo de ser independiente.

—¿Y cómo lo hará entonces?

Bevan sonrió débilmente; le respondió con la mirada.

Winnie dio un ligero respingo. Y le dijo:

—Hombre, no le recomiendo ese método.

—Yo tampoco —murmuró Bevan—. Pero la cuestión es que parece ser el único que me queda.

—Le traerá dolores de cabeza, hombre. Si intenta usar la fuerza, corre un grave riesgo.

Se encogió de hombros sin decir palabra.

—Hágame caso, hombre, es peligroso —insistió Winnie—. Joyner es un rastrero y ante la violencia no se rendirá fácilmente. He visto lo que hace con el cuchillo.

—¿Lleva cuchillo?

—Siempre.

—¿Y es un experto?

—Como una víbora con colmillos.

—Interesante.

—¿Y usted? ¿Sabe usar cuchillo?

—Solo para cortar pan. O queso.

—Por favor, hombre, que no es un chiste.

—¿Y usted me lo dice?

—Tal vez, si tuviera una pistola...

—No. Podría verme obligado a usarla. Y no me gustaría que eso ocurriera. No quiero hacerle daño. Solo quiero convencerlo para que acepte mi punto de vista.

—¿Y cómo lo va a hacer? Hará falta algo más que charla.

Bevan asintió lentamente. Luego se miró las manos. Cerró el puño derecho y se golpeó levemente la palma de la mano izquierda.

—¿De ese modo? —inquirió Winnie.

—Vale la pena intentarlo.

—¿Pero cómo espera...?

—Tal vez tenga suerte —dijo. Y luego, en voz alta, como dirigiéndose a sí mismo, agregó—: Si logro acercarme a él, cogerlo antes de que se lo espere, lo pondré de humor, lo marearé un poco, lo suficiente como para que vea las cosas a mi manera...

Winnie volvió a sacudir la cabeza. Suspiró pesadamente.

Bevan sonrió, como queriendo animarla y le dijo:

—Es todo lo que hace falta, Winnie. Un poco de suerte.

—No puede hacerlo solo. Necesita la ayuda de algunos hombres.

—¿Qué hombres?

—Puedo despertar a algunos de mis vecinos. Estarían encantados de...

—Pero eso estropearía las cosas. Muchas manos en un plato, etcétera, etcétera. Si Joyner me viera llegar en compañía de otros, sabría de entrada que la cosa va en plan violento. Y si es rápido y tramposo como usted dice, sabría cómo manejar la cuestión. De modo que lo que hace falta es la maniobra discreta. Tengo que cogerlo con la guardia baja, acercarme y pescarlo.

—¿Con qué? ¿Con esas? —Señaló con rabia sus dos manos, que en ese momento estaban abiertas y colgaban de los brazos cubiertos de barro, unidos a unos hombros abatidos por el cansancio. Lo miró de arriba a abajo, y vio que tenía frente a ella la pobre versión de un pretendido combatiente—. ¿Qué posibilidad tiene?

—La posibilidad de intentarlo.

Winnie notó algo en el tono de su voz que la obligó a mirarlo a los ojos. Lentamente, se levantó de la caja de herramientas. Se le acercó mucho y le habló casi con un susurro:

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué corre este enorme riesgo?

—Porque... —Fuera cual fuese el motivo, no logró expresarlo en palabras.

—Existe la posibilidad de que pierda la vida. ¿Se da cuenta?

Asintió lentamente.

—¿Y entonces por qué corre este riesgo que podría llevarlo a la tumba? ¿Por qué no vuelve al hotel, con...?

—¿Con los de mi clase?

—Sí —repuso Winnie. Entonces, algo la hizo hablar deprisa y en voz muy alta, disparando las palabras como si fueran balines—. Ese es su lugar, hombre. Su categoría. Le doy un consejo sano, vuelva al hotel.

—¿Cuál es la dirección de Joyner?

—Por la mañana se despertará y lo habrá olvidado todo. Se sienta usted y toma un delicioso desayuno en el elegante comedor.

—Dígame dónde puedo encontrarlo.

—Se pone usted la ropa fina y le muestra su cara limpia a todos los demás turistas de cara limpia.

—Dígamelo —insistió, cogiéndola del brazo.

Winnie negó con la cabeza y cerró firmemente la boca.

—Maldita sea —masculló Bevan y le apretó el brazo con fuerza—. Vamos, hable —le ordenó, pero Winnie lanzó un gemido y se negó a hablar. Entonces, la soltó y, muy despacio, se dirigió hacia la puerta que daba al callejón. Cuando estuvo en el umbral, se volvió y le dijo—: Por favor... deme una oportunidad.

Fue como si sus ojos se metieran dentro de Winnie y le arrancaran la información de los labios, el número de la casa, el nombre de la calle. La voz de Winnie sonó deslucida cuando le indicó cómo encontrar la calle.

—Gracias, muchas gracias —le dijo Bevan.

Y salió. Winnie se quedó mirando la puerta que daba al callejón. Durante unos momentos en su rostro no se reflejó expresión alguna. Pero entonces sintió algo en la mano, miró hacia abajo y vio que llevaba el destornillador firmemente sujeto. Esta herramienta —pensó—, esta herramienta está hecha para arreglar lo que necesita ser arreglado. Levantó el destornillador y lo mantuvo bien alto, como una antorcha. La luz del techo se reflejó en la parte metálica y el brillo le inundó los ojos. En ese instante, sus ojos estaban

encendidos, su rostro era radiante y Winnie supo por qué le había dado la dirección del hombre que quería encontrar. Y sin palabras, se dijo: Es uno de los nuestros. Tiene la piel blanca, pero eso no importa. Trata de arreglarlo y es uno de los nuestros.

14

SIETE Y TRES Y DIECISIETE. No te olvides de los números —pensó—. Otra vez vuelves a marearte y podrían olvidársete. No, no te ocurrirá. No puedes permitirte el lujo de olvidarlos. Siete y tres y diecisiete. Son siete manzanas al este de la calle Barry, has de girar a la derecha, hacia

Morgan's

Alley, eso es lo que ella te dijo. Sin salirte del lado izquierdo, has de cruzar tres intersecciones y el número de la casa es el diecisiete. ¿Quieres moverte un poco, por favor?

Intentó caminar más deprisa, pero las ropas húmedas se lo impedían. La humedad le había penetrado en la carne, calándole hasta los huesos; se mezcló con la fatiga, que le decía que era cuestión de fuerza, pero carecía de ella. La zanja llena de agua lo había dejado exhausto. Pero si has dormido —pensó—. Sí, es verdad, pero no ha sido suficiente, y al despertarte has ido a dar un paseo que más bien ha sido una caminata para encontrar la calle Barry y el

Winnie's

Place.

Anda, vamos, sigue caminando. Así. Muy bien. Lo lograrás. Creo que lo lograrás de todos modos. No creías que podrías llegar a Winnie's

Place y, sin embargo, llegaste, ¿no? Y si pudiste hacerlo, también podrás ahora. No te detengas, sigue andando. Así. Es fácil. Está chupado.

Dios mío, estoy tan cansado. Tan mojado, tan cansado y mareado, muy mareado...

No, señor. No te vas a sentar en ese portal. Tiene un aspecto muy tentador y es gratis, pero si aceptas la invitación, te resultará muy cara. La cabeza se te caerá sobre el pecho, los ojos se te cerrarán y te alejarás de todo. Y mientras tanto, nuestro amigo Nathan se larga de Kingston con sus mil quinientos dólares. Y nuestra oportunidad de echarle una mano a Eustace se esfuma como una mano que se despide y dice adiós. De modo que no te vas a sentar en ese portal. Seguirás caminando.

Sigue caminando y recuerda el número: siete y tres y diecisiete. ¿O sería diecinueve? No, es diecisiete. ¿Ves? Todavía puedes pensar como es debido. Pero me gustaría que caminaras como es debido. Fíjate cómo caminas. Tus piernas se mueven como las de Sugar Ray aquella noche de verano, cuando se enfrentó a Maxim, pero no fue Maxim quien lo derrotó, fue July que le dio un palizón en el duodécimo asalto y a duras penas logró llegar a su rincón. Fue una lástima que no lograra salir en el decimotercer asalto. ¿Y qué me dices de ti? Será toda una hazaña si logras reaccionar al oír la campana del primer asalto.

No me hagas reír. Estás derrotado antes de que empiece la pelea. Es una tontería que esperes hacer algo en el estado en que estás. Si hasta un niño de nueve años podría pegarte con la izquierda y te irías de narices al suelo. Como un saco húmedo.

La verdad es que estoy empapado. Con toda esa agua enlodada... Y seguramente habrás tragado una buena cantidad. Ya iba siendo hora de que tomaras un poco de agua. Aunque se me ocurren métodos más agradables para abandonar la bebida. De acuerdo, pero volveremos a ese tema en la próxima reunión. Tal como están las cosas, tal vez haya que suspender la sesión una temporada. O quizá todas las temporadas futuras, si consideras lo que ella te comentó sobre la habilidad de Nathan con el cuchillo.

Ya estoy llegando, Eustace. He caminado cinco manzanas, me faltan dos más y luego giro a la derecha y... ¿he oído algo?

Claro que sí, tío.

Quiso dejar de caminar. Se dijo que sería un error detenerse, un grave error volverse y echar un vistazo. Las pisadas producían un ruido que indicaba claramente que lo que trataban era de no hacer

ruido. Eran de dos personas, quizá tres. Seguro que han estado esperando en algún portal, esperando a que apareciera un tonto redomado caminando por aquí a estas horas, cuando todas las luces están apagadas. Probablemente esperaban que fuese un marinero borracho con los bolsillos llenos de dinero y ni un ápice de precaución en el cerebro. Mucho mejor que eso, el objetivo que habían encontrado era un desastre tambaleante que parecía medio muerto dentro de esas ropas mojadas y llenas de fango.

Durante un instante brevísimo, pensó con añoranza en aquella ocasión, hacía muchos años, en Yale, cuando le dieron un jersey azul con la Y blanca porque podía correr la media milla en un minuto y cincuenta y cuatro segundos. Pero ahora no puedes correr —pensó—. Ni siquiera puedes intentarlo. No tienes piernas.

¿Qué puedes hacer entonces?

No puedes hacer nada de nada y lo sabes. Ya lo has comprobado, son tres, y puedes apostar a que están perfectamente pertrechados. Llevan pistola o cuchillos o algo pesado con lo que te reventarán la cabeza y, ¡vaya!, se te están acercando.

Pero no te enfades. No te cabrees. Tal vez logres jugar a las cartas, hacerles una propuesta que los mantenga a raya. Entonces se le ocurrió pensar en al Bank of Nova Scotia, donde había cobrado los cheques de viajero y se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la cartera. Lo hizo muy deprisa, girándose al mismo tiempo para quedar de frente a los tres jamaicanos que se acercaron agazapados; dos de ellos llevaban cuchillos de pan y el tercero un punzón para picar hielo. Eran jóvenes, vestían harapos, tenían aspecto de ser muy malos y estar hambrientos. Pero al ver la cartera se detuvieron, se enderezaron y se quedaron inmóviles cuando él abrió la cartera y les enseñó el grueso fajo de billetes. Entonces lanzó la cartera a sus pies.

El que llevaba el punzón para picar hielo se agachó y recogió la cartera. Los otros dos flanquearon rápidamente a Bevan. Se dijo que no debía mirar los cuchillos ni el punzón. Se concentró en la cartera y observó cómo salían los billetes mientras el jamaicano los contaba rápidamente.

—¿Cuánto? —preguntó uno de ellos.

—Bastante —le contestó el otro—. Unas sesenta guineas.

—No está mal.

Pero el que había contado los billetes no se mostró satisfecho. Señaló hacia el brazo izquierdo de Bevan, y le indicó la muñeca en la que aparecía una correa gris de ante y un reloj de oro blanco. Bevan se quitó el reloj y se lo entregó. De inmediato, el jamaicano se lo llevó a la oreja para escuchar; frunció el ceño y dijo:

—No funciona.

—Se me ha mojado —le explicó Bevan.

—¿Qué más tienes?

—Nada más.

—Muéstrame las manos.

Levantó las manos y le enseñó los dedos. No llevaba anillos.

—Y los bolsillos.

Le dio la vuelta a los bolsillos, sacó un pañuelo mojado, un paquete de cigarrillos pringosos y una caja de cerillas.

—Desabróchate los pantalones.

—¿Para qué?

—Para que pueda ver. Quiero ver si llevas cinturón para el dinero.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos y los tres hombres se le acercaron para comprobar si llevaba dinero alrededor de la cintura. Permanecieron muy cerca de él mientras les enseñaba que no tenía nada. Y mientras se subía la cremallera del pantalón, se le acercaron más y supo que querían eliminarlo. Quieren asegurarse de que no acudiré a la policía para dar sus descripciones —pensó—. En parte es eso, y en parte es por malicia. La idea general es que los turistas no les caen demasiado bien. Y supongo que esa es la conclusión. Es lo fundamental. Son guerreros y están ante el enemigo. En cierta forma están haciendo justicia. Estos equilibran la ecuación. Los han pateado tanto que cuando tienen la oportunidad de devolver las patadas, le sacan el máximo de provecho. No puedo culparlos.

No lo sabía, pero les estaba sonriendo. Era una sonrisa blanda, en cierto modo triste; tenía la cabeza ladeada de un modo quejumbroso y con los ojos les decía: No siento lástima por mí mismo. Lo que me da pena es el hermano de Winnie.

El punzón para picar hielo apuntaba al estómago de Bevan, pero la mano que lo sujetaba tembló ligeramente; el jamaicano dio un paso atrás e, indeciso, frunció el ceño a los demás, que también

retrocedían y bajaban sus cuchillos. Entonces, los tres abrieron las bocas para decir algo, pero no pudieron. Bevan permaneció inmóvil; la luz de la luna brillaba en el rostro, bañándole la sonrisa esbozada inconscientemente. El que llevaba el punzón para el hielo dijo:

—¿Por qué nos miras así?

Bevan no contestó. No sabía a qué se refería aquel hombre.

—Como si no tuvieras miedo —dijo el jamaicano—. Como si fuéramos amigos.

Bevan asintió lentamente.

—Pero si te matamos...

—Seguiréis siendo mis amigos.

—No entiendo —dijo el jamaicano. Ya no aferraba el punzón con tanta fuerza.

—Yo entiendo —dijo uno de los otros—. Sé lo que trata de hacer este tío. Trata de hacerse el listo.

—No estoy de acuerdo —dijo el del punzón—. Creo que habla en serio. Creo que este hombre lo dice con esto —y con la mano se golpeó el pecho.

—¿Qué hacemos entonces?

—Lo dejamos marchar.

—¿Para que vaya a...?

—Lo dejamos marchar. —El del punzón habló en voz muy baja—. No puedo matar a un hombre que me mira así.

Se alejó e hizo señas a los otros para que lo siguieran. Titubearon unos instantes y volvió a hacerles señas y les dijo: «Vamos, venga», como si tuviera prisa por marcharse, antes de que cambiara de opinión. Los otros dos lo siguieron y los tres hombres se alejaron de Bevan, que se quedó sacudiendo lentamente la cabeza porque no podía creer lo que veía.

Pero allá van —se dijo—. Y no porque los hayas asustado o hayas sido más listo que ellos. No intentabas pasarte de listo. ¿Qué ha sido entonces? ¿Qué diablos ha sido?

Sea lo que sea, ha funcionado. De modo que en marcha otra vez; te faltan dos manzanas para

Morgan's

Alley, luego habrá que girar a la derecha y... Cuánto me gustaría saber cómo he salido de ese enredo. El hombre ha dicho que era por la forma de mirarle. ¿Qué habrá querido decir? ¿Qué ha leído en tu

cara? Me parece que esto se está poniendo demasiado místico y será mejor que volvamos al terreno práctico y demos por concluido el asunto. Basta ya y continuemos con las actividades sociales de la noche. ¿Pero qué pasa? ¿Qué les ocurre a tus piernas? Estás caminando más derecho. Y más deprisa.

En realidad no andaba muy deprisa. Aunque bastante más que antes. Se movía sin pausa, en línea recta por el asfalto de la calle Barry, iluminado por la luna; llegó a la última intersección, y giró a la derecha y enfiló hacia el

Morgan's

Alley.

15

ERA UN CALLEJÓN DE CHABOLAS, en su mayoría de madera podrida y astillada; algunas estaban techadas con tela asfáltica, otras con láminas metálicas herrumbradas recogidas en los muelles. La gente que habitaba en estas moradas no pagaba alquiler ni impuestos inmobiliarios. El valor del alquiler era cero y resultaba inútil gravarlos con impuestos, pues no había manera de justipreciar sus propiedades.

Era un trozo de barro seco, cenizas acumuladas y toda clase de basuras, incluidos los huesos de los gatos roídos por los perros callejeros. A veces, los gatos eran devorados por bandadas de ratas que llegaban a esta zona en busca de basura y no encontraban nada; allí se padecía una aguda escasez de comida, por lo tanto, se rascaban los platos hasta dejarlos relucientes. Sin embargo, algunas de estas gentes ganaban dinero.

Lo ganaban vendiendo cierta mercancía que no podía exhibirse al aire libre en el mercado público. Los ancianos vendían sus poderes fetichistas a quienquiera que creyese en ese tipo de brujería y deseara dañar o bien borrar del mapa a un enemigo. Había quienes vendían opio obtenido a precios de ocasión de los marineros que lo habían sacado de contrabando de Asia. Si no era opio, era marihuana, y tenían un método para hacerle alcanzar una calidad extrapotente que llevaba al fumador muy lejos de la tierra, permitiéndole flotar allá arriba, junto a los grandes, al lado de los cantantes y bailarines famosos, de los campeones y los líderes. Esta marihuana especial que vendían en el

Morgan's

Alley era un hábito muy placentero si se podía conseguir. Pero cuando no podía conseguirse, la pérdida de altura era repentina, una especie de hundimiento que obligaba al consumidor a llegar hasta el fondo de verdad y a lanzarse desde un muelle. A veces se prendían fuego con cerillas. Otro método muy popular consistía en envolverse la cabeza con una tela bien apretada, de modo tal que boca y nariz quedasen cubiertos y no pasara el aire. Eso era lo único que podía hacer un consumidor cuando no podía conseguir marihuana.

Aunque había otros problemas más fáciles de solucionar. Para los que necesitaban un tipo especial de hembra,

Morgan's

Alley cumplía con todos los requisitos. No era una cuestión de aspecto físico. En su mayoría, los especímenes femeninos de esta zona se encontraban en estados lamentables, y habían sido rechazados por los proxenetas y las *madames* de la calle Barry. Por ello aprendían algunas técnicas inusuales que les colocaran en la categoría especial. Aprendían aquellas travesuras ya de chicas y, cuando se hacían viejas, eran artistas con sus clientes fijos, algunos de los cuales viajaban desde kilómetros con el solo fin de pasar una sola noche en

Morgan's

Alley. Por ejemplo, cierto maderero canadiense, cargado de millones, conocido en todo el imperio como un caballero y un deportista distinguido. A los cuarenta y seis años, tenía la constitución de un jugador de rugby, y podía haber servido de modelo a los forofos del atletismo. Tenía una esposa guapa, cuatro hijas guapas, dos de ellas casadas y con hijos. Todas lo adoraban. Dos veces al año viajaba en avión hasta Jamaica, se alojaba en un hotel exclusivo cerca de la Bahía Montego. Pasaba unos días pescando y jugando al golf y después, sigilosamente, alquilaba un coche y salía solo, llevando por todo equipaje una bolsa raída llena de ropa muy vieja. Al llegar a Kingston, solía esperar hasta después de medianoche, luego se vestía con la ropa vieja y se dirigía al

Morgan's

Alley, a la casa donde ella había recibido su carta y lo estaba esperando. La mujer pasaba de los sesenta, y medía un metro

cuarenta y pesaba unos cuarenta kilos. Lo primero que hacía él era darle el dinero. En billetes americanos la suma ascendía a unos cincuenta dólares. Entonces, ella le ordenaba que le hiciera la manicura y él obedecía. Le lustraba las uñas de las manos hasta dejárselas exquisitamente brillantes, y hacía lo propio con las de los pies. Ella lo recompensaba con una patada en la cara. En realidad no era una patada fuerte, al menos no lo suficiente como para romperle la nariz o partirle los labios, pero lo bastante fuerte como para darle dolor de cabeza, el dolor amortiguado con el que había estado soñando silenciosamente durante seis meses en Canadá. Eso era todo. Sin decir buenas noches, abría la puerta y se iba, y al día siguiente, volvía a tomar el avión rumbo al norte. Por supuesto que ella no sabía quién era su cliente, pero eso no importaba en absoluto. Lo que contaba eran los cincuenta dólares con los que podría vivir durante meses. A la mujer jamás se le cruzó por la cabeza el que su cliente habría estado dispuesto a pagar varias veces esa cantidad. Ignoraba que había buscado en cuatro continentes para encontrar la cara y el cuerpo que se parecieran a la imagen que tenía en mente. La había encontrado hacía nueve años, y desde entonces, esos dos viajes anuales a

Morgan's

Alley eran las funciones más importantes de su vida.

En otra chabola vivía una mujer joven cuyo cliente más cumplidor era un australiano llamado Hainesworth. Era segundo oficial de un buque mercante que atracaba en el puerto de Kingston por lo menos cinco veces al año. Tenía unos cuarenta y tantos años, medía poco más de metro ochenta y pesaba unos ciento cincuenta kilos. La mujer pesaba alrededor de cincuenta y cinco. El marinero le pagaba el equivalente de diez dólares para que saliera de la choza y volviera a entrar y fingiera estar terriblemente asustada de su presencia, mientras él sonreía ávidamente y avanzaba hacia ella. Entonces, ella debía simular que luchaba mientras él le arrancaba la ropa y la arrojaba al suelo; habían acordado que ella podría luchar como quisiera, utilizando los dientes, las uñas o lo que fuera, e infligiéndole todo el daño que deseara. A él no le estaba permitido devolver los golpes; al menos no con los puños. Las reglas establecían que él podía luchar cuerpo a cuerpo con ella e intentar dominarla con su peso; naturalmente, siempre lograba

inmovilizarla, de modo que se parecía bastante a una verdadera violación. La mujer era muy buena actriz y, en cierta medida, no actuaba. Disfrutaba intentando quitárselo de encima y haciéndole daño. Una noche, hacía varios años, lo había marcado de por vida al arrancarle de un mordisco un trozo de mentón. Había sangrado mucho. Pero no se enfadó con ella. Al fin y al cabo, formaba parte del acuerdo.

Esa noche, estaba muy enfadado con ella. Al llegar, no la había encontrado. Y ahora esperaba en el callejón, mirando con rabia la puerta cerrada; maldecía a la mujer por llegar tarde, y se preocupaba porque tal vez no fuera a presentarse, y volvía a maldecirla porque sabía cuánto lo necesitaba y que no podía vivir sin eso. Pensó en las largas semanas en alta mar; pensó en las noches en que se retorció en su litera devorado por la impaciencia de que el buque llegara a Kingston, porque eso significaba que podía ir al

Morgan's

Alley, único solaz permitido a sus ciento cincuenta kilos de carne fofa y cara bulbosa, que las mujeres no soportaban mirar.

Hainesworth levantó la palma de la mano sudorosa y se la llevó a la cara empapada; se pasó los dedos temblorosos por los labios inquietos. Sacó un enorme reloj del pantalón blanco de dril y miró la hora: eran las cuatro y cinco. Luego miró el cielo negro que en un par de horas comenzaría a aclararse. Suspiró pesadamente y se recostó contra el portal de la chabola; apretó los labios y volvió a maldecirla. Pero los juramentos no le sirvieron de nada. Simplemente le hicieron sudar y temblar más. No vendrá —pensó—. Se habrá ido a alguna parte y no se presentará. Maldita manera de tratarme a mí, que he sido tan bueno y decente con ella. Con todas las libras que le estuve dando. Y el collar que le mandé desde Melbourne. Y otra vez, también desde Melbourne, le envié una pulsera. Y desde Tórtola, me lo juego todo y le envío por correo una caja de caramelos junto con la nota en la que le anuncio mi llegada dentro de una semana. Ya ves, la has acostumbrado mal, maldita sea. Un collar, una pulsera, una caja de caramelos. Tendrías que echar la puerta abajo.

Se alejó de la puerta desvencijada de la chabola y apuntó hacia ella toda su corpulencia, tomando impulso para la arremetida que

lo haría traspasar estruendosamente la débil barrera. Pero entonces cambió de parecer. Lo único que quería encontrar allí dentro era la hembra, y no estaba. Lo que podrías hacer —pensó—, es irte hasta Hannah's

, al fondo del callejón, donde podrás sentarte a tomar una cerveza y pagar unos cuantos chelines más para echarle otro vistazo a los cuadros. Pero esa noche ya había estado varias veces en Hannah's

; además, estaba cansado de ver la colección de cuadros de Hannah: los dibujos a lápiz hechos por su sobrino, que había asistido a una escuela de arte, pero que como no podía vender sus paisajes se había dedicado al tipo de obras que jamás exhiben en las galerías autorizadas. El sobrino de Hannah había vendido muchos de estos cuadros antes de que las autoridades lo detuvieran y el juez lo condenara a dieciocho meses. Pero Hannah había logrado salvar parte de su obra, e insistía en que se trataba de los mejores cuadros; cobraba solo un chelín por quince minutos de alquiler y hacía el precio especial de tres chelines la hora. Y por favor no me ofrezca comprarlos, porque no están a la venta. Una vez un hombre trató de robármelos y ahora tengo dos de sus dedos en un frasco de vinagre. Mire, venga que se los muestro. Guardo el frasco para que todo el mundo recuerde que estos cuadros son míos, y que aunque sea una vieja enferma reumática, soy muy capaz de vérmelas con cualquier malhechor que trate de...

Hainesworth se ahogó de risa al pensar en Hannah. La vieja tenía setenta y tres años y pesaba unos treinta y cinco kilos, porque comía muy poco y, según se decía, también dormía muy poco. Durante un rato se divirtió con el recuerdo de Hannah, pero entonces, sus pensamientos volvieron a centrarse en los cuadros, en uno en particular, en el que aparecían un gorila y una chica. Se trataba de un dibujo hecho en la escala exacta y con mucho detalle. El gorila era inmenso y la chica pequeña y de formas delicadas; sus piernas pateaban enloquecidamente al tiempo que se retorció entre los brazos peludos. En la mente de Hainesworth, el cuadro se movía y la escena era real, con la única diferencia de que el gorila llevaba una gorra de segundo oficial y en el brazo izquierdo tenía un ancla tatuada. Oyó un siseo; era su propia respiración, el aire silbó al entrarle por los dientes espasmódicamente, se llevó las manos a los

bolsillos de los pantalones. No buscaba lo que había en ellos, sino que sus manos se hundieron un poco más; la cara llena de bultos se retorció cuando se dijo que debería parar. Logró parar, y el esfuerzo lo obligó a morderse el labio; cuando sacó las manos de los bolsillos se recostó pesadamente contra el portal de la chabola. La madera podrida crujió bajo el peso de su cuerpo. Aquel sonido hizo de contrapunto al gemido que lanzó desde lo más profundo de su ser. Tío, estás en muy mala forma —pensó—. Muy mala forma, y la cosa se pone peor. Esto de esperar aquí no te servirá de nada. Será mejor que vuelvas al Albergue de Marineros y te metas en la cama hasta que te recuperes.

Pero con eso tampoco arreglas nada. Sabes que serías incapaz de dormirte. Morderías la almohada hasta hacerla pedacitos, igual que hiciste aquella vez en Melbourne, cuando seguiste a aquella mujer no sé cuántas manzanas y al final, cuando te vio, echó a correr y tú volviste a tu habitación y destrozaste la almohada y el relleno se esparció por todas partes, y al día siguiente, la patrona te montó un cirio. De modo que será mejor que no vuelvas al Albergue de Marineros. Esperemos aquí un rato. Un rato más. Aparecerá. Seguro que tarde o temprano aparecerá. Y cuando aparezca...

Se frotó las palmas de las manos sudadas una contra la otra y se pasó la lengua por los labios; la sonrisa húmeda se hizo más amplia cuando oyó unos pasos.

Pero no era la mujer. Ante los ojos de Hainesworth apareció un cero a la izquierda viviente, cubierto de barro. El australiano lanzó un gruñido de disgusto y desengaño. Miró ceñudamente al extraviado que se valía de la luz de la luna que bañaba ese lado del callejón e iluminaba con un reflejo azul plateado los portales. El hombre miraba de reojo las puertas como si buscara una dirección. En algunas, los números estaban marcados con tiza, pero en esa en particular, no había ningún número y varias de las chabolas vecinas también carecían de él.

—¿Qué número busca? —inquirió Hainesworth.

—El diecisiete.

—Está al fondo del callejón.

—Ya lo sé. He contado las casas, pero perdí la cuenta.

—Este es el veintinueve —le informó Hainesworth.

—Gracias —repuso Bevan y se alejó de inmediato.

—¿A quién busca? —le preguntó el australiano, yendo tras él.

—A un amigo —respondió Bevan y siguió caminando.

Hainesworth lo alcanzó y poniéndose a su lado le preguntó:

—¿Qué prisa tienes, chico?

Bevan no le contestó. Ni siquiera miró al corpulento y fofó australiano. Contaba los portales.

Entonces, Hainesworth se detuvo delante de él, bloqueándole el paso y le vociferó:

—¿Quién vive en el diecisiete?

—Winston Churchill.

—¿Te crees gracioso, chico?

—No —respondió Bevan. Se disponía a rodear al australiano, pero este se movió y volvió a bloquearle el paso. Bevan suspiró y dijo—: No puedo quedarme a hablar con usted. Tengo prisa.

—¿Por qué? —Hainesworth se había cruzado de brazos. Miraba al extraviado de arriba abajo; vio el cabello color de paja y los ojos grises y se dijo que debajo de todo aquel barro iba un hombre blanco, con ropas bastante caras. Un turista, concluyó. Un turista norteamericano. Sería interesante charlar con él. De todas maneras, es una forma de pasar el tiempo mientras espero a mi chica. Pero el tipo no parece con ganas de charlar. Diría que es más bien insociable. ¿Me aparto y lo dejo pasar? Dijo que tenía prisa. Pero es más pequeño que tú, considerablemente más pequeño. Me parece que nos vamos a divertir con este tío.

El australiano repitió la pregunta, pero no obtuvo respuesta. Sonriéndole al norteamericano le preguntó:

—¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Tienes miedo?

—No —respondió Bevan—. Estoy cansado. Me está cansando, amigo.

—¿De veras? —La sonrisa de Hainesworth se tensó hasta desaparecer; ensanchó el pecho y le dijo—: Chico, lo que acabas de decir no me ha gustado nada.

—Entonces lo retiro y le pido disculpas.

—Así me gusta.

—Me alegro. Pero ¿sabe una cosa? Es usted muy aburrido, y me gustaría que se apartara de mi camino.

—¿Y si no lo hiciera?

—Si no lo hace, lo sentirá mucho —le dijo Bevan.

Hainesworth se echó a reír. Era una risa ronca, burlona y su sonido le gustó; volvió a reír, esta vez con más fuerza.

Bevan lo empujó.

No fue un empujón muy efectivo. El australiano retrocedió apenas uno o dos pasos. Pero la risa se le atragantó y le costaba respirar. Vio al hombre más pequeño dirigirse hacia él, entonces retrocedió un paso y luego otro más. Y continuó retrocediendo a medida que el hombrecito caminaba hacia él muy lentamente.

—¡No! —jadeó—. ¡No!

En los ojos de aquel hombre vio algo que le decía que lo único que podía hacer era darse media vuelta y salir corriendo. Al girarse, perdió el equilibrio y cayó de lado en medio del barro seco del callejón. Volvió a jadear, pero no pudo decir nada. Intentó rodar para apartarse, pero no logró moverse. Tenía los ojos cerrados firmemente, por lo que no vio venir la patada en la cara o algo peor. Mucho peor —se dijo, sintiendo que su grueso estómago temblaba contra el barro apisonado del callejón.

Pero nada ocurrió. Oyó el sonido de unos pasos que se alejaban; rodó hasta quedar boca arriba y al mirar, vio el hombre más pequeño caminando lentamente en la oscuridad mientras el pelo color paja le brillaba bajo la luz de la luna.

Hainesworth se incorporó y caminó rápidamente en dirección contraria. De buena me he librado —se dijo—. He tenido suerte. Pero cuando se acercó al portal de la chabola de la mujer, se vino abajo, cayó de rodillas y soltó un sollozo demoledor. Asquerosa medusa —se dijo—. ¿De qué tenías miedo? Era solo un hombre. Tal vez ahí resida la cuestión. Estabas frente a un hombre. Un hombre de verdad. ¿Y tú? Tú no eres más que un...

Pero olvidémonos de eso. Pensemos en algo agradable. Como por ejemplo, saber que hay otra forma de demostrar tu masculinidad, una forma mucho más fácil y, ciertamente, mucho más placentera. Repíteme que no tardará en venir, y entonces... Sus ojos vidriosos miraron las anchas manos, el sudor que brillaba en las palmas ahuecadas, los dedos gruesos doblados arañando el aire con avidez.

16

HEMOS LLEGADO TARDE —pensó Bevan—. Estaba frente a las ventanas oscuras y la puerta cerrada con llave. En la puerta no figuraba ningún número, pero supo con certeza que era el diecisiete. Había contado los demás portales con mucho cuidado y ese tenía que ser el diecisiete. Para el caso, podía muy bien ser el cero —se dijo—. No hay nadie.

Había llamado a la puerta, la había pateado, y al no recibir respuesta, había apoyado la oreja contra la madera, esforzándose por oír el más ligero sonido en el interior de la chabola. No oyó sonido alguno, y la quietud del callejón era como un mensaje que le dijese adiós y llevase la firma de Nathan.

Sí —pensó Bevan—, cogió los mil quinientos dólares y se largó mientras valía la pena. De ahora en adelante, el señor Joyner comerá mejor, vestirá mejor, visitará las barberías más finas y, sin duda, habitará en una residencia considerablemente más elegante.

Bueno, lo hemos intentado. Lo complicamos todo y después tratamos de arreglarlo. ¿Es una idea consoladora? No lo creo. Sin duda, a Eustace no le sirve de nada. De todos modos, no hay manera de ayudar a Eustace. No hay nada que tú puedas hacer. Sencillamente, es demasiado tarde. Demasiado tarde porque necesitabas a Joyner, y Joyner brilla por su ausencia y, por supuesto, la culpa es tuya.

No empecemos con las suposiciones. Ya están las cosas lo bastante complicadas como para que encima me vengas con suposiciones. Límitate a lo hechos, y los hechos indican que viniste

a ver a Nathan y que llamaste a la puerta y esta no se abrió. ¿Y eso que sale de ahí?

Era humo. Una delgada cinta de humo verde azulado se filtró por la puerta. La luz de la luna le salió al paso y su brillo se reflejó sesgado sobre el sendero seguido por el humo que salía de la estrecha rendija entre la puerta y el umbral. Es humo —se dijo—. Hay algo que se quema ahí dentro. Entonces olió el aroma; al principio creyó que era tabaco, pero otra vaharada le sugirió que era algo más potente que el tabaco.

En seguida supo qué era. Su mente regresó a la esquina de la calle Cincuenta con la Décima Avenida, a una cierta noche en Hallihan's

cuando un grupo había encendido unos porros y el camarero les había dicho en voz muy baja:

—Aquí no quiero que fuméis. Llevaros esa porquería de aquí o llamaré a la policía y os caerá al menos un año.

Es marihuana —pensó Bevan—. Está ahí dentro, fumando marihuana en la oscuridad, lo que significa que hace horas que le está dando al porro y está sumido en un dulce duermevela que le impide oír los golpes en la puerta. Y al salir del colocón, ha vuelto a encender otro. Tal vez podamos hacer que se entere de que tiene visita.

Volvió a llamar a la puerta. Golpeó con fuerza una y otra vez, y siguió golpeando hasta que le dolieron los nudillos. Durante más de un minuto no ocurrió nada. Entonces vio el brillo de la bombilla teñida de naranja, un torrente de luz mortecina se desparramó sobre las ventanas. Oyó unos pasos lerdos que se dirigían a la puerta, vio abrirse la puerta y vislumbró unos ojos nublados por la hierba y una boca sonriente.

El humo se elevaba en volutas redondas del cigarrillo liado a mano que Joyner sostenía delicadamente entre el pulgar y el índice, muy cerca de los labios para aprovecharlo aunque no estuviera inhalando. Su cara quedó envuelta en la nube verde azulada.

—¿De fiesta? —murmuró Bevan.

Joyner asintió. Continuó sonriendo. Al parecer, no reconocía al visitante. Durante un breve instante, sus ojos apáticos se encontraron con los de Bevan y luego miraron más allá de él como si no lo tuviera delante. Se llevó el cigarrillo de marihuana a los

labios y, lentamente, aspiró el humo a través de los dientes, siseando a medida que inspiraba a través de los labios ligeramente entreabiertos, mezclando el humo con el aire suficiente como para producir la mezcla correcta. Al aspirar y recibir el pelotazo, sonrió en la agonía de un deleite insoportable.

—¿Tan buena es? —preguntó Bevan.

El jamaicano no respondió. Se dio media vuelta y entró en la chabola de una sola habitación, dejando la puerta abierta. Bevan lo siguió y cerró la puerta.

Era como un baño turco. Los humos de incontables cigarrillos de marihuana se elevaban hasta el techo para volver a bajar y a subir otra vez. El humo era tan espeso que Bevan se preguntó seriamente si habría oxígeno suficiente como para respirar. Tosió varias veces y, dirigiéndose a la ventana más cercana, la abrió un poco.

—¿Qué hace? —oyó preguntar a Joyner.

—Necesitamos un poco más de aire.

—El aire lo echa a perder —dijo Joyner—. Por favor, cierre la ventana.

Bevan se había asomado y tosía para quitarse el humo de los pulmones y poder respirar un poco de aire fresco.

—Me gustaría que cerrara la ventana —dijo Joyner en voz baja y tono amable—. Está dejando que todos los pájaros escapen de la jaula.

—¿Qué pájaros?

—Los bonitos pájaros —repuso Joyner—. Usted no los ve, pero están aquí. Vuelan muy despacio, con mucha gracia. Son unos compañeros muy agradables. Me gustan porque nunca gorjean muy fuerte, ni pían y se pelean como los gorriones. Vuelan por aquí y cantan a coro, muy suavemente, canciones de cuna.

Bevan cerró la ventana. Se dijo que no tenía sentido discutir. Era una nimiedad y no había ido hasta allí para discutir cuestiones triviales. Pues tendremos que acostumbrarnos al humo —pensó—, eso es todo.

Se volvió y miró a Joyner, que estaba sentado en el borde de un camastro estrecho; la cara le brillaba bajo la luz mortecina de la bombilla teñida de naranja. La bombilla pendía de una lámpara sin pantalla que había sobre la mesa, cerca del camastro. En el suelo, al lado del camastro, había un montón de colillas esparcidas. Se había

fumado los cigarrillos de marihuana aprovechándolos al máximo, y las colillas eran muy pequeñas. Bevan se puso a contarlas durante un rato y después perdió la cuenta. Oyó que Joyner volvió a hablar de los pájaros para terminar farfullando algo acerca de las flores que había tomado prestadas de un jardín del planeta Venus y a partir de ahí, su voz se convirtió en un murmullo inaudible.

Bevan estaba recostado contra la pared, cerca de la ventana echando un vistazo al cuarto. Un par de cajas de fruta hacían las veces de sillas. Unos periódicos viejos, desplegados por el suelo, servían de alfombra. Al otro extremo del cuarto, donde la pared se juntaba con el suelo, vio un dispositivo de madera colocado cerca de un agujero. Miró con más detenimiento y descubrió que era una trampa casera para cazar ratones. En el espacio que había entre la trampa para ratones y el borde del camastro, apoyada de lado, se hallaba una maleta de la que se había salido parte del contenido. Había unas cuantas camisas, calcetines, una camisa deportiva de manga corta, color verde claro. Eso me dice algo —pensó Bevan—. Me dice que empezó a preparar el equipaje y luego se le ocurrió que le sentaría bien fumarse un porro. Es un verdadero adicto, y la necesidad de fumar era más importante que huir.

De modo que me imagino que salió a comprar un par de porros y volvió aquí a fumárselos. Fue bueno mientras duraron, aunque no le levantaron el ánimo lo suficiente, por lo que salió a comprar más. Supongo que llevaba tiempo sin fumar, pero como se hizo con mil quinientos dólares, pudo comprar toda la marihuana que quiso. En lugar de huir de Kingston, huyó del planeta y se fue a Venus, con sus amigos, los pájaros, que lo guiaron hacia el jardín donde pidió prestadas las flores que, como es obvio, significaban más marihuana. Míralo ahí sentado disfrutando del colocón. Mira cómo cobra altura. Tal vez eso lo haga más manejable. O más rebelde, si consideramos que es un estimulante que le hace a uno creerse extraordinario. En fin, vamos a averiguarlo. Veamos qué nos ofrece Nathan.

Se acercó al camastro y le preguntó:

—¿Sabe quién soy?

Joyner le lanzó una sonrisa melancólica y no le contestó.

—Soy su cliente —le dijo Bevan—. Esta mañana le compré algo. Me costó mil quinientos dólares.

El jamaicano no dijo nada, la sonrisa soñadora desapareció y su rostro se tornó inexpresivo. Se quedó allí sentado, mirando a Bevan como si entre ambos hubiera una ventanilla de información y él esperara a que el empleado le suministrara más datos.

Bevan dio otro paso hacia el camastro. Estaba ya en mitad del cuarto. Se dijo: Continúa hablando, por el amor de Dios haz que se interese en lo que estás diciendo. Que no se ponga en guardia, para que cuando estés lo bastante cerca, puedas abalanzarte sobre él y...

—¿Recuerda la transacción? —le preguntó—. Fue en el comedor del Laurel Rock. Era tarde y estaba desayunando cuando usted se acercó a mi mesa.

—Sí, lo recuerdo —repuso Joyner en voz alta. Bajó la mirada y observó el cigarrillo de marihuana a medio fumar que sostenía entre los dedos—. Este humo no es lo que usted cree. No disminuye la memoria. Al contrario, es como una tira de microfilm, cuando la tira es lo bastante larga puedo memorizar un diccionario.

—¿Y qué más hace? —inquirió Bevan señalando el cigarrillo.

—Es como un sobrealimentador —repuso Joyner—. El potencial de fuerza es ilimitado. Se lo recomiendo a todos los atletas, a los soldados y a los obreros.

Se lo cree de verdad —pensó Bevan.

—Además, refuerza el cerebro —le dijo el jamaicano—. Deberían utilizarla en las universidades, en los laboratorios químicos, y ciertamente, en las asambleas legislativas.

—Deberían venderla libremente en el mercado.

—Es cierto —admitió Joyner—. Pero no lo hacen. Las destilerías se quedarían sin trabajo. Otra cuestión es que no hay manera de controlar el precio o fijarle un impuesto. Crece en todas partes.

—¿Cómo la hierba?

—Más rápido que la hierba —repuso Joyner—. Si la convirtieran en una mercancía legal, todos la cultivaríamos, la usaríamos y viviríamos de ella. Volveríamos al Jardín del Edén.

—Eso sí que estaría bien.

—Y tanto —admitió Joyner—. Pero nunca ocurrirá. Vivimos en un mundo de restricciones que jamás lo permitiría.

—Tiene usted toda la razón —dijo Bevan. Dio otro paso más hacia el camastro.

—No lo haga —murmuró Joyner.

—¿Qué?

—Acercarse.

—¿Por qué no? —Le sonrió amistosamente y avanzó despacio, pensando: Ya casi estamos, unos pasos más y...

—Restricciones —dijo Joyner. Su brazo fue solo una cosa borrosa. En un instante, su mano estaba vacía, y en el mismo instante empuñaba un cuchillo.

Bevan se quedó inmóvil. Oyó un ligero clic y de un mango de madreperla vio aparecer una hoja de doce centímetros.

—¿Para qué es eso? —le preguntó.

—Por seguridad.

—Pero si solo he venido a hablar.

—Entonces hable.

—No con eso apuntándome a las entrañas.

—¿Le preocupa?

—Claro que me preocupa. Me da mucho miedo. Me gustaría que lo guardara.

—¿Qué lo haga desaparecer quiere decir?

Bevan no contestó. Miraba la hoja reluciente y pensaba: Jamás había visto una cosa semejante. Lo había visto en las películas y una vez en un circo; lo habían hecho deprisa, pero no tanto como él.

Joyner le dio otra chupada al cigarrillo de marihuana. Aspiró profundamente, reteniendo el humo y murmuró:

—Fíjese en esto.

Entonces, otra vez, el brazo se convirtió en algo borroso y el cuchillo desapareció.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Bevan.

—No muy lejos.

—¿Pero dónde está?

—Aquí —repuso Joyner. Lo hizo más deprisa que antes. Fue tan rápido que daba la impresión de no mover el brazo, simplemente de estar ahí sentado, con el cuchillo en la mano.

—No lo entiendo —dijo Bevan sacudiendo la cabeza.

—Empecé de chico —le dijo Joyner. Repitió el movimiento con el cuchillo. Desapareció y apareció para volver a desaparecer otra vez. Entonces, su cara recuperó la sonrisa soñadora y le dio otra chupada al cigarrillo de marihuana.

Ahí lo tienes —pensó Bevan—. Pues bien, ya te lo habían

advertido. Winnie te lo dijo. Solo que subestimó la realidad. Saca el cuchillo más deprisa de lo que tú tardas en parpadear. Pero no te pongas nervioso. Por favor, no te eches a temblar.

—Por favor, siéntese, señor Bevan —le oyó decir al jamaicano—. Póngase cómodo.

Bevan no se movió. Estaba a unos metros del camastro. Por un momento jugueteó con la idea de abalanzarse sobre Joyner; el brazo le hormigueaba ansioso por moverse, la mano derecha le latía porque deseaba cerrarse con firmeza y estamparse contra la mandíbula de aquel hombre. Entrecerró los ojos y miró la cara de Joyner; enfocó la mandíbula y la zona exacta de su objetivo, cerca del mentón, donde podía golpear con los nudillos esa vena importante que irriga el cerebro. Pero claro que no ocurriría así. Por más rápido que fuera, el cuchillo lo sería más.

Joyner hizo un ademán amistoso y hospitalario en dirección a una de las cajas de fruta. Bevan se dirigió hacia la caja y se sentó. Cruzó las piernas, entrelazó las manos y las colocó sobre sus rodillas. A través de la cortina de humo verde azulado vio el brillo naranja reflejado sesgadamente sobre la cara sonriente de Joyner. Los colores y las sombras tenían un toque gauguiniano; en realidad se parecía a un cuadro de Gauguin. O tal vez una naturaleza muerta —pensó—. Esa caía no parece humana. Los ojos son como la lente de una cámara. Una cámara de rayos X que ve en el interior de mi cerebro. Es más bien como un monólogo, yo hablo y explico cosas sin pronunciar palabra. Aunque hay otra manera de verlo. Tal vez es que he estado respirando demasiado humo de este y me ha colocado. Será mejor que acabemos. No debo permitir que ocurra. La mente sobre la materia y esas cosas. No puedes evitar respirarlo, porque no tienes otra cosa para respirar. Pero no dejes que te haga efecto. Creo que puedes eliminarlo si te concentras en lo que tienes entre manos.

—¿Está dispuesto a escuchar? —preguntó.

Joyner asintió.

—Han cogido a un hombre. Lo detuvieron ayer por la mañana temprano. Lo metieron en una celda.

—Ya lo sé —dijo Joyner. Sorbió un poco más de humo del cigarrillo—. Ya lo sabía cuando fui a verlo al hotel.

Bevan miró al suelo. Sacudió la cabeza lentamente.

Entonces oyó a Joyner reír a carcajadas. No hizo demasiado ruido, sino que emitió una serie de gruñidos suaves.

Levantó la cabeza, miró al jamaicano y le dijo:

—Calculó el tiempo de un modo elegante, suave como el satén.

—¿Es un cumplido? —murmuró Joyner.

—Más o menos.

—Me gusta recibir cumplidos —dijo Joyner—. Le da al aire un sabor especial.

—Escúcheme Nathan...

—En la escuela, en Inglaterra, gané muchos premios. Fui el tercero de mi clase.

—Eso está bien, pero escúcheme...

—Entonces volví a Jamaica con mi diploma universitario y me ofrecieron trabajo como oficinista. Y les dije...

—¿Quiere escucharme? —Se lo dijo con los dientes apretados—. El hombre se llama Eustace.

—Sí, ya lo sé.

—Tiene esposa e hijos.

—No hace falta que me lo diga. Lo sé todo sobre Eustace.

—¿Lo conoce bien?

—Lo conozco de toda la vida. Nos criamos en la misma calle.

—Eso tendrá que significar algo.

—¿En relación con qué?

—Pues con el hecho de ayudarlo.

Joyner volvió a reír. Esta vez más ruidosamente.

—Si no lo ayuda, está acabado —le dijo Bevan.

El jamaicano siguió riendo. Era una risa estridente que se convirtió en un cacareo senil.

—Como una hiena —comentó Bevan.

Joyner dejó de reírse. Durante un momento sus ojos parecieron vacíos.

—Es usted como una hiena —le dijo Bevan—. Se alimenta de los muertos.

La cara del jamaicano brilló con tonalidades naranjas bajo la luz de la lámpara. El cigarrillo de marihuana se le había quemado entre los dedos hasta quedar reducido a una minúscula colilla. Se la llevó a los labios apretados y le dio una última calada. El humo se quedó dentro de él cuando dejó caer la colilla al suelo y la aplastó

cuidadosamente con el pie. Después, lo fue soltando en nubecitas mientras decía:

—Hablemos de otra cosa. De algo agradable. De pájaros y flores. ¿Le interesan los pájaros y las flores?

—Solo cuando están vivos.

—Entonces hablemos de...

—Cuando están muertos es demasiado tarde —dijo Bevan—. Lo mismo ocurre con la gente.

—Está bien, probemos con la música. ¿Le gusta la música?

—No cuando está desafinada.

—¿Le importaría oírme cantar? No desafinaré. Canto como...

—Como un artista de concierto —dijo Bevan—. Y puede bailar con los mejores. O hacer acrobacias que provocarían encendidos comentarios.

—Es un hecho —dijo Joyner, asintiendo lentamente—. Puedo hacer esas cosas.

—No me cabe duda. Está escrito en el humo. —Agitó la mano a través de la cortina de humo que tenía ante la cara. La mano le pareció ingrátida al atravesarlo—. Es usted un actor de primera. Casi el mejor, aunque para eso le falta un poco. Al menos esta noche no es el mejor.

—¿Qué, se hace ilusiones?

—Es más que una ilusión. Esta noche quedará usted en segundo lugar.

—Ya lo veremos.

—Sí, ya lo veremos. —Entonces, Bevan se puso de pie y le sonrió al jamaicano. Habló muy despacio y en voz baja—. Démelas.

—¿Que le dé qué?

—Las pruebas. Primero, la botella rota.

Joyner se echó a reír sin hacer ruido.

—Y también la cachiporra.

—Esto sí que tiene gracia —dijo Joyner. Y siguió sonriéndose sin hacer ruido.

—Tercero —prosiguió Bevan—, el testigo número uno. Usted, Nathan.

—Esto sí que tiene gracia.

—Cuando salga de aquí, vendrá conmigo.

—Es usted todo un maestro de ceremonias. Siga así, que va muy

bien.

—Iremos a la comisaría —le dijo Bevan.

—Cuénteme más chistes —dijo Joyner.

—He dicho que iremos a la comisaría. Prestará usted declaración. Y les entregaremos la botella y la cachiporra para apoyar la declaración.

La risa continuó sin hacer ruido alguno, pero los hombros de Joyner se sacudían. Aquello le divertía de verdad.

—¿De veras cree que haré una cosa así? Sería una tontería. Me meterían en la cárcel por chantaje.

—Eso no es asunto mío. Lo que a mí me preocupa es Eustace.

—¿Pero por qué? ¿Qué es Eustace para usted? Ni siquiera lo conoce. Nunca lo ha visto.

—Es cierto. Pero le debo algo. Mucho. Y no permitiré que lo cuelguen.

—Ya no me resulta gracioso —dijo Joyner dejando de reír—. Es usted un payaso, pero no me hace gracia. Tal vez la palabra que lo describa sea locura.

—Sí, es la palabra correcta —dijo Bevan. Lentamente, se acercó al jamaicano que seguía inmóvil en el borde del camastro.

—¿Puedo sugerirle una cosa? —murmuró Joyner.

—Claro —repuso Bevan sin dejar de avanzar muy despacio.

—No se acerque más.

—¿Por qué no?

—Morirá.

Bevan se encogió de hombros y dio un paso más hacia el camastro.

—Por favor, no se me acerque más —le pidió Joyner. Y nuevamente su brazo fue algo borroso y el cuchillo apareció en su mano. Lo sostenía con el mismo estilo que los camorristas callejeros, con el brazo extendido de lado, y los dedos cubriendo gran parte de la hoja, de modo que lo que se veía era menos de cuatro centímetros de acero reluciente.

Bevan dio un paso hacia un lado y luego otro hacia adelante, después otro hacia un lado. Era como si fuera a la deriva. La hoja le hablaba y le decía que retrocediese. Sin palabras, le contestó: Podrás asustarme, pero no detenerme.

Entonces, por algún vago motivo, pensó en la esquina de la calle

Cincuenta con la Décima Avenida, y oyó a Lita que le decía: ¿Lo haces para reparar algo? ¿O porque te sientes obligado hacia los residentes de los barrios bajos? Con una sonrisa dirigida a la hoja, contestó con los ojos: No es eso, Lita. Estoy seguro de que no es eso.

—¿Entonces qué es? —insistió ella.

Bevan dio tres pasos hacia un lado y luego un paso hacia adelante. Y le contestó: Es como una iniciación. Sería algo así como un proceso que te permite averiguar la puntuación. Quiero decir...

En ese momento, el jamaicano se levantó del camastro y se quedó esperando con las piernas separadas y los brazos muy extendidos, describiendo pequeños círculos con el cuchillo, como si fuera la lengua de una víbora. La luz de la lámpara le dio de lleno y brilló anaranjado contra la cortina de humo verde azulado.

Bevan siguió hablando con Lita. Le decía: Quiero decir que llega un momento en que... es un momento que actúa de línea divisoria entre lo más y lo menos. De modo que uno elige, y si elige lo más, es de verdad, uno se tiene que bajar del caballo falso del tiovivo que no va a ninguna parte. Simplemente lo intento, es todo. Intento ser algo para que, estés donde estés, puedas decir que no fue una pérdida de tu vida y de tu corazón, que el precio que pagaste fue por un hombre, y no por un pedazo de nada con traje hecho a medida.

¿Estás alardeando? —se preguntó Bevan—. No lo creo. Es como haber descubierto la verdad. Y en cierto modo es un pensamiento agradable. Muy agradable. Y me gustaría que hubiera alguna manera de comunicárselo a cierta chica que conozco, que ocupa la habitación 307 del Hotel Laurel Rock. Pero claro, no hay manera de ponerse en contacto con ella porque todas las líneas están cortadas.

Dio un paso hacia adelante, luego otro hacia el costado, y siguió desplazándose de lado en una especie de baile, como si flotara, con el cuerpo inclinado, los brazos sueltos a los lados, y una sonrisa en el rostro. Se encogió ligeramente de hombros, suspiró bajito y se abalanzó sobre el jamaicano.

17

LA LUZ DE LA LUNA se reflejó en la superficie de la piscina, y el brillo flotó elevándose hacia las oscuras ventanas del Laurel Rock. Rieló con tonalidades azul plata contra el techo negro de la habitación 307 y Cora deseó que se fuera. Hacía horas que intentaba dormirse, pero cada vez que cerraba los ojos, aparecía el azul plata, un torrente de luz y música lejana que la obligaban suavemente a mantenerse despierta. No hay manera de deshacerse de ella —pensó—. Viene la luna y la luna es un programa que dura toda la noche.

Y todas las melodías se reducen a una. Es una balada que no cesa, es un río de suspiros que fluye interminablemente.

Porque se ha ido. Por fin, él se ha marchado. Se levantó y se fue.

De modo que me imagino que se acabó. Pero es algo más que imaginación. Creo que la aceptación de un hecho. Y en cualquier caso, aceptas que existe ese otro hombre, el tal Atkinson. ¿Quieres al tal Atkinson? Sabes bien que el tal Atkinson vale la pena. Es todo un personaje. Y además, sus intenciones son serias. Busca un arreglo permanente. Es de los que van en serio y busca una relación estable. Te lo probó hoy, en el jardín. Te comportaste de un modo tan absurdo cuando echaste a correr y caíste al suelo. Fuera lo que fuese lo que causó esta reacción, la cuestión es que en ese momento me sentía completamente desorientada, y si él hubiera querido podría haber aprovechado la situación, pero en vez de intentar nada, se comportó como un hermano mayor, me levantó, me ayudó a mantenerme de pie, me sacó de allí y me llevó al hotel. Creo que el tal Atkinson quiere un contrato vitalicio. Quiere que me quite este

anillo que llevo para darme otro. Pero cuando eso ocurra, tendrá el privilegio de...

Pero tú no quieres eso. Sabes que no lo quieres.

Se levantó de la cama y fue hasta la ventana. Se quedó allí, de pie, mirando hacia la piscina iluminada por la luna. Luego fijó la vista más allá de la piscina al otro lado del jardín, el muro de piedra y luego en la negrura que había tras el muro.

No era una negrura sólida. Había en ella sombras y formas, las siluetas de los tejados combados y de las paredes sesgadas. Veía las chozas de madera y las chabolas de tela asfáltica, las viviendas de los barrios bajos. Aquí y allá, alguna que otra ventana iluminada dejaba entrever el asfalto lleno de surcos de un callejón estrecho. Vio un cubo de basura volcado, o quizá fuera un barril; estaba tan lejos que no podía asegurarlo. Pero sin embargo, tenía la sensación de que si hubiera querido, habría podido tender la mano y tocarlo.

¿Tocar qué? —se preguntó—. ¿La basura? ¿La porquería? No soportas la suciedad. Hace tiempo te enseñaron que la suciedad es un crimen, un crimen con todas las de la ley. Como mamá solía decir: «No hay ninguna excusa...».

¿Y a santo de qué me he puesto a pensar en esto? ¿Por qué pienso en mamá ahora? Sin duda no tiene relación alguna con... En fin, de todos modos siempre me sermoneaba para que no me ensuciara las manos. Si entraba en casa con el vestido manchado, montaba una escena de cuidado. Más tarde, la campaña antisuciedad incluyó a los chicos; y contrató a aquella institutriz llamada Hilda, quien se encargó de meterte en la cabeza que los chicos eran sucios y que no había que permitirles que se te acercaran. Pero... ¿qué es todo esto? ¿Qué tiene que ver?

Se quedó asomada en la ventana, mirando más allá del muro de piedra que separaba el Laurel Rock de los barrios bajos de Kingston. Sus ojos se clavaron en las formas oscuras de las viviendas de los barrios bajos y en los callejones mal iluminados.

Ahí está él —pensó—. Está allá afuera, en alguna parte, entre toda la porquería.

James, sal de ahí, que te ensuciarás.

Entonces volvió a cerrar los ojos con fuerza y, por un instante, vio la cara seria de su madre. Se transformó en la cara severa de la institutriz sueca. Y luego en las caras serias y compuestas de las

damas que enseñaban en los colegios privados y en la escuela de baile; todas aquellas caras se esfumaban de repente o se fundían para convertirse en las facciones de un hombre. Era un hombre grande y feo, y estoy segura de que su nombre era...

Pero no recuerdas su nombre. Claro que no lo recuerdas. Creo que se llamaba... no, por favor. No intentes recordar. Dios santo, se llamaba Luke. Después de tantos años aún recuerdas que se llamaba Luke.

Era el jardinero. Mamá había despedido al anterior cuando se enteró que dormía la siesta entre los arbustos, cerca del lago con peces de colores. Llamó a la agencia de colocaciones y le enviaron a Luke. Dijeron que era muy trabajador, diligente y un excelente jardinero.

No soportaba verlo. Era tan grande, tan gordo y tan horrible. Tenía las uñas negras. Me dije que no debía mirarlo, pero no sé por qué, no podía apartar los ojos de él. Me sentaba junto a la ventana y lo contemplaba mientras trabajaba en el jardín.

Fue durante las vacaciones de Pascua: yo tenía nueve años.

Estaba asomada a la ventana y él sabía que lo miraba. De vez en cuando, levantaba su horrible cara arrugada y me sonreía. Estaba cavando un parterre para las flores y tenía las manos llenas de barro. La cara fea y gorda brillaba con el sudor, y una vez se sonó la nariz sin usar pañuelo, y yo al ver aquello me entraron ganas de vomitar, pero no podía apartar los ojos de él. «Asqueroso, sucio», le dije, pero claro, a través de la ventana no logró oírme. Siguió sonriéndome y luego me guiñó el ojo y después me hizo señas con el dedo, como si me dijera: Anda, sal que te daré una cosa.

No —le dije—. Me das miedo.

Volvió a guiñarme el ojo. Estaba recostado sobre la pala. Me hacía señas con el dedo, muy despacio. Anda, sal, —me decía—. Sal.

En la casa hacía calor, pero los dientes me castañeteaban. Algo hizo que me levantara y me apartara de la ventana, y fuera hasta la puerta y la abriera. Salí al jardín, donde Luke me esperaba con aquellos ojitos redondos como los de un cerdo; miraba a la niñita de nueve años que llevaba una cinta verde claro en el pelo y un vestido verde claro recién almidonado, y si las sensaciones tienen color, en aquel momento, cuando se me acercó, sentí que tenía la cara de

color verde claro.

Cora se apartó de la ventana. No pensaba en lo que hacía cuando encendió la luz y se vistió. Todo fue rápido y mecánico como los actos de un trabajador eficaz en una cadena de montaje. Salió de la habitación, fue pasillo abajo, bajó las escaleras hasta el vestíbulo y le pidió al recepcionista que le consiguiera un taxi. Al cabo de unos minutos, sentada ya en el taxi, le dijo al chófer:

—No sé en qué calle está, pero es una casa llamada Winnie's Place.

—En la calle Barry —comentó el taxista. Luego se giró y la miró—. ¿Está segura? ¿Está segura de que quiere ir ahí?

Cora movió la mano automáticamente; el gesto le indicó al taxista que arrancara.

El coche avanzaba lentamente. Cora abrió el bolso y sacó un billete de cinco dólares. Se inclinó hacia adelante y enseñó el dinero al taxista.

—Si se da prisa, saldrá ganando. No le pediré el cambio.

El taxista pisó el acelerador a fondo. El taxi chirrió al girar una esquina. Cora estaba sentada en el borde del asiento, muy rígida, con las manos cruzadas firmemente sobre el regazo. El taxista le comentó algo, pero no lo oyó. Sus ojos en blanco miraban hacia la nada. El único sonido que producía era el castañeteo de los dientes. El taxista le preguntó si había cogido un enfriamiento, no comprendía por qué temblaba. Siguió preguntándole lo mismo, pero ella no lo oía.

—¿Entrará sola? —inquirió el taxista. Pisó el freno y se dio la vuelta para abrirle la puerta. Cuando Cora salió del taxi, le entregó los cinco dólares. Entonces él le dijo:

—Tal vez necesita ayuda...

—No —repuso. Se había vuelto de espaldas al taxista y estaba frente a la casa de madera de una planta. Vio luz en las ventanas.

—¿Quiere que espere? —preguntó el taxista.

—Está bien —contestó Cora. Se dirigió rápidamente hasta la puerta y llamó. Golpeó fuerte con el puño y siguió golpeando hasta que se abrió. Vio la cara de la jamaicana que se quedó mirándola, de arriba a abajo. La mujer se hizo a un lado y la dejó pasar.

Cora entró. La mujer cerró la puerta.

—Busco a...

—Ya lo sé —dijo Winnie—. Al blanco. Al turista norteamericano.

—Sí. Bebe mucho y...

—Ya no bebe —le informó Winnie.

—Ha ocurrido algo —pensó Cora. Pero el pensamiento no se le reflejó en la cara. En voz muy queda le pidió a Winnie—: Dígame dónde está.

Winnie no le contestó.

—Por favor, dígamelo. Soy su esposa.

—¿Su esposa? —Winnie ladeó la cabeza. Entrecerró los ojos, anegados por la duda—. No me dijo que tenía esposa.

—Se lo digo yo. ¿No me cree?

—Todavía no —repuso Winnie—. Aquí hay una contradicción. No parecía hombre con esposa. Parecía muy solo, como si no lo quisieran.

Cora dio un leve respingo. Dejó caer los hombros. Luego volvió a ponerse bien derecha y rígida y con voz fina y seca dijo:

—Si sabe dónde está, dígamelo. No puede impedir que...

—Sí que puedo —la interrumpió Winnie—. No dejaré que interfiera. Esto no la incluye a usted señora. Es un tema muy importante y no dejaré que lo eche a perder.

—¿Que eche a perder qué? ¿De qué me habla?

—Está haciendo un recado —le dijo Winnie—. Por eso tengo la casa iluminada. Estaba aquí sentada, esperando... esperando que saliera vivo de esta.

Cora aferró a la mujer por las muñecas.

—Entonces me necesita. Donde sea que esté, me necesita.

—Suélteme, por favor, me hace daño.

—¡Me necesita!

—¿Y qué le dice que la necesita?

—Lo sé. Lo presiento.

Se produjo un silencio en el que los ojos de las mujeres no dejaron de mirarse. El silencio era como un alambre que se estira y vibra y se rompió cuando Winnie dijo:

—Si tanto le preocupa ese hombre, entonces tiene que ir con él.

—Miró las manos que la sujetaban por las muñecas. Las manos la soltaron. Winnie fue hasta la puerta, la abrió y dijo—:

Morgan's

Alley. El número de la casa es el diecisiete.

Cora asintió. Y en voz alta murmuró para sí:

—Diecisiete.

—

Morgan's

Alley. Repítalo, para que no se le olvide.

—Diecisiete,

Morgan's

Alley —replicó Cora. Traspasó rápidamente la puerta, atravesó el asfalto lleno de huellas y subió al taxi.

Winnie se quedó en la puerta, mirando cómo se alejaba el taxi. Las luces traseras se fueron empequeñeciendo cada vez más hasta desaparecer en la oscuridad. Winnie se volvió y entró en la casa. Se sentó en una silla astillada, junto a la barra hecha trizas. Durante varios minutos permaneció así mirando el suelo. Luego, de repente, se puso rígida. Se incorporó, fue hacia la puerta, la abrió y salió de la casa.

18

EL TAXI SE DETUVO en la intersección de la calle Barry y Morgan's

Alley, y el taxista le dijo a Cora:

—Bájese aquí.

—¿Cuánto tengo que andar?

—No mucho. —Le hizo una indicación con el pulgar y agregó—: Por allá.

—¿Por qué no me puede llevar hasta allí?

—Porque el callejón no es lo bastante ancho.

—Claro que sí. Puede pasar.

—No es lo bastante ancho —insistió el taxista—. Además, la calle está llena de baches. Podemos quedarnos atascados.

—Los baches no son tan profundos.

—Señora, la he traído hasta aquí y aquí la dejo. Por favor, bájese.

—¿Qué ocurre? —inquirió Cora.

El taxista no contestó. Se inclinó sobre el asiento, tendió la mano hacia la puerta trasera, la abrió y le indicó que se bajara.

Cora no se movió. Le preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo?

El taxista se quedó sentado, esperando a que se bajara del taxi.

—Creo que tiene miedo —dijo Cora. Y cuando el hombre se volvió para mirarla, agregó—: Es una tontería. No hay nada que temer.

—¿Entonces por qué está tan pálida? ¿Por qué los dientes le

suenan como una lancha de motor?

—¿Ese ruido hacen? —Entonces se dio cuenta. Parecía provenir de muy lejos, y sin embargo supo que el ruido le salía de la boca. Debería dejar de hacer ruido, pensó, y en voz alta, agregó—: Debería dejar de hacer ruido.

El taxista se revolvió en el asiento. Tenía los ojos muy abiertos. No la miraba a ella, sino a la oscuridad y la calma del callejón. Se le veía en la cara que estaba muy ansioso por marcharse de allí.

Cora bajó del taxi. Abrió el bolso y le preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—Ya me ha pagado —repuso el taxista. Tiró de la manilla de la puerta trasera y cerró de un portazo. Sus ojos se mostraron ávidos al observar el bolso abierto. Pero en su mente no tenía más idea que la de salir a toda prisa. Movi6 el embrague y pisó el acelerador; el taxi salió a toda marcha por la intersección y se alejó rápidamente por la calle Barry.

Cora se volvió y quedó ante el callejón, que más bien parecía un túnel. Diecisiete —dijo para sí—.

Morgan's

Alley número diecisiete. Empezó a caminar en diagonal hasta llegar a un portal iluminado por la luna, en el que había un número escrito con tiza. El número había sido garabateado de cualquier manera, y el tiempo y los elementos lo habían borroneado, por lo que no logró descifrarlo. Se acercó más y vio que era el treinta y siete. El portal contiguo no estaba numerado. Avanzó lentamente por el callejón, manteniéndose cerca de los portales y leyendo los números marcados en tiza, pero al ver que no había ninguno, regresó al número treinta y siete para poder contar las casas.

Si es que se les puede llamar casas —pensó—. En realidad son más bien gigantescas trampas para ratones. Y se vienen abajo. Y el aire, el olor. El olor es asqueroso. ¿Cómo lo aguantan? ¿Cómo pueden vivir aquí? Es horrendo, es verdaderamente horrendo saber que aquí vive gente. Fíjate en ese gato. Por favor, no te acerques, vete. Gracias a Dios ya se aleja. Pero míralo, fíjate en él. Parece medio rata o medio perro. Claro que es imposible. O tal vez no lo sea. Tal vez en este sitio todo es posible. Si pudieras caminar con los ojos cerrados para no ver todo esto. Sobre todo la mugre. Toda esta suciedad. Es como si fluyera por las puertas y formara un torrente

espumajoso y espeso que te penetra por los poros, los ojos, la boca. Es insoportable. Me dan ganas de vomitar. Otra vez ese gato. Lleva algo en la boca. Es un ratón. Un ratón enorme. No, es una rata, y fíjate cuánta sangre. ¡Oh, mamá, ven a buscarme, sácame de aquí! Esta puerta es la treinta y tres, y esta otra, la treinta y uno, y esta ha de ser la veintinueve y...

Se detuvo. Se llevó una mano a la boca. Con la otra mano se apretó con fuerza el estómago. Algo le llamaba la atención; los ojos parecían querer salirse de las órbitas.

Lentamente, apartándose del número veintinueve y dirigiéndose hacia ella, el marinero australiano se le acercó mirándola de reojo, con la cabeza inclinada de lado mientras intentaba verla bien. Al principio, le pareció que la luz de la luna lo engañaba y cambiaba el color de la piel de la mujer a la que había estado esperando. Pero a medida que se fue arrimando, pensó: esta es blanca. Y más pequeña que la otra. Mucho más delgada. Mucho más guapa. Como una flor delicada; suave y blanca como la leche, y debajo del vestido es...

Cora logró cerrar los ojos. Los abrió y el hombre seguía allí. Los cerró y los volvió a abrir y el hombre estaba aún allí. Se quedó petrificada, mirándolo, viendo la cara y el estómago abultados, los muslos pesados, constreñidos en los sucios pantalones de dril blanco. Las enormes manos descansaban en los costados; tenía los dedos abiertos; Cora le miró las manos peludas y las uñas sucias.

Hainesworth le sonrió. Tenía los dientes amarillos. Los gruesos labios húmedos se movían lentamente al farfullar algo que no logró entender.

Es Luke —pensó Cora—. Es Luke, el jardinero. Y fue como si el tiempo no existiera y no se hallara en el Morgan's

Alley. Estaba en el jardín de su casa y llevaba una cinta verde claro en el pelo, y un vestido verde claro recién almidonado. Eran las vacaciones de Pascua y tenía nueve años.

Volvió a decirle algo que no logró oír. El hombre continuó hablando, ella le contestó pero no tenía ni idea de lo que le dijo.

Hainesworth se le acercó. Respiraba pesadamente. Se movió veloz, tendió la mano y la agarró, pero ella logró escaparse. Cora se volvió, echó a correr, tropezó y cayó de rodillas. Hainesworth volvió a acercarse, la agarró por la muñeca y de un tirón le colocó

el brazo a la espalda. Con la mano libre le tapó la boca. Cora movió la cabeza convulsivamente y su boca encontró el dedo anular del marinero. Antes de que lograrse retirarlo ella lo mordió; el hombre lanzó un aullido; Cora mordió con más fuerza. Los dientes cortaron el dedo carnososo y notó el sabor de la sangre.

Escúpela —pensó—. Es asquerosa, está sucia. Por favor, escúpela. Abrió la boca para escupirla; inclinó la cabeza y le dieron arcadas pero no logró deshacerse de aquel sabor a sangre y a mugre.

Hainesworth se miró el dedo sangrante y vio las marcas de los dientes. Y no chillaba, ni sentía los profundos cortes.

Conque muerdes, ¿eh? Justamente lo que me gusta, nena.

Cora se había incorporado e intentaba huir otra vez, pero Hainesworth fue más rápido; le rodeó la cintura con un brazo y la apretó. El aire le salió por la boca; intentó inhalar pero era como si tuviera los pulmones apretujados. Llevó las manos hacia atrás y le hundió las uñas en la cara. La apretó con más fuerza levantándola del suelo. Me está partiendo en dos —pensó Cora, y en un rinconcito muy diminuto de la mente, sintió pena de sí misma. Pero los demás rincones estaban dominados por el instinto animal, y las principales órdenes iban dirigidas a los brazos, las manos y las uñas. Sus uñas eran como ganchos que se enterraban bien hondo, para salir y volver a enterrarse. La sangre que manaba de la cara arañada le mojó los dedos. Estiró más los brazos y procuró llegarle a los ojos.

Con una uña le dio justo debajo del ojo. El hombre echó la cabeza hacia atrás y la sangre manó de la herida abierta. La apretó con fuerza y Cora lanzó una especie de gorjeo. Dejó caer los brazos y la cabeza. Cuando el hombre la soltó, a Cora le fallaron las rodillas.

—Eh, ¿te has desmayado?

Cora contestó con un siseo.

—Muy bien; cojonudo.

Posó una mano enorme en la cabeza de Cora. Cogió un puñado de pelo y tiró con fuerza. Cora volvió a sisear, y cuando la levantó por el pelo Cora pateó con una pierna, luego con las dos, uno dos, uno dos. Los zapatos de puntas afiladas golpearon contra las espinillas. El marinero se le acercó mucho, se agachó y la agarró

por las rodillas, la levantó y la sostuvo horizontalmente, igual que se aferra a un salmón escurridizo. Cora siguió pateando, e intentando arañarlo y morderlo. Le hundió las uñas en el cuello y le mordió la mandíbula inferior mientras él cruzaba el callejón y se dirigía al estrecho pasillo que había entre las chabolas.

El espacio era muy estrecho y a Hainesworth le costó trabajo pasar. Tuvo que entrar de costado con su escurridiza carga. Sonrió ampliamente al comprobar que el pasillo entre las chabolas se ensanchaba repentinamente. Entonces le dijo:

—Ya hemos llegado.

La arrinconó contra la pared, en el patio trasero del veintinueve. La tierra era blanca y estaba llena de cúmulos. Había latas, pedazos de loza rota y otras basuras desparramadas; Hainesworth pateó la basura. Cuando la zona quedó considerablemente limpia, la levantó más alto y la arrojó contra el suelo.

Cora cayó de costado pero no sintió el golpe. En cuanto tocó el suelo intentó incorporarse. Pero no pudo. El esfuerzo la hizo rodar y quedar boca abajo. Algo la mantuvo así; mientras trataba de levantar la cabeza, sintió una presión insoportable. Eran las manos de aquella bestia que la empujaban hacia abajo por la columna y la cabeza, hundiéndole la cara en la mugre.

Se le llenaron los ojos, la nariz y la boca de porquería. Quiso respirar y la nariz se le llenó de tierra. No podía escupirla, se la estaba tragando. Dios mío —pensó—, me he tragado esta mugre. Esto es el fin. Ahora te vas a desmayar. Pero no se desmayó. Sino que se produjo el efecto contrario, como si acabara de tomar un estimulante. A medida que la boca se le llenaba de mugre, pensó: Es algo más fuerte de lo que puede ofrecer cualquier farmacia. Estás saboreando la tierra y no hay nada tan real como la tierra, nada más verdadero. No es mugre, sino que es como un purgante. Aunque podrías llamarle un borrador. Elimina todas las imágenes borrosas de una madre, una institutriz y todas las maestras severas del colegio privado y las escuelas de baile. Las borra y se marchan rápidamente.

Sí, se van como un comité al que han despedido por votación unánime después de años de prácticas fraudulentas. Porque bloquearon todo intento por aclarar la cuestión. Me refiero a la cuestión de crecer y convertirme en mujer de ornamento sin sentido

con un vestido bonito.

Sí, porque me metieron en la cabeza que eras una niña pequeña, toda azúcar, especias y cosas bonitas, y que el sexo masculino eran ratas, babosas y rabos de raposas, y así sucesivamente. Y cuando tenías nueve años, y eras lo bastante mayorcita para cuestionarte si no estarían exagerando la cosa, apareció el jardinero.

Apareció Luke con su cara sucia y sus manos asquerosas y no hizo más que fijar con clavos la teoría que te habían metido en la cabeza para dejarla convertida en un hecho comprobado. Te metió entre los arbustos, junto al lago de los peces de colores, te levantó el vestido y le preguntaste:

«¿Qué haces?», y él te contestó: «No te dolerá», y entonces, mientras se producía todo aquello, tú te preguntabas qué era lo que estaba pasando. No fue mucho. No te desmayaste ni te dieron convulsiones, ni siquiera sangraste. Lo único que te hizo fue...

Nunca se lo contaste a mamá, ni a Hilda, ni a nadie. Al día siguiente, Luke se marchó para no regresar. Pero los ojos de Luke jamás se fueron. Los sucios ojos de Luke se te quedaron dentro, mirando muy hondamente, acercándose cada vez más. Y más. Sus asquerosos ojos ardientes se convirtieron en los ojos de cualquier cosa masculina que mira algo femenino y se acerca.

Y pasaron los años. Por las noches, en la cama con James... Pero en la oscuridad de la habitación no le veías la cara, entonces no era James, sino el jardinero.

Ahí lo tienes. Ya lo sabes. Te alejabas constantemente de lo que considerabas sucio, asqueroso, horrible, cuando en realidad era limpio y puro, porque es tu compañero y te adora. Creo que la prueba es evidente. Sí, me inclino a decir que es bien evidente. Se basa en el hecho de que ha permanecido a tu lado todos estos años. Desde un cierto punto de vista es el bufón que soporta a la esposa frígida; es el payaso débil de sesera que se atiborra de alcohol y se convierte en un ente inexistente al que se etiqueta de «incapaz». Según cómo te lo mires, es mucho más hombre que la mayoría. Es como Galahad. Sí, señor, está allá arriba junto a todos los Galahads que transitan el solitario camino del sacrificio interminable. De modo que ya lo sabes, chica. Ya sabes lo que es preciso hacer, lo que quieres hacer, lo que te mueres por hacer de ahora en adelante.

¿Pero será demasiado tarde?

Entonces, la tierra se convirtió en una muralla que se alejaba de su cara. El marinero le dio la vuelta hasta dejarla tendida de espaldas. Con una mano le empujaba hacia abajo el hombro y la mantenía acostada, mientras que con la otra le subía la falda. Lo miró a los ojos y vio los ojos del jardinero que se le acercaban; Cora tendió la mano hacia un costado y rebuscó en la tierra, entre la maleza y las piedras. Tenía los ojos firmemente cerrados mientras continuaba rebuscando en la tierra; entonces sintió la dureza dentada de una cosa semienterrada en el suelo. Por el tacto supo que era una piedra grande y comenzó a tirar de ella, aferrándola con los dedos, moviéndola para soltarla. El marinero se había tendido encima de ella y empezaba a hacer algo, pero Cora estaba muy lejos de aquello. Lo único que sentía era la enorme piedra dentada que cedía en su mano. Pesaba demasiado, pero de algún modo, su brazo se movió rápidamente, y la piedra cayó sobre la cabeza del marinero y lo golpeó una y otra vez.

El marinero cayó hacia un lado. Quedó medio sentado, apoyado sobre un codo. Tenía la boca muy abierta y parecía como si fuera a decirle algo. No cambió de posición, cuando la sangre empezó a salirle a borbotones por la boca y la nariz; algo de color gris amarillento le fluyó de las orejas y un líquido grisáceo le brotó del costado de la cabeza. Entonces el codo cedió y el hombre quedó reclinado de espaldas, con la boca abierta, como si intentara decir algo mientras expiraba.

Cora se incorporó. Durante unos momentos se quedó mirando el cadáver. Se alejó de él riéndose entre dientes.

No sabía por qué se reía. No sabía que recorría el estrecho pasillo entre las chabolas y volvía a salir al

Morgan's

Alley. Continuó riendo mientras caminaba lenta y zigzagueante, en dirección a la nada, aunque en realidad, iba hacia el número diecisiete.

Sus ojos estaban concentrados en los portales. Pero no lograba contar las puertas porque en cada una de ellas había una cara; era la cara del cadáver con la cabeza destrozada de la que manaba un líquido grisáceo. Deseó que la cara se marchase, pero seguía allí y ella no paraba de reírse.

Era el único sonido que oía. No oyó la sirena del coche patrulla que entraba en el callejón. Venía a toda velocidad; el claxon sonaba estridente, pidiéndole que se apartara del camino. Se apartó automáticamente de un salto. No vio el coche patrulla pasar de largo, ni tampoco lo vio detenerse en la oscuridad, a poca distancia de donde estaba. Lo único que veía era la cara del cadáver que la hacía reír. Sus piernas volvieron a moverse y era como si algo la empujara hasta el número diecisiete.

El coche patrulla había aparcado junto al número diecisiete. Unos policías se apearon, seguidos de un hombre pequeño, de piel de un amarillo grisáceo y ojos achinados, y de una mujer negra. Uno de los policías abrió la puerta del número diecisiete, y se apartó para dejar pasar al hombrecito de los ojos achinados. Vestía una bata y calzaba unas chancletas de estar por casa. Los demás entraron detrás de él.

Cuando Cora se acercó a la puerta abierta, una voz que provenía de alguna parte le dijo que aquel era el número diecisiete, y entró sin dejar de reír. Poco después, vio la cara del hombre herido que yacía de espaldas, en el suelo. Se acercó al hombre cuya cara sustituyó para siempre a la del Luke muerto. Cora dejó de reír. Entonces le fallaron las piernas y cuando estaba a punto de caer al suelo, la sujetaron.

19

COMO NARANJAS QUE CAEN de un árbol —pensó Bevan—. Veía esferas de luz anaranjada que bailaban contra una cortina gris oscura. Se desmayó otra vez y cuando volvió en sí oyó voces, pero no tenía ni idea de lo que decían. Perdió otra vez el conocimiento y permaneció sin sentido un tiempo que le parecieron horas, aunque en realidad no fueron más que minutos. Alguien lo ayudó a sentarse y otra persona intentaba hacerle beber agua. Parpadeó varias veces y vio los brillantes cascos blancos y las caras oscuras y las chaquetas blancas de los policías. Uno de ellos cortaba con tijeras un poco de cinta adhesiva. Vio una cajita metálica, color verde oscuro con un pequeño cuadrado blanco en el que había pintada una cruz roja. Estaba claro que se trataba de un botiquín de primeros auxilios, y pensó: Hay alguien herido.

Entonces sintió la presión de las vendas. Llevaba varias vendas. Tenía el brazo derecho vendado desde el codo hasta el hombro. Y también llevaba vendado el hombro izquierdo y la cintura y las piernas, por encima de las rodillas. Pero bajo la presión, no sentía nada —pensó—. Te habrá pinchado, seguramente. Pero cuando se te pase el efecto, los cortes te dolerán como mil demonios. Sí que te ha cortado bien, chico. Mira que te ha trinchado de buena manera con el cuchillo. Has perdido mucha sangre, por eso te has desmayado. O tal vez se te ha acabado la gasolina y te has caído. Eso te convierte en perdedor. Has dejado que se te escapara.

Finalmente, logró centrar la vista; entrecerró los ojos y al otro lado de la habitación los vio bajo la mortecina luz anaranjada de la

lámpara que había junto al camastro. Había dos hombres sentados en el borde.

Uno era Nathan: la cara magullada y un chichón morado encima del ojo izquierdo. Tenía la boca hinchada y ensangrentada y el costado derecho de la mandíbula muy inflamado. El otro hombre era el inspector Archinroy; vestía una bata. Escribía en una libreta mientras Nathan hablaba en voz baja a través de los labios hinchados y sangrantes. El inspector tenía sobre el regazo una cachiporra y, sobre la cama, junto a él, estaba la botella rota.

Durante unos momentos Bevan se quedó mirando la botella rota. Luegoladeó la cabeza y vio a Winnie, de pie, junto al camastro, con los brazos cruzados. Escuchaba atentamente lo que decía Nathan. Asentía despacio con la cabeza.

Junto a Bevan, una voz decía:

—Hay que ponerle más vendas. Aquí, en las costillas.

—Ya se han acabado. Las hemos utilizado todas —replicaba la voz de un policía.

—Deme las tijeras —ordenó la otra voz.

—¿Va a usar su vestido? Lo lleva usted muy sucio, podrían infectársele las heridas.

—Entonces utilizaré la ropa interior. Deme las tijeras.

—Pero si solo lleva... Vea, señora, la ambulancia no tardará en llegar.

—Por favor, deme las tijeras. —Se produjo una pausa y entonces Bevan oyó decir—: Gracias. —A continuación oyó el ruido de las tijeras al cortar la tela. No podía volver la cabeza para mirarla, porque lo habían puesto de lado. Sintió aquellas manos sobre la piel desnuda cuando le aplicó el improvisado vendaje desde las costillas hasta la axila. Eran unas manos suaves y cálidas—. Qué bien acarician —pensó—. Qué bien.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



David Goodis en su lugar de trabajo

Escritor estadounidense de novela negra, sobre todo de la considerada de tipo *pulp*, de las que escribió centenares en revistas como *Battle Birds*, *Daredevil Aces*, *Dime Mystery*, *Horror Stories*, *Terror Tales*, o *Western Tales*. Fue autor de una veintena de novelas entre las que se encuentran: *La senda tenebrosa*, *Disparen sobre el pianista*, *Al caer la noche* o *La calle sin retorno*, muchas de ellas llevadas al cine.